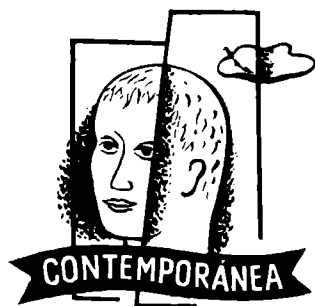


FERNÁN SILVA VALDÉS

SANTOS VEGA

BARRIO PALERMO

POR LA GRACIA DE DIOS



EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES



FERNÁN SILVA VALDÉS

El nombre de Fernán Silva Valdés como poeta nativista quedó ya establecido hace años, a raíz del libro **Agua del tiempo** publicado en 1922. Se trata de una obra que asume una importancia capital en la evolución de la poesía rioplatense ya que en sus páginas adquieren por vez primera jerarquía artística el espíritu criollista, los motivos propios del campo y del hombre uruguayos. Diversos libros posteriores vinieron a corroborar la pujanza de su personalidad, y de gran número de ellos se encontrarán muestras en la **Antología poética** que la Editorial Losada incorporó a esta "Biblioteca Contemporánea" hace años. Pero he aquí que en los últimos tiempos Fernán Silva Valdés ha abordado también el teatro con no menos acierto. Testimonio de ello son las tres obras reunidas en este volumen. La primera, **SANTOS VEGA**, fué estrenada en Montevideo por la Comedia Nacional, con gran éxito, en 1952. Subtitulada **Misterio** tiene su punto de partida en la conocida leyenda de Santos Vega, el gaucho payador, personaje que combinado con otros y con nuevos episodios suscita a la vez una nueva leyenda. En cuanto a las restantes obras teatrales, **Barrio Palermo** (drama de costumbres) y **Por la gracia de Dios** (comedia mágica), que completan este volumen, muestran otros aspectos del talento dramático de Fernán Silva Valdés y han recibido, asimismo, cálidos elogios de la crítica.

SANTOS VEGA

FERNÁN SILVA VALDÉS

SANTOS VEGA

BARRIO PALERMO

POR LA GRACIA DE DIOS



EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

COLONIA 1060
MONTEVIDEO

Edición expresamente autorizada para la
BIBLIOTECA CONTEMPORANEA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
*Marcas y características gráficas registradas en
la Oficina de Patentes y Marcas de la Nación*

Copyright by Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1957

PRINTED IN ARGENTINA

Se terminó de imprimir el día 28 de noviembre de 1957, en ARTES
GRAFICAS BODONI, S. A. I. C., Herrera 527, Buenos Aires.

INTRODUCCIÓN

Este misterio tiene su punto de partida en la conocida leyenda de Santos Vega. Ésta es simplísima. Santos Vega era un gaucho payador, enamorado y valeroso. Como jamás ningún otro payador le pudo vencer, la leyenda le creó el único enemigo: El Diablo. Y ésta dice que en la payada famosa, al ser vencido murió. Nada más.

Yo tomo el personaje central conocido y de su leyenda parto hacia otra leyenda, alternando los episodios humanos y terrenos, con los del otro mundo, representados éstos por El Diablo. Y creo este argumento: El Payador está enamorado de la única mujer que no le ha correspondido, La Flor del Pago, y pide al brujo un "payé" para conquistarla. El brujo, que representa al Diablo, le da un amuleto tornándolo invencible. Santos Vega, así, triunfa en la vida de tal modo, que se convierte en un ser de excepción, a tal punto que el Diablo, encantado con su figura y su perfección, para que no muera de muerte oscura, o en "cuesta abajo, como cualquier desgraciado", lo hace morir en barranca, o sea de un modo sonado, a fin de que esa muerte no se olvide, y su ahijado continúe viviendo en la memoria de los tiempos. Entonces, le opone un contrincante para que lo venza y lo haga morir. Mas el amuleto fué tan poderoso y Santos Vega tan bien hecho, que el propio Diablo no lo puede vencer por intermedio de su representante, Juan Sin Ropa, por lo cual tiene que matarlo él mismo al final de la payada, en la cual (y aquí voy contra la leyenda)

Santos Vega es el vencedor. Esta es la parte irreal del asunto, el misterio.

Paralelamente a él, se desarrolla el argumento humano. Santos Vega, al querer a la hija del Pulpero, sólo quiere a La Flor del Pago, y ésta, luego de muchas dilaciones y coqueteos en que demuestra que ella es a sí misma a quien se quiere, concluye amando en el payador, no al hombre sino al héroe, pues al hombre lo ama su hermana con amor vulgar y humano, de mujer a hombre.

Santos Vega y La Flor del Pago se quieren así, "del copete para arriba", de fama a fama; y recién cuando el payador está muerto, ella siente en su pecho su amor de mujer simple, poniéndose al nivel de su hermana.

Pero ahora, vuelve el misterio nuevamente a aparecer en escena. Cuando Santos Vega muere y ambas hermanas se arrojan sobre él para abrazarlo, se encuentran con que en el suelo no hay nada; el cuerpo ha desaparecido, junto con el de Juan Sin Ropa, porque la payada había sido "entre dos fantasmas", como lo dice el Brujo, que posee los secretos del demonio.

¿Por qué dos fantasmas? Porque si Juan Sin Ropa era o representaba al Diablo, o Ente del más allá, Santos Vega, al ser un hombre embrujado y agrandado por la imaginación popular, era una leyenda, es decir, algo fuera de lo palpable: un fantasma, una ilusión; algo como cosa del otro mundo; y hacia ese otro mundo lo oyen pasar cantando al final, llenas de horror, sus dos enamoradas.

S A N T O S V E G A

*MISTERIO DEL MEDIOEVO PLATENSE
EN SEIS JORNADAS Y TRES ACTOS*

REPARTO

<i>Don Zenón</i>	<i>Tía 1ª</i>
<i>Cuyimba</i>	<i>Tía 2ª</i>
<i>Iracema...</i>	<i>Invitado canoso</i>
<i>Santos Vega</i>	<i>Misia Dolores</i>
<i>Flor de María</i>	<i>Lolita</i>
<i>Ño José</i>	<i>Don Santiago</i>
<i>El Haragán</i>	<i>Invitado 1º</i>
<i>Gaicho 1º</i>	<i>Invitado 2º</i>
<i>Gaicho 2º</i>	<i>Invitado 3º</i>
<i>Gaicho 3º</i>	<i>Invitada 1ª</i>
<i>Gaicho 4º</i>	<i>Invitada 2ª</i>
<i>Don Pedrito</i>	<i>Invitada 3ª</i>
<i>El Sargento</i>	<i>Juan Sin Ropa</i>
<i>Negrita 1ª</i>	<i>El Desconocido</i>
<i>Negrita 2ª</i>	<i>Una vieja</i>
<i>Merceditas</i>	<i>Una voz</i>

La acción alrededor del año 1800

A C T O P R I M E R O

PRIMERA JORNADA

(La decoración representa el interior de un rancho típico, donde un brujo realiza sus tareas de adivinar el porvenir, curar males y dar amuletos para el amor, llamados "payés". Habrá un lechuzón embalsamado parado sobre un cuerno de venado; de la pared colgarán manojitos de yerbas y de plumas. Sobre un cajón cubierto con un poncho, una calavera de cristiano junto a una cruz de palo negro. A los lados, en el piso, el dibujo de dos corazones simulando ser hechos con huesos de cristiano. Es verano. El brujo, de botas de potro y con el torso desnudo, sólo vestirá un chiripá rayado y una vincha sujetándole las crines. Un negrito ayudará al brujo y vestirá un chiripacito, una camisa, y estará descalzo. A su lado, habrá un fueguito de leña. En la pared, como adorno, varios huevos de avestruz vacíos, enhebrados en un hilo, haciéndole marco a una figura cualquiera. Al levantarse el telón, a oscuras, se oye una voz recitando estos versos:

*Payador de melenas nazarenas,
Poeta del desierto
Todavía sin bronce y sin estampa;
Orillando los siglos has llegado hasta América;
Tu estirpe abrió los ojos en Provenza
Y los cerró en la Pampa.*

En seguida la voz de Santos Vega cantando esta canción:

*Soy el gaucho Santos Vega,
La flor del pago sos vos;
Yo perfume con mis cantos
Vos perfumás por ser flor; (bis)
Llevamos el mismo rumbo,
La misma senda los dos;
~~Yuntas, rumbo, alas, alas.~~
O al infierno, digo yo...
A tu lao me da lo mismo,
Lo mismo Diablo que Dios.*

La luz se enciende y aparece la escena donde el brujo, Don Zenón, muerde la moneda de plata que le ha dejado un cliente, que se supone acaba de salir, mientras el negrito le observa picarescamente.)

DON ZENÓN. — Parece plata de lay. Al prencipio le sentí un gusto a lata de soldao del Rey... pero áhora se me hace que es güena.

CUYIMBA. — (*El Negrito.*) El mozo era muy ricachón pa darle un patacón falso. Venía tan bien montao... Salió contentazo con el *payé*; y agarró al galopón, al galope largo del flete sonando a plata, don, que daba gusto.

DON ZENÓN. — (*Guardando la moneda, satisfecho.*) Ese, con plata y todo, no se va a hacer el gusto... Por esta cruz. ¡Pucha moza diabla la tal Flor de María!... Me los tiene a todos alocaos y a raya...

CUYIMBA. — Por algo, don Zenón, por algo le dicen "La Flor del Pago".

DON ZENÓN. — ¡Bah!... Yo conocí una que después de tener regüelto el avispero, se disparó con un tuerto de un ojo, más fiero que un susto a media noche.

CUYIMBA. — ¡Qué me dice, don, con un tuerto!

DON ZENÓN. — ¡Y sabés por qué, gurí? ¿Sabés por qué le gusto el hombre, fiero y todo él, petiso él, colorao de clines él?... Porque se sabía empilchar y se sentaba bien a caballo... ¡Ahi tenés vos, muchacho, lo que son las mujeres! Le gustaba la figura que el tuerto hacía al boliar la pierna para subir, y cómo se sentaba después, como si la vida fuera un eterno montar... a caballo...

CUYIMBA. — ¡Chá que se conformaba con poco, la doña!...

DON ZENÓN. — Se entusiasmó "la china Dominga" con la pinta del tuerto a caballo, y "áhi nomás calzón rajate".

(*La escena se interrumpe por un nuevo cliente que desde el exterior, grita:*)

IRACEMA. — (*Desde afuera y luego entrando.*) ¡Ave María Purísima!

DON ZENÓN. — Sin pecao, dentre nomás. (*Mientras le hace señal de silencio al negrito, quien al reconocer la voz se conmueve.*)

IRACEMA. — (*Entrando.*) Buenos días, don Zenón. (*Le da la mano al brujo y luego al negrito, con el consabido.*) ¿Cómo está? Bien y usted, bien gracias.

DON ZENÓN. — (*Demostrando conocer a la muchacha.*) ¿Qué la trai por aquí, m'hija; se halla enferma?

IRACEMA. — (*Con cierta tristeza.*) Y... don Zenón, enfermedad no es, a lo que creo, pero que me hallo mála, me hallo, desde hace un tiempo. Yo maliceo la causa, ¿ño?

DON ZENÓN. — Vamos a ver, vamos a ver... se me hace que a usted también la ha picao el bichito ese que las tiene locas a toitas... ¿Rumbeo o no rumbeo?

IRACEMA. — (*Suspirando.*) ¡Ay, don Zenón, yo no sé si se me conoce en la cara... me da vergüenza decirlo. (*Mira hacia el negrito, quien ante un ademán del brujo, se retira. Mutis de Cuyimba.*)

DON ZENÓN. — Escuche, m'hija; es como si ya lo hubiera dicho. A los cristianos enamoraos, se les conoce el mal por encima del cuero... es como el sarampión, es como la virgüela...

IRACEMA. — (*Se le acerca como entregándose a él, a su sabiduría y le dice.*) Ya que me lo leyó por encima de la ropa, a ver si me dá una ayudita para no sufrir, para no pensar en él.

CUYIMBA. — (*Entra con una escoba rústica, como para barrer, a fin de mirar a Iracema.*)

DON ZENÓN. — (*Con energía.*) ¡Pero se habrá visto negro mal educao! ¿Cómo vas a barrer áhora que estoy con gente? Ladiá el cuero de la puerta. (*Y lo arroja con un ademán.*)

IRACEMA. — (*Como continuando la conversación.*)

... para no sufrir... para olvidarlo... ¿comprende, don Zenón?...

DON ZENÓN. — Sí, m'hija, ¿cómo no voy a compriender? ... Yo comprendo toitas las cosas de los cristianos, machos o hembras por igual; cómo no voy a...

IRACEMA. — Es verdad, don Zenón, si ya no sé lo que digo... no me acordaba que usted es adivino...

DON ZENÓN. — Sí, m'hija, sí. (*Señalando hacia arriba.*) Tengo *mis poderes*, ¿no? Tengo mis poderes para curar, para adivinar, para ayudar... ¡Uy!... Los que han pasao por aquí... por este pobre rancho... Los ricachos que se me han arroyao, mesmo como está usted áhora... Y no sólo por amor no correspondido, como usted... Por sinfinidá de causas... por venganzas, sobre todo... por sacar del medio algún viejo platudo que estorba y no se decide a estirar la pata... ¡Uff! ¡Los herederos!... Cuando hay patacones de por medio, el hombre, con perdón, es mesmo como una fiera... ¡quién se come a quién!... Pero vamos a lo que díbamos, al grano... yo le voy a dar esa ayudita... (*Mirándola con intención.*) ¿Y quién es él? ... ¿Precisaré preguntarlo o caberá en la armada de mi endevinación? (*Haciendo el gesto de tocar la guitarra.*) Me afiguro que... ¿no?...

IRACEMA. — (*Afligida.*) Sí, don Zenón, es el mesmo... el payador... ¡qué hombre!... quién pudiera... es el mesmito de la guitarra... ¿Lo conoce? (*Hace un gesto como para llorar; luego se rehace y mirando a lo alto, exclama:*) ¡Santos Vega!...

DON ZENÓN. — *Ta, ta, ta, ta. Taba con el mozo* suertudo! Dicen que canta muy bien, ¿no? El mozo anda echando güena y el momento es malo para piarlo. Pero no se desconsuele, m'hija; veremos lo que se pueda hacer.

SANTOS VEGA. — (*Desde afuera.*) ¡Ave María Purísima!...

CUYIMBA. — (*Entrando como asustado.*) Ahí está el mozo ese que canta, don Zenón.

IRACEMA. — ¡Ay, qué vergüenza... que no me vea por acá... que no me vea!...

DON ZENÓN. — (*Apurado y tuteándola.*) Salí por acá muchacha, por aquí... (*La hace salir por una puer-tita falsa. Luego se dirige a la puerta que da al cami-no, a tiempo de oírse nuevamente la voz del payador, ya muy cercana.*)

SANTOS VEGA. — (*Ya junto a la puerta.*) ¡Ave Ma-riiia!...

DON ZENÓN. — Sin pecao, dentre, aparceró...

SANTOS VEGA. — (*Apareciendo en la puerta, con cier-ta altanería, respetuoso.*) Con su licencia, don... (*Se adelanta dándole la mano.*) ¿Cómo está?

DON ZENÓN. — (*Algo duro pero con cierta sumisión.*) ¿Bien y usted? Bien, gracias. (*Luego de observarlo con curiosidad.*) Estoy a su mandao. Usted dirá.

SANTOS VEGA. — (*Con una indecisión curiosa y mi-rando asombrado el ambiente del brujo.*) Si ya me da vergüenza lo que estoy haciendo... Yo soy gallo de cresta alta...

DON ZENÓN. — (*Afirmándolo.*) No se acoquine, mo-zo. En este pobre rancho he vido cáirse muchos co-petes... ¿Me compriende? ¡Muchos copetes!

SANTOS VEGA. — (*Reacciona y siempre con alguna altanería.*) No, señor, no me acoquino, pero ¿sabe? hay cosas que para un hombre... Yo no estoy acostumb-rao a esto... Usted no me conoce, no sabe quién soy.

DON ZENÓN. — (*Que ya sabe de quién se trata, para ganar tiempo e ir estudiando al cliente le habla, tu-teándolo, costumbre de viejo, y luego lo interroga.*) Yo te voy a ayudar. Ya maliceo quién sos. Y a qué te de-dicás. Por las pilchas colijo que andás bien montao y sabés caminar lejazo, ¿no?

SANTOS VEGA. — Sí, señor; es así nomás.

DON ZENÓN. — Y... se me hace que te sobran mu-

jerés en la vida... que vas dejando el tendal por el camino.

SANTOS VEGA. — Si usted lo dice, que es endevino, será ansina... no le atajo la palabra.

DON ZENÓN. — Que te sobran mujeres pero te falta una... unita nomás... esa uniquita que vos querés y que vale por toitas, ¿no?

SANTOS VEGA. — (*Que ha venido asombrándose ante la adivinación del brujo y al cual empieza a cobrar cierto respeto supersticioso.*) Mesmo, mesmito, señor. Veo que es verdá lo que dicen por áhi, que usted sabe leer en las almas. Yo, como lo estoy cantando por mi pinta, soy un gaucho caminador y guitarrero.

DON ZENÓN. — Que se dedica a cantar de contrapunto.

SANTOS VEGA. — Así es, señor, así será. No tengo más ventajas que una voz rigular, unos cuantos versos en el pecho que me nacen solitos, como las flores al calor del sol.

DON ZENÓN. — Sabía que tenías esas facilidades...

SANTOS VEGA. — Mi techo es el cielo. Mi cama, la misma tierra, en cualquier arruguita que represente un abrigo. Mi compañera, la guitarra. Mi cancha de trabajo, los lugares de reunión donde se ajunte el gaucho. Mi rumbo, los cuatro rumbos ande el cielo se toca con la tierra...

DON ZENÓN. — Y tus chinas, las que levantas en el camino... ja... ja...

SANTOS VEGA. — Ahicito quería llegar, don Zenón. Mis chinas son las que ojeo al rumbiar por la vida, cuyos corazones me vengo trayendo en las ancas del pingo... ansina es, señor, pero...

DON ZENÓN. — (*Adivinándole el pensamiento.*) Pero tu china, la que te despierta antes que los pájaros, es aquella que te dice que no. La uniquita que te dice que no.

SANTOS VEGA. — (*Con pasión.*) Mesmito, don, mes-

mito. Por eso lo vengo a ver, para que me ayude con su cencia a ganar ese corazón que se me niega. Un corazón de china hereje, que tiene el Diablo en el cuerpo.

DON ZENÓN. — (*Con alguna sorpresa.*) ¿El Diablo decís, muchacho? No mentés al Diablo en este asunto. Ni menos poniéndolo de parte de ella. Toda hembra muy querida, se envanece. La tierra, ocasiones, se re-jucila al mirarse en alguna de sus hechuras. Pero cuando Dios hace una cosa ansina, llena de lindura para hacer penar a los demás cristianos, yo te digo que no es hechura *suya*, sino *del otro* . . . o por lo menos *el otro* es quien le echa las flores para tenerla de su lao y agarrarla de estrumento para conseguir sus fines. Yo, como hombre que sabe leer destinos, ya le estoy viendo la cara a la moza que te empujó hasta mi rancho.

SANTOS VEGA. — (*Con asombro.*) Veo, don, que no me equivoqué al venir a verlo, para pedirle ayuda.

DON ZENÓN. — Sí, muchacho; y te la voy a dar, pero no me mentés más al Malo. A ése hay que gastarle menos el nombre y ganarlo para nuestro lao.

SANTOS VEGA. — (*Con algún fastidio.*) Está bien, don; pero el asunto prencipal es que yo preciso algo para ganarle el corazón. Esa china es mi felicidad, es mi rumbo.

DON ZENÓN. — Tu rumbo, sí; pero *tu felicidad*, ¡quién sabe! Por áhora es tu disgracia. Tu rumbo, sí, te digo, y te lo pruebo. Mirá: en la vida del hombre, el rumbo no debería ser palabra macho, sino palabra hembra. El rumbo del hombre siempre es hembra. Felicidad, fortuna, ambición, querencia, fama, valentía . . . y por ahí sigue . . . y te dejo en la culata el rumbo prencipal: ¡la mujer! . . . ¡Esa por la cual venís a pedir ayuda y que por linda y despreciativa le dicen "La Flor del Pago"!

SANTOS VEGA. — (*Anonadado ante la sabiduría y la adivinación del brujo.*) ¡Don Zenón! . . . ¡Yo sabía que era embocador . . . pero no lo creía tánto!

DON ZENÓN. — (*Jactancioso y decidido.*) Este asunto es un asunto bravo, pero lindo para lucirse. Yo te voy a hablar con ley. (*Pausa.*) En la vida del cristiano hay dos caminos. Los dos llevan a la raya que buscamos. Pero un camino es duro y el otro blando. Uno es para trotiarlo cantando. Otro para trotiarlo penando. El que te hace penar tiene la raya de llegada más lejos. Hay que andarlo, ocasiones, toita la vida, y el precio lo cobrás ricién a la vejez, cuando no en el otro mundo; y entonces lo venís a gozar durante la Eternidá, ¿no? Siempre que haiga Eternidá, ¿me explico?

SANTOS VEGA. — Sí, señor, se explica. Lo voy comprendiendo clarito. Siga nomás.

DON ZENÓN. — Güeno: el otro camino, fácil y lisito como cancha de taba, es como si no tuviera *raya* de yegada. Toito él *es una yegada*. Y al revés del ante dicho, que lo trotiás penando, éste lo galopías *cantando*... Eso sí: es de tiro corto. Carrerita cuadrera nomás; y de ahí que se te acaba con la vida. Y lo muchismo que gozaste viviendo, lo saldás, lo emparejás al morir, pero en el otro mundo, en la Eternidá, dado el caso que la haiga, como te dije.

SANTOS VEGA. — (*Con entusiasmo, emocionado.*) ¡Es como jugarse a un naipel!

DON ZENÓN. — Sí... y no...

SANTOS VEGA. — ¿Cómo sí... y no?

DON ZENÓN. — Mirá muchacho: el cristiano, en la vida, tiene derecho a una felicidad. Unos la quieren apuraos: "Plata en mano..." Otros, la vienen orejando dispacito, sin sacarla del mazo de los años, sin apurones, con mucha conduta, como quien guarda patacones en un botijo de barro.

SANTOS VEGA. — ¿Y si se mueren sin verle la pinta, y después se topan conque del otro lao de la raya no hay nada?

DON ZENÓN. — ¡Esa es la madre del borrego, m'hijo! ¡Por eso es que yo te muestro los dos caminos! El

que sufrís en vida y gozás en muerte, como los Santos, dicen, ¿no? o el que en el otro mundo lo penás, pero lo gozás en la tierra.

SANTOS VEGA. — Así es, dejuero; y lo que tengo bailao no me lo quita naide, canejo.

DON ZENÓN. — (*Con satisfacción.*) ¡Veo que me has entendido!

SANTOS VEGA. — (*Con alegría y decisión.*) Muerto el perro se acabó la rabia. La felicidad en el otro mundo, la regalo. Yo la quiero áhora, sin sermones ni "Padre Nuestros". Deme poder para ganar el corazón de "La Flor del Pago" por esta vida, y cuando se me acabe la vela me da igual: me da igual Paráiso que Infierno.

DON ZENÓN. — Ahicito quería dir a parar. Veo que no sos lerdo para elegir lo que te conviene. Yo no te menté el Paráiso ni el Infierno, pero si vos lo has dicho, bien dicho está.

SANTOS VEGA. — (*Altanero.*) Bueno, don: deme lo que se necesita para galopiar el camino de la felicidad. ¿Qué es: un yuyo, un menjunje, una pluma de caburé compuesta? ¿Usté a ley de verdá tiene *eso* (*Mirando en derredor.*) *eso* que todos dicen...? ¡Parece que aquí hay de todo un poco!

DON ZENÓN. — (*Calmoso y sonriente.*) Sí, mozo: aquí como podés ver, de lo que hay, no falta nada... Ja, ja, ja... A este viejo no lo van a agarrar sin perros... ja, ja. Aquí, en este pobre rancho, tengo la tierra y el cielo; tengo el fuego y el agua; el norte y el sur; la fealdá y la lindura, la felicidad y la disgracia... Donde quiera que mirés hallarás algo que tiene *su porqué*. Aquí no hay nada al ñudo.

SANTOS VEGA. — (*Disimulando su asombro y con altanería.*) Mire, don: yo no soy cristiano de asustarme por nadita... y a sus saberes me entrego. Usté me habló en plata, y yo le respondo en oro, y vamos a ladiarnos de las palabras para dentrar en los hechos, si usté es gustoso.

DON ZENÓN. — Me gusta verte ansí, con coraje. Y a tu palabra de oro, le respondo con oro de ley también. Por lo pronto andá dentrando en ese corralito de güeso de cristiano, que quiere tomar la forma de un corazón. (*Santos Vega da unos pasos entrando en uno de los dos corazones, pero Don Zenón le advierte:*) En ése, no. En el otro; ése es el de la mujer. (*Santos Vega obedece. Entra dentro del corazón indicado y espera, sin poder ocultar alguna turbación.*)

SANTOS VEGA. — (*Reponiéndose.*) A su mandao. Ordene nomás.

DON ZENÓN. — Está bien, muchacho. Ahora, con ayuda de mis *poderes*, dentro a tallar. El amor es como la moneda, tiene dos caras: una cara es el odio, la otra cara es el querer. De ahí que muchos hombres, y mujeres, maten por amor. El amor y el odio son dos bichos que marchan acollaraos, pero sin nunquita pelarse el pescuezo. Donde uno va, va el otro... a veces puntea éste... ocasiones aquél. Sí, señor. Y vamos a encender el pucho: Vos querés a una mujer que te desprecea. Para vencerla te voy a dar un payé... un payé compuesto con la pluma del ala de un caburé macho... (*Toma una pequeña piedra chata y redonda, con un agujero por el cual pasa una cinta para ser colgada del pecho. Luego se pone como en trance de brujería, frente a la mesita donde está la calavera y la cruz. Se agacha en cucullas. Se hinca, se para: cruza los brazos apoyando las manos en sus hombros, y hace que reza algo en guaraní, diciendo:*) Nandeyara ñande rerú ipopé: Dios nos trae de la mano. (*Luego, siempre solemne se dirige al payador con el payé en alto, exclamando, para que oigan los espíritus.*) "Te lo entriego, te lo entriego". (*Después como volviendo a la realidad, le dice:*) Tomá: éste es el payé. Ahora sos dueño de un poder que no tienen los demás cristianos... Este es el payé, flor de brujería... es el más prosiao y prosiao lindo que he hecho... como que es para un pa-

yador. Esto te trairá más baquía y fama de la que ya tenés. Y más coraje también... Ganarás plata en las "carpetas de juego"... y besos en las rejas del amor. Todos los tiros de taba se clavarán en la *suerte*... Tomalo. (*El payador se acerca a tomarlo.*) Hincate para recibirlo... eso sí... no creás que esto es cosa muy santa ¡no! vos te arreglarás. Te doy lo que me pediste. (*Santos Vega, con emoción, se hinca mientras el brujo le coloca el payé en el cuello. Luego, ante un ademán del viejo, se incorpora.*) Eso sí, escuchame una "yapa" entoavía. Llevalo siempre contigo colgao del pescuezo, en esa cinta que está "sin pecar". El representa la juerza de los "tres reinos" del mundo. El reino mineral está en la piedrita; el reino animal en la pluma del caburé; y el reino vegetal en este tientito de piola, o cordoncito de esparto con que se asegura a la piedra. Ahi lo tenés. Ahora sos un hombre destinto. No te achiqués ante nada en la tierra. El unquito que te puede dominar es *ése* que no me gusta mentar... ¡Pssss... cuidadito con las espinas! De a poco en poco vas a saber *quién es*.

SANTOS VEGA. — (*Transfigurado de alegría y sin agarrar el sentido de las últimas palabras.*) Ahora te quiero ver, ingrata, cuando yo te mire, no vas a pasar de largo como otras veces...

DON ZENÓN. — Escuchá entoavía, y para que no se te haga el campo orégano: ese payé tiene mucha juerza, verdá, pero hay que agarrarlo como una ayuda en tu Destino. Para que el payé obre, hay que *puntiar* con él. Vos das el envión y él te arrempuja. Vos echás el coraje por delante, como una tropilla, y él te la arrea. Pero no tenés que acoquinarte porque si te ve aflojar, pierde el gusto por darte ayuda. (*Como despidiéndolo.*) Andá, ya lo sabés.

SANTOS VEGA. — (*Entusiasmado.*) Y con qué le pago tanto bien, amigazo... ¿Con qué...?

DON ZENÓN. — No te metás en eso. Vos no tenés

que pagar nadita... Por lo menos mientras vivás... ya arreglarás la cosa al final, cuando rindás tus cuentas al Destino, como los demás hombres. No pensés en eso. El que te sabe ayudar te sabe llevar las cuentas también. (*Con sorna.*) No te le vas a escapar, como yo tampoco. No te metás en eso. (*Cambiando de expresión.*) Ahora, si por mi intervención en esto, me querés dejar algo para yerba, dejame cualquier cosa... lo que te dite la conciencia; o lo que podás. (*El payador en gesto generoso se corre el cinto y saca unas monedas que deja sobre la mesita en que está la calavera. Después el brujo continúa diciendo.*) Dende hoy, vos y yo no nos vamos a pelar el cogote, pues vamos a tirar parejo.

SANTOS VEGA. — (*Mudo de emoción se despide dándole la mano.*) Adiosito, don Zenón. Adiosito.

DON ZENÓN. — (*Despidiéndose a su vez.*) Andá tranquilo, muchacho. (*Mutis de Santos Vega. El brujo exclama:*) ¡Mi Dios... quién pudiera regular en la Vida hasta empalmar con el bozo...!

SANTOS VEGA. — (*No bien ha traspuesto la puerta que se supone da al campo, vuelve a medias hacia el brujo, pero como atraído por algo que sucede afuera, diciendo con asombro.*) ¡Pero, don Zenón, si la veo, si mesmo la estoy viendo, ansina como borrada en una cerrazón! (*Pausa. Gira todo su cuerpo hacia afuera.*) Vealá, don, vealá como en esas estampas de las vírgenes...

DON ZENÓN. — (*Asombrado del poder de su payé, pero sin desilusionar al payador y comprendiendo que está viendo una ilusión.*) Sí, ya, ya: algo se ve allá lejos... lejazo, ¿no? como entre un humo.

SANTOS VEGA. — (*Se vuelve nuevamente hacia el brujo, con mayor alegría aún, diciendo.*) ¿Pero estoy embrujao, o qué? Ahora la oigo, ahora la siento hablar... escuche lo que dice, viejo, escuche... es la mesmita voz de ella, escuche...

LA VOZ. — Todos me quieren llevar
 En las ancas del caballo,
~~Y se cruzan, cruzan, caminos.~~
 En la puerta de mi rancho.

DON ZENÓN. — (*Con sorna y meneando la cabeza.*)
 Mirá, muchacho: verla, vide alguna cosa; pero óir no
 oigo nadita... sos vos el que la tiene que óir...

SANTOS VEGA. — ¡Pero cómo no v'a óir, si está ha-
 blando clarito... oiga, oiga lo que dice!...

LA VOZ. — Enamoro con los ojos,
 Con la voz, con el recuerdo;
 Cuando camino, enamoro
 Con el vacío que dejo...

DON ZENÓN. — (*Como para él solo.*) Che, che, che...
 No créi que te hiciera efecto tan pronto y tan juerte.
 Esto ya no me está gustando... ¡Me parece que con
 este me bandié!

LA VOZ. — Yo soy un norte en el rumbo
 Que hay en toditos los pechos;
 Soy los puntos cardinales,
 Polen a los cuatro vientos.

SANTOS VEGA. — ¡Qué lindo... es óirla ansina como
 entre nubes!

TELÓN

NOTA IMPORTANTE. — Santos Vega quedará tan impresionado,
 que, en adelante, de vez en cuando, en medio de sus diálogos,
 oirá esta voz. Pero como la oirá él solo, será un hombre dis-
 traído, raro, lo cual le dará fama más misteriosa aún, puesto
 que aquellos que le rodean creerán que escucha voces del
más allá.

SEGUNDA JORNADA

(Pulpería antigua, con mostrador y reja. Detrás o a un costado, la trastienda. La izquierda del espectador da hacia el camino y la derecha hacia una enramada, así como a la cancha de taba, que se supone existe. Atiende el negocio un pulpero gallego llamado No José y un negrito de 15 años, el mismo que era peón del brujo o sea Cuyimba. Flor de María [*La Flor del Pago*] y su hermana Iracema, son hijas del pulpero, las cuales como señoritas, estarán en la trastienda y sólo por excepción se las verá. A un lado, en la pulpería, rodeando una mesita, juegan al truco varios, al par que el Gaucho 1º rasguela una guitarra. En el momento de alzarse el telón No José estará sumando su libreta, el negrito le pasa un trapo al mostrador. Igualmente estarán Don Zenón y el Haragán. Se oye la voz de los jugadores de truco.)

GAUCHO 4º — Tengo "flor".

GAUCHO 3º — "Flor" tengo yo también, pero es chica.

GAUCHO 4º — Entonces que se críe; flor y truco.

GAUCHO 3º — Lo veo muy alarife... mas espere que le voy a contestar.

Dicen que el ñandú es ligero
y que se hace el muerto el zorro,
y las chinas dicen "quiero"
cuando uno les truca al óido.

IRACEMA. — (*Desde el interior se acerca al negrito, con misterio, y dice:*) Mirá, Cuyimba, te voy a regalar una cosa, si hacés lo que te voy a pedir.

CUYIMBA. — (*Solícito.*) Bueno, niña Iracema, pídamelo que quiera, que yo por usted soy capaz de...

IRACEMA. — Es muy fácil. Escuchá bien. (*Se le acerca.*) Y que no me oiga Tatita.

CUYIMBA. — Diga nomás, niña.

IRACEMA. — (*Con misterio.*) Mirá: cuando venga el Payador y tome algo, vos te fijás bien cuál es el vasito en que toma, y después lo dejás aparte o lo escondés sin lavarlo, escuchá bien: *sin lavarlo*, y cuando yo te lo pida, me lo das sin que nadie lo vea.

CUYIMBA. — ¿Es eso nomás? ¿Y para qué lo quiere, niña, pa descubrirle los secretos?

IRACEMA. — Eso es cuenta mía. Vos hacés como yo te digo y nada más.

CUYIMBA. — Stá bien, niña. Hoy tengo óido de que va a venir, porque Don Vega anda por el pago.

FLOR DE MARÍA. — (*Desde el interior, acercándose y dirigiéndose a Iracema.*) ¿Qué negocios tenés con el negrito? ¿Vos también sos de las que lo tienen por "el negrito del pastoreo"?

IRACEMA. — (*Con cierta aspereza.*) Esas son cuentas mías. Yo no me mezclo en tus asuntos. Dejame a mí vivir tranquila. (*Se alza la voz en el grupo de los que juegan al truco.*)

GAUCHO 2º — ¿Y de áhi, Don Zenón, de ande habrá venido?

DON ZENÓN. — ¿Qué se yo? Preguntá de ande viene el viento.

GAUCHO 3º — O un cardo.

GAUCHO 4º — O una flor... ¿Quién habrá hecho a los payadores?

GAUCHO 3º — ¡Mesmo! Los habrá hecho Dios.

GAUCHO 1º — ¡O naide!

HARAGÁN. — El Diablo, colijo yo.

DON ZENÓN. — ¡No me lo mentés al Malo!

GAUCHO 2º — ¿Por qué no? Algo escondido ha de tener el hombre que no tenemos nosotros. ¿No ve cómo canta?

GAUCHO 3º — Y... canta... como canta el pájaro, porque sí nomás.

GAUCHO 4º — Es el campo... es el monte... son

las ganas de cantar de todo el pago que en su boca se hacen voz.

GAUCHO 3º — Y esa cencia la muestra en la punta de los dedos y en el filo de los labios.

GAUCHO 4º — (*Soñador.*) Una guitarra, una copa, un contrario.

GAUCHO 3º — ¡Y si es gallo, mejor!

GAUCHO 4º — Lleva las cintas de cien mozas atadas al clavijero.

GAUCHO 1º — ¡Ah, con las polleras no digamos: tiene la suerte en la boca del mazo!

GAUCHO 2º — Es cosa de no creer.

GAUCHO 4º — ¡Como gallo para arrastrar el ala!

GAUCHO 3º — Llegá... las mira, les habla, y las deja mansitas y querendonas.

GAUCHO 2º — ¡Es como cosa de brujería!

GAUCHO 4º — ¡Ganador en canchas y carpetas! ¡Primero él o su caballo!

HARAGÁN. — ¡Y es guapo por todos los guapos a la vez!

DON ZENÓN. — ¡Como que las guapezas de los otros caben en la suya, también!

GAUCHO 4º — ¡Mesmo! Una ocasión lo vide atraído contra cuatro. Peleaba a pie firme y ni una uña le tocaron. Parecía encandilarles los ojos mirándolos de frente.

GAUCHO 2º — Ha de estar embrujao o en relaciones con el Malo, como dicen.

HARAGÁN. — Es que los hombres muy mentaos, unos están cerquita del Diablo y otros cerquita de Dios.

GAUCHO 4º — Ya empiezo a sentirme yo también un poco Santos Vega.

GAUCHO 1º — ¡Ladió el cuero de la puertal!

GAUCHO 2º — Y de ahí ¿por qué no hacés la prueba? ¡No es pa todos la bota de potro!

GAUCHO 4º — Su nombre calza bien en las bocas. Las mentas de sus hechos dentran en las guitarras y

salen trenzadas en la música de los estilos y las vidalitas. Yo reconozco su cencia y ante su saber me agacho. Otros le tienen envidia.

GAUCHO 2º — Le envidéan sus tratos con el Diablo. ¿No ve su orgullo?

DON ZENÓN. — Mesmo. El orgullo del Diablo.

HARAGÁN. — ¿Qué me dice, don Zenón, el Malo es orgulloso, igual que los hombres?

DON ZENÓN. — Igualito que los hombres. Como que la mitá de los hombres somos su hechura. Es orgulloso. En eso se diferenciá de Dios. (*Pausa.*) Yo creo que Dios lo rebasa tanto que ni *eso*, ni orgullo tiene.

GAUCHO 3º — Mesmo, don, el orgullo es cosa de los hombres.

HARAGÁN. — Y si el Malo tiene orgullo será porque nosotros nos parecemos por demás a él.

DON ZENÓN. — Dios hace grande o famoso a un cristiano, y después lo deja suelto. El Diablo, en cambio, cuando a su turno hace a un hombre muy sobresaliente, el Payador, pongamos por caso, no lo suelta, no, lo sigue “manoseando” en la vida. Tiene miedo que se deshaga. El barro con que trabaja Dios se hace piedra —es un decir— ¿me explico?

GAUCHO 3º — Sí señor, se explica.

DON ZENÓN. — Y el barro con que trabaja el Diablo, se hace polvo y se lo lleva el viento. Por eso el Malo, de miedo que Santos Vega se le deshaga con la muerte, lo quiere hacer vivir para siempre, y di áhi que lo va a matar con campanillas, en *barranca*.

HARAGÁN. — ¿En barranca?

DON ZENÓN. — Sí. No quiere que muera de muerte oscura o en “cuesta abajo” como cualquier disgraciao. Lo va a hacer morir en *barranca*, de un modo *sonado*, para que esa muerte no se olvide y siga viviendo para siempre en el ricuerdo. La cosa va a ser en una payada, y a perder la vida el que pierda.

GAUCHO 4º — ¡Lindo!

GAUCHO 3º — ¿Y para cuándo va a ser la cosa?

HARAGÁN. — No veo quién se le va a poner en frente. Taura tendrá que ser.

DON ZENÓN. — Juan Sin Ropa es el elegido.

HARAGÁN. — ¡Juan Sin Ropa! ¡Me suena ese nombrel

GAUCHO 3º — ¡Es de fama por otros pagos!

GAUCHO 2º — ¿Ve? De ése naide tampoco sabe de ande viene, ni para dónde va.

DON ZENÓN. — Como que Juan Sin Ropa es uno de los piones que usa el Malo para sus asuntos medio peliagudos.

GAUCHO 2º — ¡Pero Don Zenón, ya nos está asustando, está diciendo cosas que parecen cuentos de ánimas!

GAUCHO 1º — O bolas de borracho. ¡Jal ¡Jal

DON ZENÓN. — Pero lo va a vencer... si puede, pienso yo, porque cuando se hace una cosa bien hecha, es muy difícil deshacerla con otra. Por eso a ese Juan Sin Ropa, pión del Diablo, le va a costar mucho basuriar al payador mano a mano.

GAUCHO 1º — Así que el Malo tiene un pión que se llama Juan Sin Ropa. Mire qué cosa, ¿no? Yo tuve una potranca que se llamaba "mentira".

DON ZENÓN. — ¿Qué decís?

GAUCHO 1º — ¡Qué Don Zenón, bolaceador de lo lindo! ¡Jal ¡jal Y éstos que se la han creído, ¡jal ¡jal Ahora que escampa y no llueve vamos a contar mentiras. *(Empieza a tocar en la guitarra el compuesto. Todos celebran. Salen del encantamiento de Don Zenón y entre risas y chacota empieza el canto. Don Zenón sale enojado. Cosa que se percibe por sus ademanes.)*

Ahora que escampa y no llueve

Vamos a contar mentiras:

He vido volar un sapo

Con una carreta encima,

Y un zorro con chiripá,

Ordeñando una gallina.

VARIOS. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

GAUCHO 2º — Esas se llaman “bolas”, compañero.

VARIOS. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

GAUCHO 3º — La figura que no haría el sapo, saltando con la carreta en el lomo.

VARIOS. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

GAUCHO 4º — ¿Y el zorro, amigazos, el zorro de botas y chiripá?

GAUCHO 2º — Y a lo mejor, de espuelas de domar, también...

GAUCHO 4º — ¡De espuelas y chiripá, agachao junto a una bataraza, ordeñando a dos manos!...

VARIOS. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

GAUCHO 1º — Bueno, aparceros, voy a seguir ricordando el “compuesto”.

Ahora que escampa y no llueve
Vamos a contar mentiras,
Vamos a contar mentiras
Que a todos les causen risa:
He vido nadar un gato
Con las patas para arriba...

VARIOS. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

GAUCHO 4º — ¡Oigale al duro! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

GAUCHO 3º — Mirá al micifús, con las patas como cuatro velas.

GAUCHO 1º:

Ahora que escampa y no llueve
Y que el mundo anda al revés;
Y que el mundo anda al revés
Igual que el seis con el nueve:
El gato quiere ser perro
Y el ladrón quiere ser Juez.

VARIOS. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

GAUCHO 4º — Eso, eso es lo que digo... ¡el ladrón quiere ser Juez!

GAUCHO 2º — Sí, amigos, lo que no se ve en un “compuesto” no se ve en ningún lao...

GAUCHO 1º — ... vamos a contar mentiras:

Diciendo había una vez...
 Había una vez un burro
 Sabidor y guitarrero:
 El que en todos los bailongos
 Hacía de bastonero.

GAUCHO 4º — ¡Quién lo viera al burro pidiendo luz entre las parejas! (*Hace ademán de pedir luz.*)

VARIOS. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

GAUCHO 1º:

Ahora que escampa y no llueve,
 Ahora que escampa y no llueve
 Las mentiras son verdades:
 Los sapos nacen con plumas
 Y las ovejas con alas;
 El avestruz sin pescuezo
 Y las cigüeñas sin patas.

GAUCHO 3º — Mirá, mirá, las cigüeñas, petizonas ellas...

VARIOS. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

GAUCHO 4º — ¡Cosa lindaza es un “compuesto” bien concertao!

DON PEDRITO. — (*Apareciendo desde afuera y dirigiéndose con aire desenvuelto hacia el pulpero, quien ha levantado la cabeza. Saludando:*) Buenas tardes.

VARIOS. — Buenas... Buenas tardes, don.

DON PEDRITO. — Buenas tardes, Ño José. ¿Cómo lo pasa? (*Mira hacia el interior. Flor de María ha aparecido, curiosa, y se entretiene coqueta sabiendo que Don Pedrito viene por ella.*)

Ño JOSÉ. — Buenas tardes, Don Pedrito, tanto bueno por aquí.

DON PEDRITO. — Es que vengo a hablar con usted para hacerle un convite ¿sabe? A usted y a las dos muchachas... ¿No andan por aquí?

NO JOSÉ. — Sí, por aquí andaban hace un momento. (*Dándose vuelta y al ver a Flor de María, indecisa:*) Aquí veo a Flor de María; no sé si estará arreglada para recibirlo. ¿Quiere pasar adentro?

DON PEDRITO. — No, No José; quiero hablar una palabra con ella solamente.

NO JOSÉ. — (*Al ver que su hija se asoma a la reja.*) Pues ahí la tiene.

FLOR DE MARÍA. — (*Con dulzura e interés.*) Más vale tarde que nunca; por aquí Don Pedrito. ¿Qué es eso del convite?

DON PEDRITO. — (*Zalamero.*) Vengo a convidar a mi Flor, no a la del Pago, a la mía... para aquella fiesta de que le hablé hace unos días. ¿Mi linda Flor no tiene ganas de divertirse?

FLOR DE MARÍA. — ¿Y cómo no? ... Y sobre todo si es en su casa y a invitación suya.

DON PEDRITO. — No esperaba otra respuesta. Yo bien sé que *mi Flor* sólo perfuma para mí.

FLOR DE MARÍA. — Mire que hay muchos que desean ese perfume.

DON PEDRITO. — Lo sé... ¡si lo sabré!... pero una cosa es desear y otra obtener. De modo que las espero mañana. Vamos a oír cantar al famoso Santos Vega.

FLOR DE MARÍA. — ¿Lo va a convidar a él también?

DON PEDRITO. — (*Con jactancia.*) A él también, sí, ¿y por qué no? Quiero que él mismo sea testigo de mi felicidad.

FLOR DE MARÍA. — (*Ansiosa.*) Ay... pero yo tengo miedo de que suceda algo...

DON PEDRITO. — ¿Miedo de qué, Flor de María, miedo de qué, estando en mi casa y conmigo?

FLOR DE MARÍA. — ¡Ay... yo no sé... me parece tan raro que usted haga eso... mire que él también me

quiere y me persigue... y usted sabe que no es hombre como para reírse de él... A mí eso me parece una temeridad!

DON PEDRITO. — No se aflija, mi Flor, estése tranquila. Mañana entre dos luces, la espero con Iracema y Ño José. Póngase bien linda, más linda que todos los días... porque hasta las flores hay días que amanecen más lindas que otros. Hasta mañana. (*Le da la mano.*)

FLOR DE MARÍA. — (*Cariñosa.*) Hasta mañana... y recuerde que el mozo no es de facilitar.

DON PEDRITO. — (*Acercándose al lugar de la reja en que se toma.*) Quéde tranquila. (*Luego dirigiéndose a Ño José:*) Ño José, me retiro, pues tengo mucho que hacer. Yo lo venía a convidar para ir mañana un rato con las muchachas a la estancia. Espero que aceptará mi pedido.

ÑO JOSÉ. — ¿Y cómo no? Con muchísimo gusto. Iremos, Don Pedrito, y de muy buen grado.

DON PEDRITO. — (*Dirigiéndose al gaucho Haracán que desde hace rato ha estado esperando la oportunidad de acercarse en procura de una copa, y se ha puesto con un codo en el mostrador. Los demás observan la maniobra.*)

HARACÁN. — Buenas tardes, caballero.

DON PEDRITO. — (*Con generosa soberbia.*) ¿Y tú siempre con una copa en puerta; cuándo te vas a decidir a trabajar? (*Arrojando una moneda sobre el mostrador.*) Tómame una copa a mi salud y sígueme que te necesito para un recado. (*Sale. Saludos de todos.*)

ÑO JOSÉ. — (*Llenando un vaso de vino y arrimándose.*) Sirvase, amigo. Hoy ha tenido un día de suerte.

HARACÁN. — ¡Y entoavía no ha terminado! Gracias, don. (*Se pone el vaso cerca y luego de contemplarlo, saboreándolo con los ojos, se lo toma, diciendo:*) ¡Hasta verte, Cristo mío... ajaaa! (*Y se lo manda de un trago.*)

Mutis. Mientras los gauchos mirones festejan la ocurrencia con una carcajada.)

GAUCHO 1º — (*Dirigiéndose al pulpero.*) ¡Qué buche para una tabaquería!

GAUCHO 2º — Ese no juega a los naipes, pero sabe barajar las copas.

GAUCHO 3º — Borrachón y religioso. Nunca se olvida de mentar a Cristo.

No JOSÉ. — Siempre el mismo dicho: "¡Hasta verte, Cristo mío!"

GAUCHO 1º — Ansina cualquiera es religioso, viéndole la cara a Jesucristo a través de la bebida.

GAUCHO 2º — ¿Se lo habrá copiado al señor Cura, cuando al decir la misa se empina el vaso de vino?

VARIOS. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

No JOSÉ. — Pero le tengo preparada una bromita para hacerle un escarmiento.

VARIOS. — Vamos a ver, vamos a ver...

No JOSÉ. — El mozo es bastante aprovechador y mal educado. Aprovechador porque siempre se hace convidar y él no paga nunca.

GAUCHO 1º — ¡Si no tiene en qué caerse muerto!

GAUCHO 2º — Un hombre que nunca trabaja.

No JOSÉ. — Ahí verán... y mal educado, porque de una sentada se empina todo el vaso y jamás deja, como hace toda persona educada, un poquito en el fondo.

GAUCHO 1º — Sí, nunca deja "el cumplimiento". (*Se van varios.*)

GAUCHO 2º — ¡Ja! ¡Ja! No José protesta porque nunca deja el cumplimiento.

No JOSÉ. — Sí señores. Y para justificar la grosería se hace el muy creyente diciendo al tomar: "Hasta verte, Cristo mío". Como ustedes lo han oído.

GAUCHO 1º — Es que el hombre no es nada lerdo para el buche.

No JOSÉ. — En cuanto vuelva por acá y acepte el

primer "tome algo", le voy a servir la bebida en este vaso que en el fondo tiene pintada la cara del Diablo, en vez de la de Cristo.

VARIOS. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

ÑO JOSÉ. — Y veremos qué hace. Por no verle la cara al Demonio va a tener que dejar el restito del cumplimiento.

VARIOS. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Linda judiada!

SANTOS VEGA. — (*Apareciendo de improviso ante el asombro de todos, los cuales quedan mudos de emoción y curiosidad.*) Buenas tardes, aparceros.

ÑO JOSÉ. — (*Y unos pocos con cierto embarazo.*) Buenas tardes, amigo Vega. Bien venido sea a estos pagos, el payador.

SANTOS VEGA. — Muchas gracias, caballeros.

ÑO JOSÉ. — Sírvaselo algo, amigo, yo lo convido.

SANTOS VEGA. — Gracias... a pagar lo que guste...

ÑO JOSÉ. — Pero no me va a despreciar...

SANTOS VEGA. — No, señor. Yo no desprecio a naides. No es mi conducta. Por eso le voy a aceptar... pero en la misma hebra yo invito a toitos los presentes... Sírvenselo, amigazos, que Santos Vega anda echando buena y... la buena suerte hay que festejarla. Un vaso de giniebra, si a veces es un pedacito de infierno, otras es un pedacito de cielo.

GAUCHO 1º — Amigo Santos, el gauchaje del pago le da la bienvenida.

GAUCHO 2º — Aceptamos su invitación gustosamente.

GAUCHO 3º — Y que sea por mucho tiempo y no desaparezca como por brujería, haciéndose humo cuando más lo deseamos escuchar, como otras ocasiones. (*Toman con el consabido "salú", conversan por lo bajo. Aparece el Haragán muy apurado por no perderse el convite.*)

HARAGÁN. — Buenas tardes, Don Santos; ¿cómo dice que le va?

GAUCHO 1º — ¡Cayó al pago!

GAUCHO 2º — ¡Cuándo no! ¡Ja! ¡Ja!

SANTOS VEGA. — Bien ¿y usted? A tiempo llega. Sírvale, pulpero, al amigo. *(No José y los parroquianos cambian miradas de inteligencia mientras le sirve en el vaso preparado.)*

No JOSÉ. — *(Acercándole el vaso.)* Tome, amigo, y que le aproveche.

HARACÁN. — *(Ante la expectativa de todos, contemplando y saboreándolo con los ojos, empuja el vaso. Al ver la cara del Diablo, vacila, pero luego dice con intención:)* Ni gota pal Diablo. *(Y se lo toma de un sorbo ante el regocijo de los gauchos.)*

CUYIMBA. — *(Entra, dirigiéndose al pulpero.)* Ya está barrida la cancha, patrón.

No JOSÉ. — Bien, bien. *(Dirigiéndose al grupo de gauchos.)* Bueno, vecinos, los que iban a “tabiar” ya tienen la cancha limpia. Aquí está el hueso. *(Saca como de un cajón una taba y la entrega al Gaucho 1º, quien la toma y se dirige hacia afuera, invitando a los demás.)*

GAUCHO 1º — Bueno, muchachos; vamos a despuntar el vicio.

GAUCHO 2º — Cómo ha de ser. Hoy me siento algo clavador...

GAUCHO 3º — Yo ando torcidazo con las polleras y vamos a ver si es verdá aquello de que “si torcido en amores, derecho en el juego”...

SANTOS VEGA. — ¿Y quién lo niega? Eso es tan verdá como que hay sol. *(Santos Vega queda como escuchando algo. Es la voz de la Flor del Pago.)*

LA VOZ. — Yo soy la mujer de naide
Llamada la Flor del Pago;
La que luce un bello nombre
Hecho de suspiros largos...

(Santos Vega se sorprende y se transfigura de emoción, pero no lo comunica a los demás y queda como distraído.)

GAUCHO 3º — Y usted, amigo Santos, ¿no nos acompaña? (*Santos Vega vuelve en sí.*)

SANTOS VEGA. — ¿Y cómo no? Vayan nomás, que de aquí a poco estoy en el borbollón con ustedes. (*Salen todos hacia afuera menos Cuyimba quien se distrae limpiando vasos. Flor de María aparece coqueta, después de haber estado aguaitando desde la trastienda. Santos Vega, al verla, se ilumina y se acerca a la reja.*)

SANTOS VEGA. — ¡Bien haiga la Flor del Pago y su donaire y su gracia!

FLOR DE MARÍA. — (*Halagada y juguetona.*) ¡Jal! ¡Jal! ¡Jal! ¡Yo no soy la Flor del Pago, ni tengo donaire ni gracia!

SANTOS VEGA. — Si no fuera así, ¿de qué luz estarían ahora llenos todos los ojos? ¿Por quién se colmarían los vasos y chispearían los cuchillos aun estando envainados?

FLOR DE MARÍA. — Lisonjero había sido... y dice cosas tan lindas...

SANTOS VEGA. — ¡Mereceré el favor de bailar, mañana, el primero, con la más hermosa de las flores?

FLOR DE MARÍA. — ¿Y a mí me lo pregunta? Vaya y pregúnteselo a la flor.

SANTOS VEGA. — ¡Coquetal... Estás en las relaciones, estás en los zapateos, en el alma y en la carne. Sos un latigazo de Dios sobre el malo y sobre el bueno.

FLOR DE MARÍA. — ¡Jal! ¡Jal! ¡Jal! Soy la mujer que suspira por un amor y un espejo.

SANTOS VEGA. — ¿No le basta el espejo para saberse bonita?

FLOR DE MARÍA. — (*Coqueta.*) No me basta.

SANTOS VEGA. — Ya lo sé. (*Con intención.*) Yo se lo voy a decir al oído... Me gusta que digas no, estando pensando en sí.

FLOR DE MARÍA. — Aunque parezca mansita, no es fácil de ancas la cosa.

SANTOS VEGA. — Colijo que sí, mi Prenda.

FLOR DE MARÍA. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Yo soy la mujer de naide, naide y todos es lo mesmo. ¡Ja! ¡Ja! ¿Vale algo la Prenda que naide codicea?

SANTOS VEGA. — Así quisiera la mía. Tener que conquistarla toitos los días...

FLOR DE MARÍA. — ¡Búsquela! ¿Qué hace perdiendo el tiempo?

SANTOS VEGA. — Tengo curvada la voz, de acariciar tu cintura con mi amorosa canción: mis cantos son como abejas volando en tu derredor.

FLOR DE MARÍA. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Todos me quieren llevar en las ancas del caballo.

SANTOS VEGA. — Si en la vida no te alcanzo, igual he de hallarte yo; golpearé toitas las puertas, puertas con Diablo o con Dios.

FLOR DE MARÍA. — (*Esquiva se dirige a la trastienda.*) Todos se mueren por mí, y yo por un forastero, que guardo bajo la almohada como si fuera un espejo. ¡Ja! ¡Ja! (*Y desaparece. Santos Vega queda como alucinado, no sabiendo de cierto si la escena ha sido real o fantasía de su mente.*)

DON ZENÓN. — (*Entra como buscando al payador.*) ¡Güenas tardes!

SANTOS VEGA. — (*Volviendo a la realidad.*) Güenas las dea Dios. Aquí estoy a su llamado, don, y es mejor vernos ansina, como por chiripa; porque si me ven otra güelta por su rancho, la gente quién sabe lo que va a murmurar. (*Se sientan en una mesita que debe haber medio oculta.*)

DON ZENÓN. — Stá bien: amigo Santos. Lo que tengo que decirle es de tiro tan cortito como importante.

SANTOS VEGA. — Vamos a ver, vamos a ver... pero si sus palabras son algo bravas o duras, vamos a mojarlas, para que se ablanden, ¿no?

DON ZENÓN. — Como guste, amigo.

SANTOS VEGA. — (*Autoritario a Ño José, que en ese momento cruza viniendo de afuera.*) A ver, patrón, haga

señor los copas de giniebra. (*Encarándose con el brujo. Vaya largando el rollo, nomás.*)

DON ZENÓN. — Le tengo que decir, amigo Santos, que el también famoso payador Juan Sin Ropa, quiere toparse con usted. (*El negrito pone los dos vasos sobre la mesa y se retira presuroso tras el mostrador que No José ha abandonado atraído por las jugadas.*)

SANTOS VEGA. — ¿Un cantor de otro pago?

DON ZENÓN. — Sí, señor, de otro pago, aunque no tan nombrao como usted.

SANTOS VEGA. — No tengo inconveniente, siempre que el contrapunto sea por algo que duela... por algo que nos duela a los dos.

DON ZENÓN. — A eso diba, derechito. Por algo que duela va a ser la cosa... ¡Si lo será...!

SANTOS VEGA. — ¿Y qué le duele al hombre?

DON ZENÓN. — Al hombre le duele la vida de Santos Vega... Y a Santos Vega ¿qué le duele? ¿Se puede saber?

SANTOS VEGA. — A Santos Vega, más que la vida, más que la muerte, más que el Cielo o el Infierno, le duele el corazón de una mujer...

DON ZENÓN. — Sí, amigazo, lo sé. Y sé, o sabía, también, que usted no se diba a acoquinar ante nada ni ante naides. Ansí es la cosa, pues. En el contrapunto van jugadas su vida y su fama. Si gana Juan Sin Ropa, a usted "se le cae el copete", y esa caída le arrastrará la vida. Si es usted quien gana, al mantener su renombre, tendrá no sólo la vida, sino todo lo que ella nos ofrece, y entre todo eso tendrá, asimesmo, el amor de la Flor del Pago. Y digo tendrá, por un decir nomás, pues que la juerza del payé que le dí, ya le tiene que haber arrimao el perfume de esa flor.

SANTOS VEGA. — Con payé y todo, no crea que es tan fácil cortar esa flor, amigo Don Zenón.

DON ZENÓN. — No hablemos más del caso, que al fi-

nal será usted solito quien se la ponga, apretada en el fudo del pañuelo.

SANTOS VEGA. — (*Alzando el vaso de ginebra.*) Sí, señor. Bien haiga su respetable palabra. Dejemos por ahora la flor en su gajo, y mentemos el caso del desafío de ese famoso payador. Acepto y me juego en la parada. Si la moneda es la vida, que la vida ruede como un patacón cualquiera, para arriba, o para abajo; pal Cielo o pal Infierno. (*Tomando.*) ¡Salú!

LA VOZ. — Todos me quieren llevar
En las ancas del caballo:
Y se cruzan cien caminos
En la puerta de mi rancho.

SANTOS VEGA. — ¡Qué lindo, Don Zenón! Esta es la vida; escuchar esa voz que baja del cielo... ¡Cómo no me voy a jugar la vida, si la vida es seguir escuchando esa voz!...

DON ZENÓN. — Esa es la fuerza del payé que le com-puse.

SANTOS VEGA. — (*Alegre.*) Güeno, don. La carrera está atada. Elija usted día y lugar y me lo avisa. Y ahora me voy un rato con esos amigos que están haciendo rodar el güeso. ¿No me acompaña?

DON ZENÓN. — No, señor. Me voy a quedar aquí, esperando a ese mozo que por mal nombre le dicen "el haragán" y que está por ahí nomás.

SANTOS VEGA. — Stá bien, amigo, quede a gusto. (*Desde afuera se oyen voces relativas al juego y que ya se han dejado oír durante el diálogo anterior.*)

Voz 1ª — ¡Oiganlé a ese maula!

Voz 2ª — ¡Y la va a clavar nomás!

Voz 3ª — Con tanto apronte. Al que tira voy diez patacones.

Voz 4ª — ¡Le pago, amigo, voy al que esperal... ¡Ja, ja, ja!... ¡y la clavó mesmito!

SANTOS VEGA. — (*Saliendo.*) En la suerte de la taba voy a orejear mi destino.

LA VOZ. — Tengo un árbol para sombra,
Y en el tronco de ese árbol
Florece los corazones
A cuchillo dibujados...

SANTOS VEGA. — La voz de ella otra vez... Esa voz es mi vida... (*Mutis.*)

CUYIMBA. — Con permiso, don Zenón, con su permiso. (*Recoge los vasos vacíos, mirando con curiosidad el que usó el payador.*)

DON ZENÓN. — Tráime otra giniebra, morocho.

CUYIMBA. — (*Entregando el vaso del payador a Iracema que, cerca de la reja y como ocultándose, lo espera ansiosa, mientras Flor de María, más hacia el fondo, la observa.*) Sirvasé, niña; éste es el vaso de Don Santos Vega. (*Luego sirve un vaso, se lo alcanza a Don Zenón y se queda mirando hacia afuera, donde se supone está la jugada.*)

IRACEMA. — (*Que ha tomado el vaso y mirándolo al trasluz, con amorosa ansiedad.*) A ver, a ver... ¿por dónde fué que tomó... por dónde fué que tomó?... ¿Dónde pusiste los labios, corazón mío, tus labios de cantor?... ¡¡Virgen Santa!!... ¡Cómo han de besar esos labios!... (*Sigue buscando la señal del labio en el borde del vaso, mientras Flor de María se le acerca irónica, diciendo:*)

FLOR DE MARÍA. — ¡Ajá!... ¿Ese era el asunto que tenías con el negrito? ¡Ajá!... ¿Le querés descubrir los secretos?... ¡Bah! ¡Bah! ¿Querés que te los diga?... Yo me los sé de memoria...

IRACEMA. — (*Fastidiada.*) Yo no te pregunto nadita. Dejame tranquila con mis sentimientos y con mis cosas...

FLOR DE MARÍA. — (*Insistiendo.*) ¿Querés que te los diga?

IRACEMA. — Gracias, m'hijita, ya sé lo que me vas a decir... que Santos Vega está enamorado de vos... esas son ilusiones que te hacés.

FLOR DE MARÍA. — (*Con jactancia.*) ¿Ilusiones, decís?

IRACEMA. — Ilusiones tuyas, sí. El no quiere a ninguna, nació para ser cantor y ser querido por todas... Vos, tampoco querés a ninguno... te sentís la Virgen María... Todos se te acercan, te miran, te hablan, y vos mirando las nubes... Va a bajar del cielo Jesucristo para arrastrarte el ala...

FLOR DE MARÍA. — (*Con fastidio.*) Mirá, pedazo de boba... te lo regalo ¿sabés? Te lo regalo al famoso payador... (*Dicho lo cual se da vuelta y entra, desapareciendo. Mutis.*)

IRACEMA. — (*Quien, siempre observando los bordes del vaso, no ha hecho mayor caso a su hermana.*) Y si le echara el aliento, ¿a ver? (*Le echa el aliento al borde del vaso y exclama:*) ¡Pero si aquí se marca, se marca clarito el labio, el beso!... ¡Ay!! (*Se lleva el vaso a los labios como si le diera un beso al propio payador en una actitud algo sexual. Se oye el toque de oración, haciéndole cambiar de actitud y exclama:*) ¡La oración yal ¡Ay, Señor, yo estoy en pecado! (*Se hinca ante alguna estampa que habrá ex profeso.*) ¡Ay, qué te voy a pedir, Virgencita mía! ¿Qué te pediré?... Yo estoy en pecado porque lo *deseo*, porque lo quiero hasta los malos pensamientos. Y yo sé que no es para mí, que es para mi hermana... ¡Ay! sácamelo del corazón. Virgen mía, arráncamelo del alma y... del cuerpo, sobre todo del cuerpo... Yo lo quisiera olvidar, para no sufrir más por él... ¡Señora, dame el olvido... si no ha de ser para mí, dame el olvido! (*Se santigua, luego se incorpora y desaparece. Mutis.*)

HARAGÁN. — (*Entra, dirigiéndose a la mesita en que don Zenón ha permanecido frente a su ginebra, pensativo y sin reparar en la escena anterior.*) Aquí estoy, don Zenón.

DON ZENÓN. — Bueno, sentate muchacho, vamos a conversar. (*El Haragán se sienta con familiaridad.*) A ver, Cuyimba, traite dos giniebras más. (*Desde afuera vuelven a oírse gritos, carcajadas, protestas, voces de peleas, etc.*)

GAUCHO 4º — Al payador voy diez patacones.

GAUCHO 1º — Pago; yo voy al que espera.

GAUCHO 4º — Ruede la plata en el suelo, que es redonda para eso.

SANTOS VEGA. — Cantada: de vuelta y media.

GAUCHO 3º — La suerte besando el cielo.

GAUCHO 4º — ¡Clavada: como puesta con la mano!

SANTOS VEGA. — Señores, pido disculpa
A veces me llamo pulpa
Y a veces me llamo güeso.

(*Cuyimba sirve lo pedido. No José entrando apresurado, va a servir varios vasos y dice:*)

NO JOSÉ. — La cosa se va armando. Pero este Don Vega parece enriendado por el Diablo. No erra tiro. Ese mozo es muy baquiano para todo... (*Cuyimba ha dejado los vasos en la mesa y se ha quedado mirando en la puerta atraído por las incidencias del juego. El Haragán se empina el vaso y mira desconfiado el fondo del mismo, diciendo con intención:*)

HARAGÁN. — ¡Hasta verte, Cristo mío! (*Don Zenón y él se trenzan en una conversación. Entre tanto, Flor de María ha salido de la trastienda y curiosa mira hacia la cancha, al par que es sorprendida por No José que ha pasado detrás de la reja.*)

NO JOSÉ. — ¿En qué andas tú? Este no es tu lugar. ¿Qué buscas?

FLOR DE MARÍA. — Nada, Tatita. Sólo la curiosidad; esos gritos llamaron mi atención y quise ver...

NO JOSÉ. — ¿Los gritos, nada más?

FLOR DE MARÍA. — O tal vez al payador. Como es tan mentada su fama.

NO JOSÉ. — Ya te lo he dicho, y lo repito: debes darte tu lugar. Tus coqueteos tienen un feo nombrete ya.

FLOR DE MARÍA. — ¿Qué nombrete?

NO JOSÉ. — No te hagas la tonta: La Flor del Pago.

FLOR DE MARÍA. — Pero eso no tiene nada de malo...

NO JOSÉ. — Ni de bueno. Tú, hija, debes cortar de raíz cualquier simpatía que abrigues hacia ese gaucho. No te conviene. Tú no eres para él. Te sobran pretendientes para elegir. Ahí tienes a Don Pedrito tras de ti, como una sombra. Ese es el candidato que debes aceptar. Es la persona más importante del lugar. Ese es mi deseo y sería el de tu finada madre si estuviera junto a nosotros.

FLOR DE MARÍA. — ¡Así se hará, Tatita! (Sale.)

SANTOS VEGA. — *(Entrando con disimulo, mirando con intención hacia el interior, como buscando a Flor de María; se acerca a la reja y es atendido por el pulpero.)* Sirvame otra giniebra, patrón. *(Dirigiéndose a Don Zenón y al Haragán que se han levantado a su presencia.)* ¡Sirvanse algo, señores!

DON ZENÓN Y HARAGÁN. — Güeno, por no despreciar a un payador tan mentao.

SANTOS VEGA. — Sirvalés. *(No José los sirve. Los gritos de los peleadores se agrandan y se acercan hasta que aquellos penetran dentro de la pulpería. Un gaucho, poncho y facón en mano, elea como en retirada contra un sargento de policía colonial (Policía del Preboste) con un sable corvo que viene empuñando. Detrás de ambos peleadores va entrando todo el gauchaje que estaba en la cancha de taba.)*

GAUCHO 3º — No señor; no era así la cosa.

GAUCHO 2º — Aparcero: el perder es de varón.

GAUCHO 3º — La clavó pero de panza.

SARGENTO. — Callesé y aguante, amigo.

GAUCHO 3º — ¿Qué se mete ande no lo llaman?

SARGENTO. — Me meto porque quiero y porque puedo, y ya te méstás mandando mudar.

GAUCHO 3º — Eso será lo que cante un gallo.

SARGENTO. — Y ya está cantando también. Defendete.

GAUCHO 3º — ¿Y de no? Varón gritaron al verme.

GAUCHO 1º — (*Entrando a escena.*) Ahora se pone linda la cosa.

GAUCHO 4º — Abran cancha, caballeros.

GAUCHO 1º — Voy diez onzas al que pega.

SARGENTO — ¡Tu agüela!

GAUCHO 4º — Ventajero.

SARGENTO. — (*Atacando.*) Te voy a enseñar sötreta a respetar la autoridad. (*Pelean. Los mirones se colocan para presenciar la lucha. El sargento siempre atacando y el gaucho retrocediendo, hasta llegar muy cerca de la reja en que se hallan Santos Vega, Don Zenón y el Haragán.*).

SANTOS VEGA. — Esto está muy desparejo, aparceros, y a mí me gustan las cosas justas. Perdonen que me entrometa donde no me llaman, pero yo soy ansina. (*Se acerca, poniéndose entre ambos peleadores. Después saca su facón y lo agrega al largor del arma del gaucho, diciendo:*) Ahora, compañero, usté va a sentir que su arma ha crecido como dos cuartas, hasta emparejar el largor de ese sable. Pelee nomás y piense que donde llega con la intención va a llegar con el fierro. (*Pelean y ante el asombro de los curiosos y propios actores, la lucha se hace pareja.*)

GAUCHO 1º — ¡Vean cómo se cambé la plata!

GAUCHO 2º — ¡Pero si lo lastima sin tocarlo!

SANTOS VEGA. — Y áhora que están peleando parejos, vamos a terminar.

ÑO JOSÉ. — (*Envalentonado, grita desde atrás de la reja:*) Sí, es mejor que esto termine. Yo no quiero peleas en mi casa.

SANTOS VEGA. — (*Altanero.*) Estos naipes los orejeo yo. (*Interpone su facón entre ambos peleadores.*)

SARGENTO. — (*Altanero.*) ¿Y usté quién es para meterse en asuntos de la autoridad?

SANTOS VEGA. — Yo soy quien soy. El que te deja maniao el brazo con una mirada juerte.

SARGENTO. — ¿A mí?

SANTOS VEGA. — A vos mesmo, sí, a vos mesmo.
(Hace un ademán, lo mira fijo en los ojos, y el brazo del sargento se paraliza ante el estupor de los demás.)

SARGENTO. — *(Con asombro supersticioso.)* ¡Vos sos Santos Vega... vos sos Santos Vega!... *(Santos Vega, sin dar importancia a su triunfo, se distrae porque oye la voz:)*

LA VOZ. — Por mí relucen los ojos
Por mí se colman los vasos,
Y chispean los cuchillos
Aun estando envainados.

TELÓN

A C T O S E G U N D O

TERCERA JORNADA

(Sala colonial en la estancia de Don Pedrito Calzadilla, la cual tendrá un marcado carácter español de la época, con algún detalle criollo gauchesco. La puerta principal y la ventana darán al patio. Una o dos puertas menores darán a las habitaciones de servicio. Debe haber un clavicordio. Al levantarse el telón, gran animación. Varios grupos llenan la sala y el patio. Estamos al comienzo de la fiesta. Sentadas, formando un observador grupo, están las dos tías de Don Pedrito vestidas de ciudad, solteras, de unos 38 años, criticonas; conversan con un invitado pueblerino. Junto al clavicordio un grupo escucha con atención a una joven que acaba de tocar o cantar un aire de la época, no bailable. Termina el canto y todos celebran. Dos negritas muy diligentes y emperifolladas sirven, licores una, y mate en bandeja de plata, la otra. Las mujeres llevarán sencillos vestidos ciudadanos de la época. Los hombres, ídem, o vestido de gauchos del siglo XVIII, al igual que Don Pedrito: traje de campesino español con calzoncillo cribado y espuelas de rodajes grandes, cuchillo al cinto, pero llevado adelante. Don Pedrito llevará además una pistola, que puede estar oculta. Termina la canción.)

TODOS. — ¡Muy bien! ¡Muy bien!

UNO. — ¡Donosita la moza!

DON PEDRITO. — No te conocía esas virtudes, Merceditas.

MERCEDITAS. — ¡Por Dios!

TODOS. — ¡Muy bien! ¡Muy bien!

(Aparecen en la puerta principal, viniendo del patio No José y sus hijas Flor de María e Iracema. Don Pedrito se adelanta a recibirlas.)

DON PEDRITO. — ¡Larga parece la espera cuando es tan deseada quien falta!

FLOR DE MARÍA. — ¡Ay! Don Pedrito por favor, déjeme usted que me apee, que vengo sofocada.

IRACEMA. — Alegre lo veo, Don Pedrito.

ÑO JOSÉ. — Nada me diga, mi amigo. Es difícil arrancar con dos polleras; que afeites, que espejos, que rulos...

FLOR DE MARÍA. — ¡Tatita! ¿Qué va a pensar don Pedrito?

DON PEDRITO. — Lo que es natural y corriente. El eterno femenino, Ño José. Vengan ustedes. Les presentaré a mis tías. (*Las acompaña al grupo de tías que ya mirarán inquisidoras. Presenta:*) Las señoritas de Calzadilla, mis tías. Ño José, Flor de María, Iracema. Lo mejor del pago. (*Saludos.*)

TÍA 1ª — ¡Monina!

TÍA 2ª — ¡Graciosa! (*Alguien llama desde otro grupo.*)

ALGUIEN. — ¡Flor de María!

FLOR DE MARÍA. — ¡Con su licencia! (*Las muchachas continúan saludando a los demás invitados, conocidos ya, y Don Pedrito y Ño José han quedado conversando en un aparte.*)

TÍA 1ª — (*En un tono mojigato y de superioridad, observando a ambas hermanas, Flor de María e Iracema.*) La tal "flor" fea, lo que se llama fea, no es.

TÍA 2ª — (*En igual tono.*) No lo será, pero tampoco es bella como para merecer el nombre.

INVITADO CANOSO. — Señoritas, debemos ser un poco generosos con estos campesinos.

TÍA 1ª — Ay, amigo mío, usted siempre rompiendo lanzas por las mujeres jóvenes.

TÍA 2ª — Sí, porque las pobres, lo único que tienen es la juventud...

TÍA 1ª — Pero eso se acaba...

TÍA 2ª — En la vida, lo que no se acaba con los años es el nacimiento...

INVITADO CANOSO. — A estas buenas criaturas, no po-

~~Don~~ exigies nacimiento, ni clase, pero que son her-
~~mosas~~ lo son.

TÍA 2ª — Se lo vuelvo a repetir: la hermosura de la
juventud.

TÍA 1ª — Hermosura sin sedas arrugadas desde la
cuna, a mí no me interesa. No olvide usted que son
hijas del pulpero.

INVITADO CANOSO. — A usted no le interesará, querida
amiga, pero otros no son tan exigentes como lo son
ustedes. Vuestro sobrino, pongo por caso.

TÍA 1ª — Es natural: los hombres jóvenes, siempre
están a la pesca de las flores que encuentran en su
camino. Flores silvestres.

TÍA 2ª — Flores que huelen y luego arrojan a un
lado, hasta encontrar otra...

INVITADO CANOSO. — (*Viendo su imposibilidad de
convencerlas.*) ¡Ay, Señor, Señor! (*Se ríe.*) ¡Qué mundo
éste! (*Pasa la conversación a otro grupo.*)

DON PEDRITO. — ¿Cómo no voy a hacerle caso? Esa
es una insolencia que lastima mi reputación de hombre
y de señor.

NO JOSÉ. — La verdad es que el gaucho éste se está
tornando insolente y agresivo. Como canta tan bien, y
se corre el decir que tiene tanta suerte con las pol-
leras...

DON PEDRITO. — Eso de la "suerte con las polleras"
lo veremos, lo veremos, No José... Yo, por lo pronto,
lo pongo a usted en antecedentes, por lo que pueda
acontecer esta noche.

NO JOSÉ. — Sí, señor, muy bien hecho. Era lo que
correspondía.

DON PEDRITO. — Eso sí, estoy dispuesto a hacer res-
petar mi casa y mi nombre.

NO JOSÉ. — Ello me parece muy natural... y yo, la
reputación de mis hijas... En esa tarea cuente con que
no le voy a dejar solo.

DON PEDRITO. — Bien. Sólo quería expresarle eso, mi

amigo, para que no se sorprenda por el giro dramático que esta fiesta pueda tomar. Además, ya he enviado un propio, matando caballos, comunicando todo ello al Preboste, para que se haga presente con algún representante de la autoridad, que ya debe estar apostado por ahí.

Ño José. — Eso, Don Pedrito, no me parece oportuno. Puede agregar leña a la hoguera.

DON PEDRITO. — No sé si convendrá que Flor de María se entere de este asunto. (*Cambiando de tono y dirigiéndose a todos.*) Pero señores, vamos a poner un poco de alegría. ¿Qué les parece si bailamos un Minué Montonero?

VARIOS. — Un Minué Montonero, muy bien. (*Aplauden.*)

DON PEDRITO. — Bueno, que se preparen los guitarreros y toquen el Minué. (*Dos de los presentes se colocarán en un ángulo con sus guitarras y rasguearán la danza.*) Vamos a ver esos bailarines, no tengan vergüenza, hay que animarse; yo me reservo para la Contradanza. (*Se colocan las parejas en el centro y bailan. Este baile puede sustituirse por "El Cuando", "El Cielito" o "La Media Caña". Es preferible que sea bailado por los que vistan traje ciudadano. Concluido el baile, se oyen aplausos y algunos dichos al caso, con alusiones a Flor de María:*)

GAUCHO 1º — Yo quería ver bailar a la Flor del Pago, pero me pelé la frente.

GAUCHO 2º — Es que ese bocadillo está reservado, compañero.

FLOR DE MARÍA. — ¡Ja, ja!... estén tranquilos, que no estoy reservada para nadie.

GAUCHO 3º — Vamos a ver con quién baila la Contradanza, que se deja para el final. (*Llegan nuevos invitados y Don Pedrito se adelanta a recibirlos.*)

DON PEDRITO. — Con permiso, Ño José. (*A los recién llegados:*) ¡Misia Dolores! ¡Don Santiago! ¡Lolita!

DON SANTIAGO. — Llegamos a los postres.

MISA DULORES. — ¡Don Pedrito!

LOLITA. — ¡Don Pedrito!

DON PEDRITO. — Recién ha comenzado la danza. Vengan ustedes. *(Los recién llegados saludan a las tías. Mientras, Flor de María e Iracema, se han acercado curiosas, al padre.)*

IRACEMA. — ¿Qué sucede, Tatita, que tiene esa cara...

NO JOSÉ. — Sucede, hijas, lo que tenía que suceder. Don Pedrito cometió el error de invitar al amigo Santos Vega *(dicho con sorna)* y el gaucho, como buen mal agradecido y mal educado, ha mostrado la hilacha.

IRACEMA. — ¿Cómo? ¿Qué ha hecho; ha tenido algo con Don Pedrito?

NO JOSÉ. — No lo ha tenido aún, pero creo que pronto lo va a tener.

FLOR DE MARÍA. — ¿Pero qué ha sucedido, Tatita? Cada vez me deja más intriguada.

NO JOSÉ. — Sucede que el mozo se cree con ciertos derechos sobre tu persona. Así como lo oyes. Y el muy insolente anda desparramando por veredas y albañales, que si no danzas en pareja con él esta noche tu primera pieza, no lo harás con ningún otro.

FLOR DE MARÍA. — *(Con cierta satisfacción.)* ¿Eso ha dicho?

IRACEMA. — ¿Pero será posible?

NO JOSÉ. — Eso ha dicho; y pueden imaginarse que un atrevimiento de tal jaez, ni yo como padre, ni nuestro amigo como dueño de casa, lo podemos consentir.

FLOR DE MARÍA. — Pero yo no recuerdo haberle prometido nada.

NO JOSÉ. — Mas como dicen que el mozo "anda echando buena", se ha puesto engreído.

FLOR DE MARÍA. — No hay que tomarlo en serio.

NO JOSÉ. — Y es muy capaz de hacer lo que dice... y ahí está la piedra del escándalo. Esta noche, tú dan-

zas primero con el dueño de casa, y luego, por no desairarlo, lo haces con el gaucho ese.

FLOR DE MARÍA. — Pero Tatita, si el payador me viene a sacar primero, yo no me puedo negar. No estoy comprometida con nadie, todavía...

Ño José. — Como padre, te ordeno que no aceptes la invitación.

FLOR DE MARÍA. — Pero, Tatita...

Ño José. — No escucho más. Ya sabes lo que tienes que hacer. Piénsalo. (*Con Iracema se acercan al grupo de los recién llegados.*)

FLOR DE MARÍA. — (*Para sí misma.*) ¡Ay... qué bueno! ¡Se van a pelear por mí! (*Cruza Don Pedrito a reunirse con Flor de María. La conversación pasa al grupo de Iracema y los vecinos.*)

IRACEMA. — ¡Qué bien le sienta ese traje a Don Pedrito! Me parece tan señorial... En verdad es un traje de español que se va haciendo gaucho, como él.

DON SANTIAGO. — Pero hay que saberlo llevar.

LOLITA. — Hay gauchos que lo llevan muy bien. ¿No han visto ustedes a Santos Vega? (*Iracema se calla, conmovida.*)

DON SANTIAGO. — Bueno, el famoso payador todo lo lleva bien, especialmente cuando se lleva alguna en ancas... Ja, ja, ja...

Ño José. — (*Con retintín.*) ¿Quién sabe, quién sabe?

IRACEMA. — Que canta bien y lleva bien su poncho y demás prendas, nadie lo puede discutir...

Ño José. — Y ahorita nomás lo vamos a comprobar.

DON SANTIAGO. — ¿Pero es cierto que está invitado a la reunión?

Ño José. — Es verdad. El hombre está invitado. Yo nunca creí... que Don Pedrito le diera tanta importancia.

LOLITA. — Es que la tiene. ¡Cómo no la va a tener! Un hombre que está en la boca y en la mente de todos...

DON SANTIAGO. — Más que de todos, de *todas*... porque ése es un picaflor... (*Iracema se sale del grupo, algo nerviosa, y se acerca a Flor de María, que está conversando con Don Pedrito.*)

IRACEMA. — Con permiso...

DON PEDRITO. — Hola, hola, señorita Iracema... si seguimos así, me parece que las "flores del pago" van a ser dos...

IRACEMA. — ¡Pero, Don Pedrito, por favor!...

FLOR DE MARÍA. — No te extrañe; hoy las zalamerías las guarda para las demás.

DON PEDRITO. — Y para usted también, Flor de María; señorita Flor del Pago, como la llama con demasiada confianza cierto personaje...

FLOR DE MARÍA. — Son muchos los que así me llaman.

DON PEDRITO. — Es que quiero ser *yo solo* quien la llame con nombre tan lindo; como quiero a la vez que luzca para mí solito.

IRACEMA. — Las flores lucen para todos, porque eso es lo natural... hasta que llega uno y las arranca... entonces, sí, es lo natural también que perfumen y luzcan para *su dueño*.

DON PEDRITO. — Y yo sé que voy a ser *el dueño* de esa flor...

FLOR DE MARÍA. — ¡Ja... ja... ja!... ¡Qué don Pedrito éste! Se me declara cada quince minutos.

SANTOS VEGA. — (*Apareciendo en la puerta.*) ¡Ave María... con permiso! (*Silencio y curiosidad en todos. Algunos de los hombres se ponen de pie instintivamente, mientras algunas voces exclaman: "¡Santos Vega!" Una de las negritas que acarrea mate da un tropezón. Don Pedrito se incorpora y encamina a recibirlo, jactancioso y algo insolente, respondiendo:*)

DON PEDRITO. — ¡Sin pecadol Amigo, pase adelante, que está en mi casa y en la suya. (*Le estira la mano.*) ¿Cómo está?

SANTOS VEGA. — Bien, ¿y usted?...

DON PEDRITO. — Bien, gracias. Aquí estábamos, esperando. Voy a tener el gusto de presentarlo a mis tías, las señoritas de Calzadilla... Creo que a los demás invitados, los conoce... (*Santos Vega saluda algo ceremonioso y luego se encamina a saludar a Flor de María e Iracema.*)

SANTOS VEGA. — ¡Cómo está, señorita, la bien llamada "Flor del Pago"?

FLOR DE MARÍA. — Muy bien, ¿y usted?...

SANTOS VEGA. — ¡Como está, señorita Iracema?

IRACEMA. — Muy bien, gracias. (*Santos Vega saluda a otras personas que están cerca, volviendo al grupo de Flor de María. Don Pedrito se acerca a las tías, que cuchichean mirando hacia el grupo del payador y las dos hermanas. Las negritas pasan una bandeja con licores.*)

ÑO JOSÉ. — Es indudable que el mozo tiene buena presencia. Nunca me había fijado en ello mayormente.

VECINO 1º — Dicen que los pájaros que mejor cantan son los de pluma más vistosa.

VECINO 2º — ¿Y nos cantará *algo* esta noche?

ÑO JOSÉ. — Tal vez no. Al mozo le agrada más cantar en la pulpería, junto a un vaso de bebida.

VECINO 3º — O cantar en el monte. Dicen que cuando canta, hasta se le acercan los yagüaretés, y lo miran y se amansan...

ÑO JOSÉ. — (*Con sorna.*) Al final, vamos a tener que creer en ese embuste que anda rodando por ahí.

VECINO 1º — ¿Qué embuste... eso del pacto con el Diablo?

VECINO 2º — ¡Ah, no, no! Ño José, yo soy un hombre civilizado, ¿cómo voy a dar crédito a semejantes paparruchas? ¡No y no!

DON SANTIAGO. — Señor mío: yo tengo larga experiencia de la vida, y ella me dice que al final, todos concluimos creyendo en brujas.

ÑO JOSÉ. — ¡Bah!... No haga caso. Son exageracio-

nes. Al hombre le rueda bien la taba y lo que él no hace por imposible, se lo inventa la gente.

VECINO 1º — Cuando el año viene bien...

ÑO JOSÉ. — Hasta los bueyes dan leche... ¡Ja, ja, ja!... Es lo que yo pienso. (*La conversación pasa al grupo de Flor de María.*)

FLOR DE MARÍA. — (*Al payador.*) Pero usted me pone en un compromiso. Yo no sé qué hacer... él es el dueño de casa y tiene su derecho a sacarme primero. (*Iracema se aleja, dejándolos solos.*)

SANTOS VEGA. — El será el dueño de casa, pero yo soy Santos Vega, mi prenda, el dueño de la Pampa.

FLOR DE MARÍA. — (*Coqueta.*) ¿Y nada más?

SANTOS VEGA. — ...déjeme concluir... y de su co razón. (*Flor de María sonríe y suspira, como halagada.*)

DON PEDRITO. — (*Que se ha acercado a las tías, conduce del brazo a una de ellas hasta el clavicordio.*) Sí, tía, cómo no va a recordar... aquello que tocó la otra vez...

TÍA 1ª — Bueno, hijo, haré lo que pueda...

TÍA 2ª — Sí, toca cualquier cosa. (*Por lo bajo.*) De todos modos, para lo que van a entender estos campusos...

TÍA 1ª — (*Se sienta al clavicordio, arranca a las teclas algunos arpegios y dice:*) Voy a tocar una Contradanza, porque yo *bailes de gauchos*, no sé.

SANTOS VEGA. — Descuide, señorita, que nosotros sabemos, en nuestros pobres saberes, *bailes de puebleros*, también...

DON PEDRITO. — (*Como para sí.*) ¡Qué insolente el gaucho éste!

SANTOS VEGA. — (*Que ha oído algo, con altanería.*) ¿Me hablaba a mí, don? (*Se acerca a Flor de María.*)

DON PEDRITO. — (*Haciéndose el que no ha oído, agarrar un mate que le ofrece alguna de las negritas.*)

ÑO JOSÉ. — (*Por lo bajo.*) Me parece que el baile (*con intención*) va a comenzar antes de lo previsto...

Tía 1ª — (*Toca la introducción de la Contradanza.*)

DON PEDRITO. — (*Golpeando las manos.*) Bueno, bueno, mis amigos: vamos a bailar esta Contradanza. Formen las parejas, que yo tengo elegida mi compañera. *Varios contertulios invitan a otras tantas señoritas. Don Pedrito se dirige a Flor de María, que está contersando con Santos Vega.*) Flor de María, ha llegado el momento, y lo prometido es deuda.

FLOR DE MARÍA. — (*Indecisa.*) ¡Ay, Don Pedrito, qué compromiso!...

SANTOS VEGA. — Perdone, amigo, pero esta Contradanza la tiene apalabrada conmigo.

DON PEDRITO. — (*Molesto.*) ¿Pero, cómo, eso es verdad, Flor de María?

FLOR DE MARÍA. — Mire, Don Pedrito, yo no recordaba su invitación y le acabo de aceptar el ofrecimiento a Santos Vega...

DON PEDRITO. — Pero yo no tengo la culpa que usted olvide sus promesas, y reclamo mis derechos...

SANTOS VEGA. — Señor, yo tampoco la tengo y reclamo los míos...

FLOR DE MARÍA. — (*Coqueta.*) ¡Ay, por favor!...

DON PEDRITO. — Pero es que yo tengo *dos* derechos, amigo, y los pienso hacer valer. El de haberla invitado primero y el de ser el dueño de casa.

SANTOS VEGA. — En estos pagos se acostumbra a que el dueño de casa le dé la derecha a sus invitados.

DON PEDRITO. — Será como dice, pero a mí nadie me impone costumbres distintas a aquellas que aprendí en mi rancia educación española...

SANTOS VEGA. — Yo respeto su modo de pensar, señor, pero entre las costumbres del pago y las suyas, me quedo con las del pago.

DON PEDRITO. — Pero es que usted está en mi casa, que para mí es *más que su pago*.

SANTOS VEGA. — (*Con calma altanera.*) Mire, amigo, usted está en su casa, porque está en un pedacito de

tierra que le pertenece, pero no se olvide que Santos Vega *está en su casa* en toitos los pedazos de tierra del pago.

NO JOSÉ. — (*Que como todos los invitados ha escuchado atento la controversia, interviniendo como mediador.*) Amigos míos, haya calma. No le demos a este episodio mayor importancia que la que tiene. Ella es quien debe decidir con cuál de ambos va a danzar en primer término. Y ustedes, caballeros, aceptarán la decisión.

FLOR DE MARÍA. — (*Temerosa.*) ¡Ay, Tatita, yo no sé!...

DON PEDRITO. — Es que yo no cedo un punto, en mis derechos.

SANTOS VEGA. — Y yo tampoco, en los míos...

VARIOS. — ¡Por favor... haya paz, señores!...

SANTOS VEGA. — Mire, amigo Don Pedrito: si usted como dueño de casa, me envitó para disputarme la Prenda, hizo mal en elegir este terreno y estos testigos, que yo ya estoy respetando más de lo que entra en mis costumbres. Yo soy un gaúcho, un hijo de esta tierra, y como lo que soy, me rijo por la ley de los gaúchos.

DON PEDRITO. — (*Altanero.*) ¿Y cuál es esa ley, caballero?

SANTOS VEGA. — Usted como criollo, aunque no sea un gaúcho como yo, la conoce bien. Esa ley dice que en las carreras, no hay que gastarse tanto en partidas. Hay que aceptar el "vamos" y correrla, y ganarla... si no es a punta de rebenque, a punta de fierro, señor.

DON PEDRITO. — Pero eso es un desafío, hecho en mi propia casa y con toda insolencia.

SANTOS VEGA. — Llamelo como guste; desafío, sí señor. No le reculo un jeme a mis palabras.

DON PEDRITO. — Palabras que no me asustan, ni ese jeme que está mentando. (*Saca su cuchillo como para pelear, envolviéndose el ponchito en el antebrazo.*)

LAS TÍAS. — ¡Ay, Pedrito, por favor, date tu lugar!

NO JOSÉ. — (*Acercándose a Flor de María.*) ¿Ves lo que has sacado con tu desobediencia?

SANTOS VEGA. — Bien haiga su decisión. (*Se pone en guardia.*) Defiéndase, si sabe hacerlo.

DON PEDRITO. — Sí, señor, me defenderé como corresponde. (*Santos Vega domina sin emplearse, parando los golpes. Las mujeres gritan; algunas huyen. No José intenta ponerse en el medio de los peleadores, quienes ocupan el centro de la escena y giran luchando.*)

SANTOS VEGA. — (*Atajándose los golpes, lanza una carcajada.*) ¡Ja, ja, ja!... ¡El hombre no por algo es criollo también!... ¡Ja, ja, ja! y tiene vista... no se enriede en los cribos del calzoncillo... Bueno, ¡se acabó! (*De un revés le hace caer el cuchillo, dejándolo desarmado. Después, se tranquiliza, diciendo:*) ¿Y ahora?...

DON PEDRITO. — (*Furioso.*) ¡Ahora vas a saber quién es un Calzadilla, que lleva en las venas sangre de señores! (*Saca una pistola y le pega un tiro, pero Santos Vega recibe el fogonazo sin inmutarse.*)

IRACEMA. — (*En un arranque nervioso.*) ¡Ay, no, cobardel... (*Se va sobre Don Pedrito, en una crisis de nervios; luego, extenuada, se entrega en brazos de personas que la atienden. En seguida Santos Vega agradece a Iracema su gesto.*)

SANTOS VEGA. — Gracias, señorita Iracema; siento su molestia, pero no me ha sucedido gran cosa. Quede tranquila. (*Luego se dirige a Don Pedrito y le dice:*) ¡Como ha vido, caballero, tengo el cuero duro para las balas!...

DON PEDRITO. — (*Con asombro, quieto en su sitio, sólo acierta a exclamar:*) ¡Está retobado!...

VARIAS VOCES. — ¡Está retobado!... ¡Está retobado!...

SANTOS VEGA. — No sé, señores, si estoy retobado. El coraje y la costumbre del peligro endurecen las pulpas.

Parece que este plomo no me ha dentrao. A mí, lo *uniquito que me dentra* son estos ojos que me miran y que veo hasta cuando duermo. (*Se acerca decidido a Flor de María, que ha quedado cerca de la salida hacia afuera, y que está como alelada, dominada por la influencia de Santos Vega. Este, pasándole el brazo por la cintura, le dice:*) Vamos. A mi Prenda la llevo en ancas.

FLOR DE MARÍA. — (*Transfigurada, como obedeciendo a una irresistible fuerza interior:*) ¡Vamos, mi amor!... (*Salen y ante lo inesperado del episodio, todos quedan como petrificados en su sitio.*)

TELÓN

CUARTA JORNADA

(Un rancho en el monte. Frente al rancho un patio con algunos bancos rústicos, cabezas de vaca, o "caderas". De algún árbol cuelga, secándose, ropa blanca. Santos Vega, de pie bajo un árbol, desvira una lonja con el cuchillo. La Flor del Pago le acarrea mate.)

SANTOS VEGA. — ...¿Y qué querés, que me pase la vida cantándote versos lindos en la guitarra? Yo soy de tiro largo, Flor de María, pero una cosa es la senda de correr y otra cosa es la del vivir. Los parejeros brillan en la cancha, pero después de la carrera, güelven a ser como los demás.

FLOR DE MARÍA. — Pero vos me pintaste otra vida muy distinta a esta, no me lo negarás.

SANTOS VEGA. — Y... me habré equivocado...

FLOR DE MARÍA. — No, no fué equivocación. Vos me engañaste.

SANTOS VEGA. — Yo me engañé contigo, también. Te

levanté en ancas, después de ganarte a cuchillo, me acollaré contigo para hacerle el gusto a tu familia, creyendo que me traiba al rancho una flor... ¡y ahora me resultás *una espina*!

FLOR DE MARÍA. — (*Colérica.*) Ya te he dicho que no me digas esas cosas... tan manoseadas en tus versos. Esa no es la verdad. ¡En todo caso, *espina serás vos!* ¡Espinón de "palo borracho"!

SANTOS VEGA. — (*Con enojo.*) Lo de borracho, no será por mí, me afiguro. Referente al palo, no digo nada porque serlo no es un defecto.

FLOR DE MARÍA. — ¡Quién sabe!

SANTOS VEGA. — Si es un defecto, peor para vos...

FLOR DE MARÍA. — Peor para mí, ¿por qué?

SANTOS VEGA. — Porque enantes, cuando no te tenía, cuando te buscaba sin hallarte, me parecías una reina, una princesa; y ahora que te tengo, me parecés un palo vestido.

FLOR DE MARÍA. — (*Furiosa, y a punto de llorar.*) Mal gaucho, mal hombre. Supiste conquistar una mujer, pero no supiste conservarla...

SANTOS VEGA. — Mirá china, no me digás mal gaucho ni mal hombre, porque no lo soy...

FLOR DE MARÍA. — ¡Y mal payador también! Sí, ¡mal gaucho, mal hombre y mal payador! (*Llora.*)

SANTOS VEGA. — (*Colérico.*) ¿Qué decís? (*Va a castigarla, pero se oye, enérgica, la voz de Don Zenón, que llega al lugar.*)

DON ZENÓN. — Parate, muchacho, parate. No hagás esa barbaridá.

SANTOS VEGA. — (*Sorprendido detiene su acción. Con calma.*) ¿Es usted, Don Zenón? Sea bienvenido. Llegó como mandao. Ya se me diba la mano. Diba a hacer una barbaridá... pero en ese momento yo no era yo; no era Santos Vega, el payador; era sólo un hombre, cansao de la lidia con esta china, que acaba de negarme hasta el *don* del canto.

DON ZENÓN. — Pero sea lo que sea, no tenés derecho a tratarla ansina.

FLOR DE MARÍA. — ¿Ha vido, Don Zenón? Usté es testigo. ¡Qué cambio, Don Zenón, qué cambio! Esta no es la vida que él me pintaba, tan linda, en sus versadas... He sido engañada, Don Zenón. Por él, por seguirlo a él, abandoné padre, hermana, amistades, dejándome alzar en ancas, como una china cualquiera...

DON ZENÓN. — Pero se ha casao contigo. Ha cumplido con Dios y con los hombres.

SANTOS VEGA. — Ya ve cómo me lo agradece. Por ella me he puesto un lazo al pescuezo. Yo, que siempre juí un pájaro suelto, sin conocer más jaula que el cordaje de la vigüela, verme atao al palenque por la coyunda de sus trenzas. Y entoavía no está conforme. Por ella vivo pegao al rancho como un abrojo... ¿Usté no haya Don Zenón, que eso ya está sobrando demás?

FLOR DE MARÍA. — Yo tendré mis cosas, Don Zenón, pero no lo destrato como él a mí. Me dice y me repite que antes era una flor y ahora una espina... Eso está muy lindo para los versos, pero no para la vida.

DON ZENÓN. — (*Paternal.*) ¡Pero, qué muchachos éstos... son como todos nomás! Eso no tiene importancia. A los hombres hay que saberlos llevar...

FLOR DE MARÍA. — (*Airada.*) Y a las mujeres también. ¿Se va a poner de su parte ahora, usté también, en contra mía? (*Llorando se entra al rancho en son de protesta. Ambos hombres quedan silenciosos. Luego:*)

SANTOS VEGA. — Ahí la tiene. Ansina es a cada momento. Dígame si se puede vivir en este tranco. A esta paloma le voy a tener que abrir la puerta de la jaula para que vuele y siga de pulpera... parece que le gustaba...

DON ZENÓN. — (*Calmo.*) No, muchacho, ella no desea volver a ser pulpera. Desea volver a ser la Flor del Pago, porque ya, al lao tuyo no lo es.

SANTOS VEGA. — ¿Que a mi lao ya no es la Flor del

Pago, dice?... (*Pausa.*) Y lo pior es que usted tiene razón... mesmamente: para mí ya no es la Flor de enantes, sino una simple mujer...

DON ZENÓN. — Ansina es, muchacho, por disgracia. Son cosas de la vida... y ansina había que esperarlo...

SANTOS VEGA. — Pero entonces, don, la piedrita aquella con la pluma del caburé... aquella mojiganga, ¿ya no me sirve?... aquello de que en el fondo estaba el Diablo de mi parte, ¿quedó en la nada?... ¿todo aquello falló?

DON ZENÓN. — Fallar, lo que se llama fallar, no señor. El amuleto aquel, el payé, no ha fallado, pues el que lo manosea de atrás, sabe llevar la rienda de los destinos... Escuche bien, compañero (*Se pone solemne y lo trata de usted.*), las cosas son como son. El payé es güeno. Cumplió como güeno. Si usted ya era *toro*, lo hizo más *toro* entoavía. Eso naide lo niega. Todo el pago lo ha vido. Usted con el payé se llevó en ancas a la que enantes no le pudo sacar ni un "sí", ni una mirada.

SANTOS VEGA. — Sí, señor. Eso es cierto. No niego que si yo era *toro*, el payé me hizo torazo... pero amigo don Zenón... la tuve, jué mía, y áhora veo que es una mujer como las demás...

DON ZENÓN. — ¿Y por qué había de ser diferente a las otras?

SANTOS VEGA. — Déjeme concluir. No me ataje la palabra. Es que todo se ha güelto destinto, dende que me la alcé en ancas... Escuche: la cosa es peliaguda de contar. Yo no sé si estoy "ido" o qué me pasa. Me gustaba más enantes que áhora. Yo, enantes, me ~~conformaba con éirle, con éirle la voz con que me habla-~~ba cuando estaba lejos. La voz aquella que escuché en seguida que usted me dió el payé. Esto será cosa de loco, pero es ansina. Ahora que la tengo, ya no la deseo. Yo quisiera vivir buscándola, aguaitándola... me gusta más pensarla que tocarla... ¿me comprien-

de? Me agrada más escucharle la voz como de cosa "asombrada" con que me habla cuando no está... Después... a mí me tiraba la moza cuando era apetecida por el machaje, y no ahora que ya no la apetece naide... y óirla, Don Zenón, es la uniqueta voz que no tengo en la guitarra.

DON ZENÓN. — Es que cuando las cosas salen muy bien, cuando se consigue fácil lo que se desea, uno se enyena en seguida. Lo que hay, compañero, es que a las flores hay que olerlas medio dende lejos. Usté, mozo, lo que deseaba era el perfume de la flor; vaya un decir, la fama de ella, lo que le andaba por encima de la cabeza, como esas argollas de nieblina que tienen las vírgenes... esta polla era moi copetona y usté lo que quería era "el copete"... Pero es que entre cope-tes andamos. Escuche: a ley de verdá, ella tampoco lo quiere a usté como enantes; como cuando la alzó en ancas. Usté también tiene copete. Jué con el copete, con el renombre, con "sus mentas", que la alzó en ancas tan fácil. Pero áhora que ella lo ha vido de arriba abajo; áhora que lo ha vido de cerquita, le está pareciendo un cristiano como los demás... Mirá, muchacho, y perdoname el tratamiento y no lo tomés a mal: vos también sos un "flor del pago".

SANTOS VEGA. — ¡Yo!...

DON ZENÓN. — ¡Vos, sí ahijuna! Y lo que quiso ella jué también *olerte el perfume dende lejos*... Ella se te va a dir también. Vos quisiste en ella a la Flor del Pago y ella lo que quiere en vos, es al "mentao" payador. Están parejos. No se van a lastimar el pescuezo. Entre "copetes" anda el juego. Ustedes se quisieron de la frente para arriba... y el amor que dura es el otro... el de la frente para abajo; y en ese *para abajo* dentran las malas partes también... Ustedes tienen eso que te dije, como una armada de luz por encima de la calavera. ¡Son ansina como fantasmas... casi,

casi te diría que como dijuntos... vos sos hombre de no asustarte... qué diantre!...

SANTOS VEGA. — Mire, don; ya usté me está prosian-do a lo devino, como en payada... pero hoy dejé la guitarra. Póngale un ñudo al tiento de su projundidá y vamos a lo que díbamos. ¿Qué hago con ella, áhora? ¿Qué hago con una flor que me bandea al verla de cerca? Yo quiero quererla con trabajo... apeli-grando el cuero... ¡Yo le voy a decir que se güelva con el padre! ¿Me comprende?

DON ZENÓN. — ¡Que se güelva con el pulpero... y que la "cope" Don Pedrito, y aluego venir de güel-ta y jugarte entero en un recope!...

SANTOS VEGA. — ¡Ahora nos entendemos... áhora sí! ¿No ve, no ve cómo tiene remedio?

DON ZENÓN. — Stá bien, mozo. Déjela dirse y no hablemos más del caso.

SANTOS VEGA. — Palabra que sí, Don Zenón.

DON ZENÓN. — Punto y raya. Pero áhora vamos a hablar de otro asunto moi importante para vos.

SANTOS VEGA. — A su llamao.

DON ZENÓN. — Te quiero ricordar que estás compro-metido en una payada moi brava, con ese tal Juan Sin Ropa. Y mirá que el hombre no es de arrear a pon-chazos... Las mentas dicen que él tampoco jué venci-do nunquita.

SANTOS VEGA. — ¿Me lo nombró Juan Sin Ropa, no?

DON ZENÓN. — Eso es. Juan Sin Ropa.

SANTOS VEGA. — Me sonó ese nombre cuando me lo mentó días pasados, y creo haberlo escuchado enantes ya, alguna ocasión; pero debe ser de lejazo para que a la fecha no me haya topao con él... y mire que yo he *caminao*... ¿no será de la otra Banda?

DON ZENÓN. — Mirá, muchacho; te voy a decir: hay hombres que son de toitas las Bandas... donde quiera que mirés los podés ver venir... las mentas del cris-tiano, cuando son grandes, no tienen pago ni querencia.

SANTOS VEGA. — ¿Pero es tan mentao el hombre?

DON ZENÓN. — Serlo lo es; y si no tuviera la creencia en sí mismo empinada sobre esas mentas, no se diba animar a buscarte como a una golosina.

SANTOS VEGA. — Dejeló nomás que a ese tapao le voy a bajar la manta. ¿Y cómo supo de mí? Yo, como le decía, no sabía mucho de él, y si algo sabía era de un modo borroso, como si lo llevara dormido en el ricuerdo.

DON ZENÓN. — Y... la fama tuya es más larga que la de él... por algo sos “el de la larga fama”... y esa señora es cosa que hace caminar los apelativos... es ansina como el olor, como te decía riciencito.

SANTOS VEGA. — ¡La fama es como el olor! ¿Sabe que me gusta para una versada?

DON ZENÓN. — Ansinita es —sí señor— toitas las cosas tienen su olor, aunque las flores lo tienen más lindo. Los cristianos son iguales... las cosas que hacen en la vida —güenas o malas— les van formando la argolla de sus mentas, como te decía, para que alumbren o para que jiedan como los yuyos y las flores.

SANTOS VEGA. — Pero Don Zenón, ¿me está diciendo un compuesto?

DON ZENÓN. — Y, a cada cual le proseo en su estilo. Y los payadores —flores de hombre— largan en redondo un jedor o una luz que va lejazo como la tuya... y eso es la *fama*. A vos, por eso te conocen sin verte... y ansina, rumbiando para el lao en que alumbrás se vino este Juan Sin Ropa a desafiarte... y asigún mienten las malas lenguas, está apalabrao con el Malo.

SANTOS VEGA. — ¿Pero cómo, en qué quedamos?

DON ZENÓN. — Y... el *Malo* es así... tiene sus cosas.

SANTOS VEGA. — ¡Ajá! Ahora me gusta más. Hace tiempo que no me topo con un cantor tan bien apa-

drinao y de tiro tan largo. La trenzada va a durar hasta que se apaguen los candiles.

DON ZENÓN. — ¡Si será de tiro largo el hombre!... Por eso te alvierto que no tenés que facilitarle ni un jeme. Hay que largar a la primer convidada.

SANTOS VEGA. — Pero, don, eso es "*pan comido*". Pa mí es una payada más. Ya está concertao y no me olvido ni reculo. El domingo en la pulpería, nos veremos las caras.

FLOR DE MARÍA. — (*Saliendo del rancho, vestida, airada, con un atado de ropa en la mano.*) ¡A mí no me lo vas a decir dos veces que me vuelva con mi padre... me vuelvo con él, sí, me vuelvo con él! (*Se va, mientras ambos hombres se miran en silencio.*)

SANTOS VEGA. — (*Con calma.*) ¿Qué le parece?

DON ZENÓN. — (*Con calma.*) Y... que mujeres son mujeres...

SANTOS VEGA. — (*Rápido.*) Y hombres son hombres. (*Pausa larga y luego como entrando in mente en otro terreno, como saliendo de la realidad de su vida para entrar en la realidad de la leyenda, de su futuro, dice en otro tono:*) Juan Sin Ropa, ¿no?

DON ZENÓN. — Juan Sin Ropa, sí señor.

TELÓN

A C T O T E R C E R O

QUINTA JORNADA

(La pulpería. Tras la reja Ño José atareado en servir vasitos de bebida que acarreará el negrito Cuyimba y algún otro empleado de circunstancia. Es de tarde. El gauchaje llena mesitas y bancos, etc. presenciando la payada famosa. Tras la reja, cerca de la trastienda ambas hermanas, Flor de María e Iracema y algunas otras mujeres, las tías de Don Pedrito y éste. En un lugar expectable, en el centro, los payadores Santos Vega y Juan Sin Ropa, están realizando el contrapunto. Junto a ellos un desconocido de aspecto extraño y misterioso.)

HARAGÁN. — (*Que está borracho y cargoso.*) Yo ya lo dije y lo repito: de esta hecha se acabó Santos Vega, señores, se acabó...

ÑO JOSÉ. — Pss, cállese, amigo, no interrumpa a los payadores.

HARAGÁN. — Le digo que de esta hecha se acabó el hombre...

GAUCHO 1º — Callate, borracho, que no dejás oír a la gente. (*Le da un empujón y el borracho cae, quedando tranquilo.*)

GAUCHO 2º — Están payando a lo "humano". A Santos Vega le conviene más que a lo "devino". No hay que olvidarse que *el otro* dicen que es el mismo Lucifer...

GAUCHO 3º — Dejuro pues, y en cosas de *allá arriba* (*señalando el cielo*) el Diablo tiene que ser baquianazo...

DESCONOCIDO. — No crean en esas paparruchas, amigos: El Diablo es cosa muy seria para bajar a la tierra y ocuparse en zonceras. ¿Alguno lo vido, acaso, alguna vez?

GAUCHO 1º — Pero éstas no son zonceras, don, y

Santos Vega, entre los hombres no halla enemigos... Si este Juan Sin Ropa, tráido de otros pagos, no es el mismo Diablo, le anda cerca...

DESCONOCIDO. — (*Se ríe fuerte y se aparta acercándose a los payadores.*)

GAUCHO 1º — Y ése, ¿quién es: de aonde vino, quién lo trujo?

GAUCHO 2º — No sé, no lo conozco. (*Al Gaucho 3º*) ¿Vos lo conocés?

GAUCHO 3º — No, de estos pagos no es. Nunca lo vide.

GAUCHO 2º — No me gusta la pinta. ¡Mal olor le siento al gato! Es gaucho alarife por demás.

JUAN SIN ROPA. — (*Rasgueando la guitarra, canta:*)

Aquí me pongo a cantar
Lo que me brota del pecho (bis)

SANTOS VEGA. — (*Rasgueando a su vez:*)

Pecho es el sitio en que el hombre
Tiene encerrado el coraje (bis)

(*Exclamaciones de asombro.*)

GAUCHO 1º — ¡Que lo velen... eso es contestación!

GAUCHO 2º — ¡Diando yerta, le van a ganar a mi pollo!

JUAN SIN ROPA. — Coraje no tienen todos
Porque es virtud de valientes... (bis)

SANTOS VEGA. — Y valientes son los hombres
De vergüenza y corazón... (bis)

GAUCHO 1º — ¡Ahi te quería, mi vida!

GAUCHO 2º — ¡Ahi nomás, dale por ahí!

JUAN SIN ROPA. — El corazón es la achura
Donde el amor se aquerencia... (bis)

SANTOS VEGA. — Y la querencia es el pago
Que un día nos vió nacer... (bis)

NO JOSÉ. — (*Interesándose.*) ¿Qué me cuenta, amigo Don Pedrito? Hay que tener cabeza... para pensar tales cosas y decirlas tan bien.

DON PEDRITO. — Es indudable que estos hombres tienen su habilidad...

GAUCHO 4º — ¿Nada más que habilidá?

GAUCHO 2º — Silencio, que están payando de *coleo*.

JUAN SIN ROPA. — El nacer y el morir son
Las dos orillas del hombre... (bis)

SANTOS VEGA. — Y el hombre es río que corre
Entre la Vida y la Muerte... (bis)

VARIOS. — (*Exclamaciones de asombro.*)

DON ZENÓN. — ¡Ahi nomás calzón rajate!...

JUAN SIN ROPA. — La Muerte es la orilla negra,
La Vida la orilla blanca... (bis)

SANTOS VEGA. — Blanca o negra no le importa
Al Destino porque es ciego (bis)

GAUCHO 1º — ¡Agarrá ese trompo en láuña!

GAUCHO 2º — ¡Saquenlé lo desparejo!

GAUCHO 3º — ¡Tomate esa medecina!

JUAN SIN ROPA. — Ciego es el facón que empuña
La Muerte cuando nos corta (bis)

SANTOS VEGA. — La Muerte corta la Vida
Dejando el cuerpo vacido (bis)

JUAN SIN ROPA. — Vacido que naides llena
Si es hombre que vale mucho (bis)

SANTOS VEGA. — Y mucho es lo que debemos
A Aquél que está tras el Cielo (bis)

(*Juan Sin Ropa y el Desconocido ante la alusión al Cielo se sorprenden e interesan singularmente.*)

GAUCHO 2º — No ve, no ve amigo, cómo al hombre parece que lo pincharan cuando nombran el Cielo?...

GAUCHO 3º — Mesmo que lo parece. Vamos a ver si le manda la puñalada por abajo del poncho. El mal-

dito siempre muestra la cola... Y algún ardil ha de tener...

TÍA 1ª — (*La cual estará en el grupo de las mujeres, se santigua, diciendo:*) ¡Anima bendita!

FLOR DE MARÍA. — (*Que ha seguido ansiosa la payada.*) Aquí las vas a pagar todas... no sabés con quién te metiste...

IRACEMA. — No seas rencorosa, hermana. Al fin y al cabo, él es tu esposo. (*Los cantores siguen rasgueando.*)

FLOR DE MARÍA. — Duró tan poco la dicha... que ya es como si no lo fuera...

JUAN SIN ROPA. — (*A Santos Vega.*) La cosa era por cielo, ¿no?

SANTOS VEGA. — Por cielo, sí señor. (*Pausa. Luego:*)

JUAN SIN ROPA. — El Cielo es la gran llegada
En la cancha del morir (bis)

SANTOS VEGA. — El morir y el nacer son
Las dos orillas del hombre... (bis)

(*Exclamaciones.*)

Ño JOSÉ. — (*Acercándose a los payadores con dos vasos servidos.*) Pero, señores, yo, por estar tan atento al canto, me había olvidado que estaban en mi casa y debía obsequiarlos. Ustedes perdonen que los interrumpa, pero tienen que mojar esas gargantas...

JUAN SIN ROPA. — (*Con un vaso en la mano y un paño en el bolsillo.*)

SANTOS VEGA. — (*Haciendo lo mismo.*) Se agradece: de rato en rato hay que alegrar la sangre. (*En los espectadores se oye un murmullo, como si respiraran más libres, luego de la tensión nerviosa. Algunos comentan.*)

GAUCHO 1º — Esta payada es cosa seria. Los dos son sabidores de cosas profundas. ¡Manosean el Cielo y la Tierra como si fueran tientos sobaos...!

GAUCHO 2º — Y se las cantan como si las tuvieran en la punta del pico.

GAUCHO 3º — O como si las supieran de memoria. Para mí que las tienen escritas en el tronco de la lengua y las largan como escupida...

GAUCHO 4º — Pero Santos Vega es más sobresaliente: el Juan Sin Ropa, por güenazo que sea, en esta ocasión se topó con el horcón del medio...

GAUCHO 3º — Todo eso será cierto, pero que la carrera es "hacha y hacha", no se puede negar. (*En eso el Haragán se incorpora y en actitud de borracho, dice:*)

HARAGÁN. — Yo, mamao y todo, voy a decir lo que tengo que decir, porque yo sé la verdá; y estoy bandiao por la verdá. El Payador va a perder... y al perder va a morir porque está escrito (*hace ademán de escribir*) que muera. Y tiene que morir en su ley: pagando. (*Algunos no le hacen caso y se distraen conversando, mientras los cantores, a quienes se han acercado Don Pedrito, Ño José, El Brujo y algún otro, siguen tomando. Continúa el Haragán:*) Yo sé que esta carrera pico a pico, la gana *el otro*. Al Malo, el ahijado le salió moi güeno... tan güeno que naides sabe si es cosa de la Tierra o del Cielo; y para que no muera como cualquier disgraciao, ansí, en cuesta abajo, lo tiene que matar *en barranca*, para que naide lo olvide. ¡Bah...! Si supieran la verdá, se morían de sospresa. Este que está cantando con el pión del Demonio, no es Santos Vega, cabayeros... Si Santos Vega ya no es más un hombre como nosotros... *es un verso*, un "compuesto", inventao por el gauchaje... y lo que digo no son cosas de borracho. (*Entre tanto, los payadores y asistentes a la payada, que no han puesto atención en el borracho, se preparan para continuar, unos actuando y otros oyendo.*)

SANTOS VEGA. — Bueno, compañero, vamos a proseguir.

JUAN SIN ROPA. — Vamos a proseguir, "hasta que las velas no ardan".

(Rasgueo de guitarras. Todos vuelven a poner atención en los payadores, cuando el Haragán continúa.)

HARAGÁN. — Sí, señores, nada más que un “compuesto” inventao por el gauchaje...

No José. — ¡Ssss! Cállese, pues amigo. Deje cantar a los payadores.

HARAGÁN. — Sí, señores. Un verso...

GAUCHO 1º — ¡Dejate de amolar, borrachol (*Le da un empujón y el Haragán cae y se levanta y prosigue, ante el desagrado de todos.*)

HARAGÁN. — Lo que digo no son cosas de borracho, porque la verdá es como la luz; que bandea de lao a lao cualquier vaso de bebida, con bebida y todo... sí, señor... *en barranca* ha de ser la cosa. (*Santos Vega muestra su fastidio y ante ello varios muestran su desagrado.*)

VARIOS. — (*Por turno.*) No interrumpa a los payadores. ¡Cállese, pues, amigo! ¡No voracee...!

HARAGÁN. — (*Levantando la voz y con intención de seguir:*) ¡Sí, señores, *en barranca*, de arriba a abajo!

GAUCHO 1º — ¡Qué barranca, ni barranca... ya me tenés quemao, con tu barranca... (*Sacando el facón se lo hunde en el cuerpo.*) Tomá... a ver si áhora te callás la boca y nos dejás escuchar...! (*El Haragán cae. Las mujeres dan gritos. Una de las tías huye espantada.*)

No José. — ¡Qué barbaridad!... Esto en mi casa...

FLOR DE MARÍA. — ¡Qué horror, Dios mío...!

GAUCHO 2º — Tomá, por meterte a loco. (*El Haragán muere. Una vieja, con cara y aspecto de viuda, entra a escena con un velón encendido y se lo acerca al cuerpo del “Haragán”, hincándose junto a él. Asombrado supersticioso en los presentes, que impresionados van retirándose, como algo que se deshace. La escena se oscurece lentamente hasta quedar alumbrada sólo por el velón parpadeante de la mujer enlutada que repre-*

senta a la Muerte. Sólo ha quedado quieto en la puerta el Payador, quien no le teme a la Muerte en su calidad de hombre que ya es mito o leyenda. Y así lentamente se hace el oscuro total.)

MUTACIÓN

SEXTA JORNADA

(Exterior de la pulpería. Un gran ombú domina la escena que comienza a iluminarse en resistencia. Se oye el "rasguido" de las guitarras en tono bajo que irá aumentando con la luz. Los mismos personajes de la jornada anterior, menos El Haragán y La Muerte, con el desaliño propio de una noche pasada en vela. Se oyen cantar los gallos del alba.)

GAUCHO 4º — Ya cantan los gallos, aparceros, y esto entoavía sigue largo como esperanza de pobre.

GAUCHO 2º — Trenzada ansina nunca se vido enantes, ni se volverá a ver. Son de resuello largo como caballo tostao: antes muerto que cansao.

GAUCHO 3º — Como que ésta será la última payada, asigún dice una bola que anda por áhi rodando. (*Un "rasguido" fuerte en la guitarra anuncia la continuación de la payada.*)

GAUCHO 4º — Al gauchito Santos Vega, voy diez patacones, pero me gustaría más que cantaran de contrapunto.

DON PEDRITO. — Se los pago, amigo, y canten como canten me es igual.

SANTOS VEGA. —

Me piden de contrapunto
Y no le hallo inconveniente;

Me agrada ser delicado
 Delante de tanta gente.
 Si Juan Sin Ropa pregunta
 Responderé diligente.

GAUCHO 4º — ¡Ese es mi gallo!

DON PEDRITO. — No se apure que ahora va a escuchar el mío.

JUAN SIN ROPA. —

Le pregunto, compañero,
 Cómo lo desea usted;
 Dígame en pocas palabras,
 Si lo sabe su mercé,
 Qué distancia es la que media
 De la sombra a la paré.

GAUCHO 2º — La pregunta es brava, bravaza.

DON PEDRITO. — Y tanto que no tendrá respuesta.

GAUCHO 3º — ¡Esos son cantores!... ¡Naide sabe
 quien les trujo esos saberes...!

GAUCHO 2º — Las piedras rodando se encuentran...

SANTOS VEGA. —

Que se cierren esos picos
 Que me cantan la derrota;
 Espere amigazo viejo,
 Espere que a mí me toca:
 La mesma distancia que hay
 De los labios a la boca.

VARIOS. — (*Exclamación de asombro, aplausos, murmullos.*)

GAUCHO 4º — Esas son respuestas, caballeros.

FLOR DE MARÍA. — (*A su hermana.*) Hermana, siento una cosa rara... me estoy ladeando para el lado de mi gaucho.

IRACEMA. — Naturalmente que tenés que ladearte para su lado. No te olvides que es tu esposo.

JUAN SIN ROPA. —

A usted que es hijo del Cielo (bis)
Una pregunta le haré:
Contésteme a lo *devino*
Ya que es hombre de *saber*:
Si al mundo lo hizo el Eterno,
¿Quién fué que lo hizo a El?

Ño JOSÉ. — La cosa se pone muy seria. Vean qué pregunta más difícil.

GAUCHO 4º — Que venga el Padre Cura para contestarla.

GAUCHO 2º — El Haragán no andaba descaminado. Se le va a poner fea al amigo Santos.

SANTOS VEGA. —

El hombre sabe muy poco
Por más sabidor que sea,
Y ese poco ni le alcanza
Pa saber lo de la Tierra;
Por eso en cosas del Cielo
Sólo conoce las mentas,
Y las mentas entoavía
Lo tienen al hombre a ciegas.

Ño JOSÉ. — No ha contestado la pregunta.

GAUCHO 4º — Está bien contestada. ¿Por qué no?

FLOR DE MARÍA. — No te amilanes, mi gaucho.

DON PEDRITO. — Ya comenzó a titubear.

DESCONOCIDO. — Mi plata va bien jugada.

GAUCHO 4º — Y la mía va mejor, don.

JUAN SIN ROPA. —

Por más letrado que sea (bis)
No me da contestación;
Aparcero, le pregunto
Quien dió la vida a su Dios;
Y si lo hizo con barro,

Con qué dedo lo amasó;
Si no lo sabe, confiese,
Que el *perder* es de varón.

Todos. — (*Gran silencio, gran atención y expectativa.*)

SANTOS VEGA. —

Si las clavijas me apreta (bis)
Le daré contestación;
A Dios no lo hizo naides,
Ningún dedo lo amasó,
A Dios no lo hizo naides,
Pues, de no, no sería Dios;
El mesmo se hizo solito,
Jué su primer creación,
Porque antes de hacerse ya era,
Compañero, ya era Dios;
Y el cristiano, en su inorancia
—Aunque sea un sabidor—
En jamás tendrá baquía
P'andar esa cerrazón.

VARIOS. — ¡Bravo, amigo Santos Vega! Siga por áhi.

DESCONOCIDO. — (*Airado.*) Al forastero, voy diez patacones.

SANTOS VEGA. — (*Airado.*) Doble la parada y se los pago; van a concluir pidiendo limosna.

FLOR DE MARÍA. — (*Con alegría.*) Bravo, mi gaucho, mi payador; así me gusta.

DON PEDRITO. — (*Irónico.*) No la creía tan volvedora.

FLOR DE MARÍA. — Pero es verdad, don. Conformesé.

GAUCHO 4º — Volvió el acero a la vaina...

GAUCHO 3º — (*Por el Desconocido.*) ¡Parece seguro el hombre!

GAUCHO 2º — Para mí que hombre no es. Esto va a acabar en mala forma, ¿no haya?

GAUCHO 3º — Ya le estoy viendo las patas a la sota.

JUAN SIN ROPA. --

En balde es que te sostengan (bis)
 Todas las "flores del pago";
 A mí también me sostiene
 El más gauchito de los gauchos;
 Algunos le llaman Ángel
 Y muchos le llaman *Diablo*.

GAUCHO 2º — ¡Qué le decía yo! (*Estupor. Asombro.*)
 LAS TÍAS. — (*Persignándose.*) ¡Ave María Purísima!

SANTOS VEGA. — (*De pie y hablando:*)

Sabía que eras el *Diablo*;
 No me importa lo que sos:
 Si no te corro cantando,
 Te he de correr a facón;
 ¡Cruz *Diablo*, volá de aquí
 Que sobra uno de los dos!

(*Ambos dejan las guitarras y desenvainando el facón, pelean durante un instante. Santos Vega vence: clava su fierro en su contrario. Este cae, se retuerce y muere. Desaparece, dejando una pequeña nube de humo que se disuelve en el aire. Asombro y estupor en todos. Santos Vega comienza a sentir una influencia maléfica en su derredor y se prepara a luchar como con una sombra.*)

GAUCHO 3º — Ahora sí, veo clarito la cola del *Diablo* en este trance.

SANTOS VEGA. — Yo aprendí a luchar contra cristianos, pero nunca contra fantasmas. (*Sigue en actitud de lucha contenida, como consciente de su fin. Flor de María e Iracema se le acercan como atraídas por el peligro. A Flor de María se le amontona en el pecho el amor que siempre tuvo en potencia por el hombre que había en Santos Vega, y grita:*)

FLOR DE MARÍA. — ¡Es el maldito que lo ataca invisi-

ble! ¡No te entregues, mi vida, que yo te sostengo con mi amor!

IRACEMA. — (*Exaltada.*) ¡Santos Vega es invencible! ¡Solamente Dios lo puede matar, y después de Dios, ninguno!

SANTOS VEGA. — (*Que sigue luchando.*) Vos también me tenés miedo, Diablo maula, y me estás peleando escondido atrás del aire. Me vas a vencer, sí, pero vas a ver cómo muere Santos Vega... (*Se dobla y va a caer entre las raíces del árbol.*)

FLOR DE MARÍA. — (*Se acerca al cuerpo caído.*) ¡Ay... señor... se me muere... se me muere. Venga, Don Zenón, dele algo... algún yuyo de esos que tiene usted que lo curan todo. ¡Déle algo!

IRACEMA. — (*Acercándose.*) ¡Dios mío!, déle algo, sí, déle algo que lo salve.

DON ZENÓN. — (*Se acerca al cuerpo. Gran expectativa en todos; se inclina hacia él: comprueba que está muerto y dice solemne:*) Caballeros: ¡El Payador ha muerto! (*Toma el poncho del payador y se dispone a cubrirlo.*)

FLOR DE MARÍA. — ¡Muerto?... ¡Muerto!... (*En un grito.*) ¡Dios mío, muerto! (*Va a abrazarse con su hermana Iracema. Ambas hermanas se arrojan sobre el cuerpo del payador, en actitud de abrazarlo. Don Zenón ha terminado de cubrir el cuerpo con el poncho, Flor de María tira de él y ante el estupor de todos, se encuentra con que el cuerpo no existe.*)

FLOR DE MARÍA. — (*Luego de un silencio, alocada, como sin comprender.*) ¡Pero, qué nos sucede, Señor, estamos todos embrujados?... Pero, ¿dónde está? Todos estamos embrujados por el Diablo... y me lo llevan ahora que era mío solo... mío...

IRACEMA. — No, no era sólo tuyo. Era mío, también. Vos lo querías en el canto que tantas veces te cantó. Yo lo quería en el beso que nunca me dió.

DON ZENÓN. — Hacía rato ya, que me venía pare-

ciendo que ésta era una payada entre dos fantasmas. ¡Sí, caballeros, entre dos fantasmas! (*Se oye la voz del payador, cantando.*)

FLOR DE MARÍA. — ¿Qué es eso?

UNO. — ¡Es la voz de Santos Vega!

IRACEMA. — Es la sombra que pasa cantando...

FLOR DE MARÍA. — ¡Ay!... ¡Me da miedo! (*Ambas hermanas se abrazan.*)

IRACEMA. — El brujo tiene razón. Santos Vega era un fantasma...

FLOR DE MARÍA. — ¡Era un fantasma!... ¡Era un fantasma!... (*Flor de María e Iracema lo dicen al unísono y quedan abrazadas.*)

TODOS. — (*A coro.*) ¡Era un fantasma!... ¡Los dos eran fantasmas!... (*Sobre un fondo de radiante amanecer, domina la décima de Santos Vega, mientras cae lentamente el...*)

TELÓN

“La Flor del Pago”, al ser robada en ancas, cayó de su pedestal; perdió el COPETE; dejó de ser FANTASMA para ser simplemente mujer. En cambio, Santos Vega creció, completó con dicha hazaña su trayectoria. En adelante se van a desencontrar. Ya no se podrá decir que “entre copetes anda el juego”; y se realizará el dicho del Brujo a Santos Vega: “Vos también sos UN FLOR DEL PAGO”. El payador se realiza a sí mismo así, COMO UNA FLOR DEL PAGO MACHO que se mira en el espejo del Tiempo. “La Flor del Pago” (ahora simple mujer) pertenece TODA a la Tierra; mientras Santos Vega ahora es TODO DEL MISTERIO, del Demonio, o de la Fama (la primera puerta de la Gloria). Por eso ella no lo encuentra cuando, luego de muerto, lo va a abrazar al par de su hermana, derecho al abrazo que ya ha igualado a las dos mujeres. El era ya UN FANTASMA, al ser un hombre leyenda, pero dentro de un cuerpo de carne y hueso, y al morir a manos del Diablo —como estamos ya en un Tiempo sin tiempo o sin límite, donde un siglo es igual a un segundo— el Payador, o el hombre que había en él, al morir su cuerpo se ha vuelto ceniza, polvo, nada, como si hubieran transcurrido miles de años. Sólo queda el espíritu adornado por la Fama, que es lo que el Diablo quiso SALVAR del olvido.

BARRIO PALERMO

DRAMA DE COSTUMBRES, EN 4 ACTOS

PERSONAJES

(Por orden de aparición)

<i>Torcaza</i>	<i>Compadrito 1º</i>
<i>Diego</i>	<i>Compadrito 2º</i>
<i>Pancho Trigo</i>	<i>La Monja</i>
<i>Pampero</i>	<i>Negro Lubolo 1º</i>
<i>Pichinango</i>	<i>Negro Lubolo 2º</i>
<i>Cuesta abajo</i>	<i>Taita 1º</i>
<i>El Francés</i>	<i>Taita 2º</i>
<i>Chufarela</i>	<i>El sargento</i>
<i>Don Nicola</i>	<i>El cabo</i>
<i>Juan Belomo</i>	<i>El soldado</i>
<i>Una mujer</i>	<i>Doña Juana</i>
	<i>Don Paco</i>

Varios personajes de éstos son “*doblados*”. Época 1900

A C T O P R I M E R O

Una calle de barrio. A la derecha y haciendo esquina el "Almacén Fin de Siglo", con su farol, su cañón antiguo clavado como poste, y su banco de largo tablón entre dos paraísos. A la izquierda una casa modesta, de puerta de zaguán, con un balconcito a cada lado. Casa y almacén con las paredes transparentes, para que se vean los interiores, pues habrá escenas simultáneas, observándose así una técnica moderna en las disposiciones. En un balcón conversa una pareja de novios; ella desde el interior, y él desde la vereda. En el interior del almacén, DON NICOLA, su dueño, se ve detrás del mostrador de estanco del "despacho", asistido por su hijo llamado CHUFARELA, de 20 años y ya medio compadrito. En una mesita juegan a la "escuela de 15" cuatro mozos (taitas) que son: PANCHE TRIGO, CUESTA ABAJO, PAMPERO y PICHINANGO.

Época 1900. Es otoño y anochece. Al levantarse el telón pasa (o se oye) un vendedor de maní, cantando:

MANICERO. — Manicito... Calentito... viene y compra la señorita... Maní, maní... (*En seguida comienza la conversación de los novios.*)

TORCAZA. — ¡Ay! Usted no se figura lo que es trabajar agachada sobre la costura diez horas diarias, cinco por la mañana y otras cinco por la tarde, un día y otro día, y un mes y otro mes.

DIEGO. — ¡Pobre mi Torcaza! La vida es dura para Ud. como lo es para mí también; pero en fin, los hombres tenemos más defensa; nuestro organismo es más fuerte. ¿Por qué no cambia de taller?

TORCAZA. — Hace tres meses intenté cambiar, pero me quedaba más lejos; tenía que ir y venir en tranvía y cuando estaba por decidirme, supe que pertenecía a la misma firma, y todavía había algo peor en él.

DIEGO. — ¿Qué era lo peor?

TORCAZA. — Lo peor era que el Capataz General tenía o tiene la costumbre de cortejar a las obreras bonitas.

DIEGO. — ¡Pero, qué canallas!... ¡Hasta cuándo los pobres estaremos sometidos de ese modo a los que poseen el dinerol

TORCAZA. — Así estoy de dolor en la espalda. Fíjese que fuí a ver al médico de la Sociedad, ¿y sabe lo que me dijo?

DIEGO. — No; ¿qué le dijo?

TORCAZA. — Me dijo que del taller de costura de ese señor, o de esa firma, salían la mitad de las enfermas de los pulmones que se atienden en los hospitales de Montevideo. ¿Qué me dice, el porvenir que me espera?

DIEGO. — ¡Ah, no! Eso no va a continuar de esta manera. Yo voy a hablar con el director del diario para hacer una campaña periodística contra esos talleres y esos patrones desalmados.

TORCAZA. — Y esos capataces enamorados por demás.

DIEGO. — También, pero ése es otro asunto y es la gota de agua que hace derramar el vaso. Y su hermana, ¿dónde trabaja?

TORCAZA. — Mire, Angelita es como si no trabajara; digo en el sentido material. Ella aprende bordado con las monjas del Convento. Mi hermana, dice el doctor que es una enferma de los nervios, medio histérica... en eso sale a mamá, que de pronto sueña una cosa y después sucede que la cosa que soñó es cierta, porque el sueño se vuelve verdad. Pero a Angelita no le da por ahí; le da por la religión; vive rezando; dice que ve a los ángeles...

DIEGO. — ¿Es por eso que le llaman la monja?

TORCAZA. — Justamente por eso. Es una desgracia. Esta muchacha va a acabar mal; figúrese que dice que está enamorada del Señor.

DIEGO. — ¿Cómo del señor, de qué señor?

TORCAZA. — Y... de Jesucristo... ¿se da cuenta qué disparate?

DIEGO. — No es tan disparate, dentro de los fenómenos del misticismo... Eso se puede curar con un novio. El día que ella tenga un mozo para hablar como nosotros en ese otro balcón, se le acaba el amor por Jesucristo; y a lo mejor hasta se olvida del Convento, del bordado y de los Padre Nuestros. (*Se oye el ruido de una puerta en el interior.*) ¿Qué es eso, alguien viene?

TORCAZA. — No es nada; es mamita que anda cerrando las puertas. Con estos rumores de revolución, anda llena de miedo y precauciones.

DIEGO. — ¿Y su papá, hoy trabaja de noche en la imprenta?

TORCAZA. — Sí, papá está trabajando de apuro en la Escuela de Artes; y esta semana le toca el horario de la noche; pero por ellos no se preocupe... Mire, yo le tengo más miedo a los del almacén, que a los de casa. En el almacén están los muchachos del barrio, que no dejan *parar* a nadie en los balcones.

DIEGO. — ¿Y entre ellos, su hermano, que es medio matón y les hace de cabecilla, no?

TORCAZA. — Así es, en verdad... no lo voy a negar... Por eso a los viejos no les tengo temor como a él. Y mire, se va a tener que retirar. Ya son como las ocho y es la hora en que aparece por acá.

DIEGO. — No se apure, mi paloma.

TORCAZA. — Escuche: anoche no habían corrido cinco minutos desde que nos separamos, cuando él entró en el almacén. (*Silencio.*) ¿En qué se quedó pensando?

DIEGO. — Me quedé pensando en que si viene, yo me voy a quedar como estoy... No hago nada malo hablando con usted.

TORCAZA. — ¡Ay, no haga eso! Es la costumbre del barrio. Lo hacen con todos.

DIEGO. — ¿Ya le corrieron algún dragón?

TORCAZA. — No me corrieron ninguno porque nunca ninguno se animó a acercarse. A un mozo que la vez pasada me siguió al salir del taller de costura, lo pararon al llegar a la otra cuadra, y después se acordó y no vino más.

DIEGO. — Siento lo que aquí va a pasar, pero yo no soy hombre de dejarme correr... y menos en esta situación... estando usted de por medio.

TORCAZA. — ¡Por favor, mire, se lo ruego, no les haga frente hasta que yo hable con mi hermano! Si yo se lo pido en serio, va a aflojar. Le diré que usted viene con muy buenas intenciones. (*Quedan conversando mientras la acción pasa al interior del almacén.*)

PANCHO TRIGO. — A ver cómo levantás. No le dejés escoba... vos se la ponés a cada rato en la boca... chambón.

PAMPERO. — Chambón; chambón sos vos, que recién le dejaste una *sota* solita, sabiendo que han salido pocos *sietes*.

PANCHO TRIGO. — Salí de ahí, salí. Me vas a decir a mí, me vas; o te pensás que vos solo llevás la guía de las cartas que salen... (*Juega y levanta varias cartas, diciendo:*) Cuatro y una cinco y dos siete, y ocho quince. Mirá qué levante de buten... Aprendé.

PAMPERO. — ¡Bah!... yo prefiero levantar así. (*Se toma un vasito de caña.*)

PICHINANGO. — Aunque éste no haga escoba, que levanta bien nadie lo va a negar...

TODOS. — ¡Ja, ja, ja!

CUESTA ABAJO. — Vos dejate de chistes y atendé el juego... mirá que tienen ya tres escobas y nosotros ni una, todavía.

PICHINANGO. — ¿Y qué querés, si no nos vienen cartas?... Ellos están *ligando* y nosotros seguimos *ciegos*. (*Aparece en la puerta que da a una de las calles El Francés. Tiene algo de compadre en el vestir. Usa*

barbita rubia, se parece a un Cristo y habla con acento francesado. Se acerca al despacho y dice:)

EL FRANCÉS. — Deme un anís, Don Nicola. *(Al tomarlo, exclama:)* A votre santé, mozada.

PANCHO TRIGO. — *(Desde la mesa en que juega.)* ¿No pagás nada, Francés?

CUESTA ABAJO. — *(Desde la mesa, también.)* Más aceite da un ladrillo, y eso que le cuesta poco ganar la plata...

EL FRANCÉS. — *(Acercándose a la puerta que mira a la casa de enfrente.)* Ustedes son muy vivos, pero muy cortos de vista *(con fastidio)* y no ven las cosas que pasan en la vereda de enfrente.

PANCHO TRIGO. — *(Levantando la cabeza.)* ¿Qué pasa en la vereda de enfrente? *(Los demás dejan de jugar y ponen atención.)*

PAMPERO. — ¿Qué *sapa*, Francés, qué *sapa*?

EL FRANCÉS. — Pasa lo que pueden ver. Que un cajetilla de galera les está mojando la oreja... miren para el balcón de la Torcaza.

TODOS. — *(Se levantan y miran, dejando de jugar.)*

CUESTA ABAJO. — ¡Aracal se armó la gorda: un manate en puerta... Mandale un papazo... Chufarela.

CHUFARELA. — Yo, che, no me quiero meter en camisa de once varas. Es la hermana de Juan Belomo. Que al manate ése, lo arregle él.

CUESTA ABAJO. — *(Recitando y haciendo posturas.)*

“A mí no me den galera
tampoco saco partido...”

EL FRANCÉS. — *No me gusta tener la fachia del upu ése...*

PANCHO TRIGO. — ¿Por qué no te gusta, porque no usa barbita como *vous*? Quien te viera, che Franchute, con una galerita así. *(Da unos pasos haciéndose El Francés.)*

PAMPERO. — *(Al Francés.)* Te guste o no te guste es

igual... y últimamente, ¿a vos qué te importa?... ¡Vos no tenés vela en este entierro!

EL FRANCÉS. — (*Molesto.*) Y... quién sabe todavía... quién sabe.

PANCHO TRIGO. — Ya debe estar por llegar Juan Belomo. (*Refregándose las manos.*) La que se va a armar.

CHUFARELA. — La que se va a armar, tenés razón; el galera ya está lechuceando para acá. (*Canta*)

Somos los cuatro compadritos
que usamos cuchillito,
por abajo'el pantalón.

PAMPERO. — (*Completando la canción:*)

Tenemos una mina formayina
que nos espera en la esquina
param pin, param pon...

DON NICOLA. — Buono, buono, mochachos... Ahora sí que se pone lindo, con un caquetilla en la boca del mazo.

PICHINANGO. — (*Como sin darle importancia y barajando con desgano el mazo.*) ¡Bah, bah, bahl... No es la primera vez... a éste lo haremos bailar la polka del espiente, como al de la otra cuadra. No se va a morir de antojo.

DON NICOLA. — ¿Pero entonces las mochachas del barrio Palermo, no tienen derecho a tener novio?

PANCHO TRIGO. — ¡Qué derecho ni derecho!... Aquí no dejamos arrastrar el ala a ningún manate... Que se ponga pañuelito al cuello y faca en la cintura, como nosotros...

DON NICOLA. — Yo le dico a ostedes que si tuviera una hica, me mudaba del barrio a poner el boliche en otra parte. En este barrio de Palermo, todos son unos cumpadritos, e mi hico se está poniendo como ostedes.

EL FRANCÉS. — (*Preocupado.*) Ese tipo no me gusta nada.

DON NICOLA. — Y osté que es estranquero como ío, debía pensare de otra manera... a no ser que esté interesado en la mochacha.

VARIOS. — ¡Ja, ja, ja!...

PANCHO TRIGO. — Mirá al Francés afilándole la hermana al más taita del barrio... No te verás en ese espejo por más pinta de garabo que mostrés.

DON NICOLA. — No te verás en ese especo con lo bigotito para arriba.

PAMPERO. — ¡Ja, ja, ja! Miren a Don Nicola cachando al Franchute...

CUESTA ABAJO. — Callate, gringo bárbaro. (*Le arroja una de sus chancletas.*)

CHUFARELA. — Che vos, a ver si dejás al viejo tranquilo. (*Le da un empujón. Cuesta Abajo le hace frente. Barajan un momento.*)

CUESTA ABAJO. — (*Tirándole un viaje.*) ¡Ajá! te corté, te marqué la cara, no lo vas a negar...

CHUFARELA. — Que no se te haga cierto, ¿no viste que me lo atajé? (*Le tira a la muñeca.*) Tomá, ahora te manqué, te corté la muñeca.

CUESTA ABAJO. — (*Enojándose.*) ¿Qué vas a marcar a un criollo palermero, gringuito, qué vas a marcar? Tomá... (*Le da un golpe en la frente; y el otro le tira una trompada. Intervienen los demás y los apaciguan.*)

DON NICOLA. — Mirá, cumpadrito; si me lastimás lo mochacho, te rompo la botella de la caña en la testa.

CHUFARELA. — Dejeló, viejo. No preciso su ayuda; soy tan criollo como él y si él pega, yo no soy manco.

PAMPERO. — ¡Guarda, que hay viene Juan Belomo!

JUAN BELOMO. — (*Entrando alegre y sin haber visto la escena del balcón.*) Salú... salú... y R. S.¹ (*Se echa al sombrero atrás y dice, teatral, estos versos:*)

“Llega el lunes y a la mina
no le alcanza p'al lavao,

¹ Revolución social.

entonce el fule cabriao
bronca con la percantina..."

(*Notando que no se lo festejan y que hay un silencio sospechoso, dice:*) Pero muchachos, ahora ¿qué les pasa? ¡Pcha que están fuleros!

PICHINANGO. — ¡No nos pasa nada, che! ¡Mirá para el balcón de tu casa y verás lo que hay!

JUAN BELOMO. — (*Se asoma a la puerta y mira. Sorprendiéndose se echa hacia atrás, llevando la mano al cuchillo.*) Pero déjenme ver... déjenme ver... un manate con la Torcaza... ¿y ustedes, qué hicieron, si lo habían visto?

PANCHO TRIGO. — Mirá, nosotros, como se trataba de tu hermana y vos estabas por llegar, no nos quisimos meter.

JUAN BELOMO. — Bueno, hicieron bien... este naipe lo orejeó yo. (*Sale calmosamente y cruza la calle. Los amigos quedan en la esquina, mientras la Torcaza, que lo ha visto, dando un grito, se entra, dejando solo al novio, quien ve venir a Juan y lo espera tranquilo, mientras Juan le dice casi sobre él:*) ¿Qué hacés, qué hacés?...

DIEGO. — Ya lo ves, ya lo ves.

JUAN BELOMO. — ¿Pero vos no sabés que en Palermo, es peligroso atracarse a un balcón?

DIEGO. — Sí, ya lo sabía, pero...

JUAN BELOMO. — Pero te atracaste igual.

DIEGO. — (*Silencio.*) Pero me atraqué igual... qué querés... aquí hay algo que me tira y que me tira a ley de juego; por eso me quedé cuando viniste... vos estás acostumbrado a que te disparen, pero yo...

JUAN BELOMO. — Pero vos estás chamboneando... sí, viejo, chamboneando...

DIEGO. — No veo por qué... cuando a un macho le gusta de verdad una pollera, si es hombre no se debe achicar ante nada ni ante nadie, para hablarle al oído;

sobre todo cuando la prenda, como en este caso, escucha la *parla* tan gustosa...

JUAN BELOMO. — Pero vos sabés que el barrio tiene sus leyes... y que nosotros las hacemos cumplir...

DIEGO. — Sí que lo sé. Pero sé también que cuando esas *leyes* son injustas o equivocadas, por ir contra una cosa natural, como es el amor... por ir contra el derecho que todos tenemos...

JUAN BELOMO. — ¡Qué derecho!

DIEGO. — ¿Cómo, qué derecho? El de acercarse a la mujer que nos gusta, que nos tironea para su lado y que nos atiende, como en este caso ella me atiende a mí.

JUAN BELOMO. — Pero esa nena, esa pollera, como recién dijiste, es mi hermana, querido.

DIEGO. — Sí... ya lo sé, y ¿qué hay con eso?

JUAN BELOMO. — ¿Cómo qué hay con eso?

DIEGO. — ¡Pero seguro! Tu hermana es una mujer como todas; como todas las mujeres decentes, una señorita, y yo un hombre leal que viene...

JUAN BELOMO. — Que venga a lo que venga. Ella es una mujer como todas, una señorita, no te atajo la palabra; pero nosotros, los muchachos de este barrio, no somos como todos, y no dejamos arrimar a los balcones a manates de galera.

DIEGO. — Mirá, che, que no soy manate aunque use galera... me visto así porque quiero, porque me sale de los... riñones... ¿qué hay, qué les hizo a ustedes la galera, hablá?

JUAN BELOMO. — Che, che, che, andá bajando el gallo, cajetilla; me parece que esto ya se está estirando como tallarín... Decime, *pico de oro*, ¿de qué barrio sos?

DIEGO. — Soy del Centro... ¿te alcanza?

JUAN BELOMO. — Me alcanza y me sobra... y bati-me, ¿en qué laburás? Si no sos manate como decís, no tenés pinta de muy trabajador.

DIEGO. — ¿En qué sentido me lo averiguás, como hermano de esta muchacha o como matón del barrio?

JUAN BELOMO. — En el sentido que te acomode.

DIEGO. — Si me lo averiguás como hermano, te contesto; pero si me lo preguntás como taita y de prepotencia, respaldado en todos esos nenes que me miran como a sapo de otro pozo, no tengo que darte cuenta.

JUAN BELOMO. — Bueno, che, mirá; yo no aguanto retobos... lo mejor, lo mejorcito y lo que te va a salir más barato, es que te mandés mudar de aquí. Vamos, zarpá, que todavía hay buen tiempo... no esperés la marejada.

DIEGO. — Patrón del barrio: ¡ahora parecés un patrón de barco! *(Silencio. Se miran. Juan Belomo se le acerca tranquilo y lento, mientras Diego, lo espera sin inmutarse.)*

JUAN BELOMO. — *(Tranquilamente se lleva el dedo al labio e intenta mojarle la oreja.)*

DIEGO. — *(Reacciona rápido, recula y dice:)* A mí, che, no hay varón que me moje la oreja. *(Saca el revólver. Los taitas de la esquina se acercan y les hacen rueda.)*

JUAN BELOMO. — ¡Ah, toro! ¿Conque habías sido tipo de cargar bufoso?... *(Saca una daga y se pone en guardia. Ambos se estudian los movimientos.)* Bueno; ¿qué hacés que no tirás? *(Dirigiéndose a los amigos:)* Ustedes no se metan, que no vaya a creer que preciso ayuda o que los de Palermo peleamos en cardumen, como los bagres. *(Dirigiéndose a Diego:)* Decidite, pico de oro; tirá si vas a tirar.

DIEGO. — Atropellá vos primero y vas a ver si tiro... apurate y cortá... ¿Qué hacés que no cortás?

PAMPERO. — ¡Mirá el manate! ¡Había sido aguan-tador!

PANCHO TRIGO. — ¡Ah, galera! Me gusta... ¡Si te merecés un gacho!...

JUAN BELOMO. — Veo que no sos de arrear con el poncho, pero te doy esa ventaja.

DIEGO. — Guardate la ventaja. Yo no soy asesino para quemarte de lejos. Peleo en defensa propia y nada más. A vos te toca hacer cortar el fierro.

JUAN BELOMO. — (*Con rabia.*) ¡Tirá, te digo, tirá, maula, manate! (*Hace mención de atacarlo.*)

TORCAZA. — (*Apareciendo en la puerta de calle se coloca entre ambos.*) ¡Por favor! Diego, Juan... por favor, muchachos, no se peleen por mí, guarden esas armas.

JUAN BELOMO. — No, si no es por vos; es por el barrio, es por mi nombre... Yo no puedo quedar haciendo un papel ante los muchachos y los vecinos... ¡Salite del medio!

TORCAZA. — ¡Qué barrio ni qué vecinos! Yo tengo derecho a tener un novio. (*Dirigiéndose al grupo que observa el incidente:*) Y todos ustedes, sepan también que a mí no me corren más dragones... ¿qué se han creído; con qué derecho se meten en mi vida? (*Al hermano:*) Y vos, Juan, no seas macaneador... ¿qué mal te hace mi novio?... él es tan hombre como vos, y como cualquiera de estos taitas y ninguno lo va a llevar por delante. (*Se acerca bien al novio como para protegerlo. Los hombres se miran en silencio.*) Juan, guardá ese cuchillo, y usted, guarde el revólver. Ya sé, ya sabemos que son guapos, sí. Ya han salvado su honor de criollos. Vayan sabiendo que hay galeras que se la empanan a los gachos más requintados. Sí, con galerita y todo, porque es del centro y trabaja de periodista en un diario, es tan hombre como ustedes y les ha enseñado a jugarse el número uno por una mujer decente. Guarden las armas, les digo. Este no es un manatito ni un cajetilla, y lo que debían de hacer es darle la mano de amigo, porque a este balcón va a seguir viniendo todas las noches. (*Ambos hombres, silenciosamente y con calma, como pensativos, guar-*

dan las armas. Luego se miran y se acercan un tanto uno al otro, mientras Juan en tono sereno y conciliador le dice a su hermana:)

JUAN BELOMO. — Tenés razón, Torcacita; si a vos te dejan hablar, la ganás... y vos, del centro (*dirigiéndose a Diego*), mozo que escribe en los diarios, a ver cómo la tratás, no te olvidés que es mi hermana y que es "la flor del barrio" también. (*Silencio; alguno de los taitas, tose. A Diego:*) Bueno; vení, vamos a tomar con los muchachos, si sos gustoso y no nos despreciás... Total, ¿cómo te llamás?

DIEGO. — Me llamo Diego Alsina... y soy yo el que los convida a tomar. Vamos. (*Dirigiéndose a la novia:*) Hasta luegoito, Prenda.

TORCAZA. — (*Alegre.*) ¿Ven cómo no era un manate y cómo era una estupidez pelearse? Hasta luego. (*Diego y Juan Belomo se acercan al grupo, entrando en el almacén. Mientras, Don Nicola, que estaba en la puerta, lo hace primero, poniéndose tras el mostrador como para servir. Todos se ubican como para tomar de pie. Juan hace las presentaciones, diciendo:*)

JUAN BELOMO. — Bueno, muchachos: ustedes ya vieron que es duro de pelar y saben quién es y a qué viene. Yo les pido que lo respeten. (*Dirigiéndose a Diego:*) Ahora te voy a presentar a estos amigos y al patrón. Don Nicola; Pancho Trigo; Pichinango; Pampero; Cuesta Abajo; y ese medio pollo todavía, es Chufarela, hijo del patrón. (*Luego presentándose él mismo con una sonrisa:*) Juan Belomo... Todos somos buenos muchachos, todos hemos estado alguna vez presos, es verdad, pero nunca por robar. (*En las presentaciones no se darán la mano, sino que harán algún movimiento de aprobación y alguno sólo dirá: "Salú" o "chau". Juan Belomo como buscando a alguien —al Francés— que se ha quedado atrás, desconfiando:*) Y falta uno aquí. ¿Dónde está El Francés? Uno que se nos ha agregado, medio de malas

costumbres, según las malas lenguas, pero lo aceptamos porque es un tipo de aguante. Acercate, Franchute (*El Francés se acerca.*), y vamos a tomar... A ver, Don Nicola, sirva una doble que ésta va por mi cuenta. (*Don Nicola sirve, pone los vasitos en hilera, cada uno toma el suyo sin beber, hasta que Juan dice:*) A la salud del galera, que es un amigo nuevo, aunque no cargue faca ni se requinte un gacho.

TODOS. — ¡Salud! (*Todos toman, tosen, etc.*)

JUAN BELOMO. — Buen provecho.

PANCHO TRIGO. — A ver, vos del centro, ¿tenés un armao?

DIEGO. — ¿Cómo no, muchachos? Aquí hay para todos. (*Invita con cigarrillos, pero El Francés no acepta rechazando la invitación con un "merci".*)

JUAN BELOMO. — Bueno, muchachos, no sé qué pensarán de mí; me parece que esta noche me pararon el carro... Yo, en el carteo canté *veinte en espadas*, pero él me cantó las *cuarenta*; pero no en oros, sino las *cuarenta en plomo*. (*Hace referencia al revólver.*)

DON NICOLA. — Yo creo, Cuancito, si es que me decan opinar, ¿no? que el mozo te basurió.

VARIOS. — ¡Ja, ja, ja! (*Pampero se asoma a la puerta de calle.*)

JUAN BELOMO. — Es verdad, sí señores. (*Dirigiéndose a Diego:*)

"Sos varón y no me espanta
verte hacer esos primores,
de los pájaros cantores
sólo el macho es el que canta".

(*Mientras festejan los versos y rien, Pampero, que se había asomado a la puerta, entra y le dice al Francés:*)

PAMPERO. — Ché, Francés, ahí hay una mujer que pregunta por vos.

EL FRANCÉS. — (*Saliendo a la puerta se encara con*

A C T O S E G U N D O

La misma decoración del acto anterior. Es de tardecita. En el balcón, la pareja de novios. Dentro del almacén, algunos taitas juegan a la baraja. Un negrito lubolo ensaya a la sordina un toque en el tamboril, mientras afuera, en la esquina, dos com-
-padritos *varían a mand' mopia; con exortaciones y chismachos.*

COMPADRITO 1º — Atajate si sos toro.

COMPADRITO 2º — Esa la paro así: andá aprendiendo.

COMPADRITO 1º — ¡Te reyuné una oreja!

COMPADRITO 2º — ¡De ande yerba!... ajá já... si son puros palos... ¡qué vas a reyunar!

COMPADRITO 1º — ¡Atajate esta otra! (*El Compadrito 2º se la ataja y le pega en la muñeca.*)

COMPADRITO 2º — ¡Te manqué, tomá, te manqué!...

COMPADRITO 1º — Pero yo te reyuné primero.

COMPADRITO 2º — Bueno, quedamos casados. Vamo a tomar algo. (*Entran en el almacén, donde suena algo más fuerte el tamboril, que en seguida se calla. La pareja continúa en el balcón.*)

PANCHO TRIGO. — (*Que estaba jugando a las barajas con los otros, dejando de jugar:*) ¡Ah, no, che! No me vas a decir a mí que desde botija me veo todos los entierros de generales... Como descarga pareja, la del primero. (*Se refiere al Batallón 1º de Cazadores.*)

PAMPERO. — Yo digo lo mismo, che; qué *segundo* ni *segundo*; la del primero fué como tabla. (*Tratando de imitar la detonación.*) ¡Apunten!... ¡Fué... Raaaas... esas son descargas!

PICHINANGO. — ¡Bah!... les regalo las descargas, les regalo. A mí demen una de las chinitas que se habían

amontonado detrás del caballo del jefe... ¡Qué pechitos, qué pechitos parados... y qué piernas... y qué cintura, como para pasar el brazo! (*Hace ademán.*) A mí hablenme de hembras y no de descargas... ¡qué me importan las descargas!

CUESTA ABAJO. — Y seguro... tenés razón, tenés... qué venís con descargas, qué venís... Ustedes parecen de infantería... a mí demen una potranca de esas, de anca partida... querendona y de buena rienda en la boca.

CHUFARELA. — De esas que se ríen mostrando los dientes blancos, mientras les cae una mecha negra por los ojos.

DON NICOLA. — (*Como riéndose del hijo.*) ¡Mirrá el grenguito, mirrá el grenguito también, lo cregoyo que me ha salido!...

PANCHO TRIGO. — Y qué quiere, don, para eso es nacido y criado en Palermo... el barrio es así, tiene una cosa *metedora* que nos manosea desde chicos y nos va sacando buenos.

PAMPERO. — Si por ser hijo de gringo sale sotreta, por ser de Palermo, va a salir *taita* como nosotros.

DON NICOLA. — Mirrá, che cumpadrito; eso de *sotreta* por ser hico de gringo, más despacio... ¡hay que andar con cuidado por las espinas!

VARIOS. — ¡Ja, ja, ja!

CUESTA ABAJO. — Así me gusta, Don Nicola, no le afloje y defienda la cría... éstos se piensan que Italia es cualquier cosa... la patria de Garibaldi, nada menos.

PANCHO TRIGO. — ¡Viva Garibaldil! ¿Y a Don Humberto dónde lo ponemos?

PAMPERO. — Salí de ahí, con Don Humberto. (*Canta.*)

Menelik. ki, ki, ki, ki.

VARIOS. — ¡Ja, ja, ja! (*De la parte de venta de comestibles que no se ve, se oyen voces de mujeres pidiendo ser atendidas.*)

UNA VOZ. — A ver, Don Nicola, si nos despacha. Deme un real de yerba y otro de azúcar...

OTRA VOZ. — A mí una vela de estearina... aquí se le da más corte a los que toman caña, que a los que compran cosas de comer.

DON NICOLA. — (*Dirigiéndose al lugar de las voces.*) ¡Ah, mochacha, te vas a comer la vela con pan y queso! (*La pareja del balcón se despide dándose la mano.*)

DIEGO. — Bueno, Torcaza, hasta mañana.

TORCAZA. — Hasta mañana, Diego; no te olvides de lo que te dije. (*Diego se aleja. Antes de desaparecer se da vuelta y saluda de lejos. Ella se entra y aparece en la puerta La Monja, quedando como en espera. Por el lado opuesto al lugar en que se alejó Diego, aparece El Francés, andando como con misterio, y se acerca a hablar con La Monja. Ya es noche.*)

LA MONJA. — ¿Me trajo la estampita?

EL FRANCÉS. — ¿Qué estampita? El retrato querrá decir.

LA MONJA. — Bueno, sí, el retrato; yo siempre le digo estampas. Es la costumbre del convento.

EL FRANCÉS. — Ahí lo tiene... ¿Para qué lo quiere?

LA MONJA. — Para mirarlo...

EL FRANCÉS. — ¿Pero le gusto tanto?

LA MONJA. — (*Mirando el retrato.*) ¡Y qué bien está con esa barbita... cómo se le parece!

EL FRANCÉS. — ¿A quién me parezco?

LA MONJA. — (*Como tomada de sorpresa.*) A nadie... es un decir... ahora váyase... que no quiero que lo vean aquí... ¿sabe? Usted vino a preguntar por mi hermano... adiós. (*Se entra.*)

EL FRANCÉS. — (*Encogiéndose de hombros.*) Adiós... ¡Qué muchacha más rara!... pedirme un retrato... llamarle estampa... ¿Me habrá visto cara de santo?... Tiene que estar loca perdida. Andá nomás, que para

algo me vas a servir. (*Se dirige al almacén y al entrar saluda.*) Bonsoir mozada.

VARIOS. — Bonsoir, Francés, bonsoir.

PANCHO TRIGO. — A buen tiempo, Franchute; dame un armado. (*El Francés le da un cigarrillo. Entran apurados dos negros lubolos, resplandecientes de colores, cueros con espejitos, etc. Si es preciso en vez de dos lubolos pueden entrar varios y hasta una comparsa.*)

NEGRO LUBOLO 1º — A ver, Don Nicola, deme una caña.

NEGRO LUBOLO 2º — Y a mí un atao de cigarrillos Ferriolos. (*Dirigiéndose a los taitas.*) ¿Y ustedes qué hacen que no se visten... no van al ensayo de los Esclavos de Nyanza?

PAMPERO. — Salí de ahí, salí... yo no me pinto más la cara. ¿No junás que no soy un gil?...

CUESTA ABAJO. — Y yo tampoco, che, es muy fulero.

NEGRO LUBOLO 1º — ¿Por qué no se visten de mates y se van al corso? (*Toma la caña. Del interior llega el toque del tamboril y ambos lubolos bailan con la escobita, con el asentimiento del grupo. Luego se despiden.*) Bueno, muchachos, hasta luego.

VARIOS. — Hasta luego... hasta luego.

EL FRANCÉS. — ¿No ha venido Juan Belomo?

PANCHO TRIGO. — No che, todavía no. Debe estar apollillando. Anoche la corrió lunga, la corrió.

PAMPERO. — ¡Y le vas a decir al Francés, que es el que le consigue las mujeres... le vas a decir!

EL FRANCÉS. — Más despacio, che, yo no consigo nada. Las mujeres son amigas de ellos. Es un garrón.

CUESTA ABAJO. — Andá, andá... como si no te conocieramos, andá...

PAMPERO. — (*Con intención, a El Francés.*) Mirá, Francés: yo tengo una rubia en la "zabeca", ¿sabés? Tengo un metejón con una mujer que no he visto...

una rubia alta, de pinta bacana y ojos claros... ¿La tenés anotada en tu almanaque?

EL FRANCÉS. — (*Con indignación.*) Mirá, che: una pierna es una pierna... es un servicio que se le hace a un amigo... pero así, mercadería de encargo yo no tengo... pedísela a tu madre, si querés...

PAMPERO. — Salí de áhi, salí. Te venís haciendo el estrecho, te venís. (*Se ve salir de su casa a Juan Belomo, quien penetra en el almacén.*)

JUAN BELOMO. — Salú, muchachos.

VARIOS. — Salú, salú y R. S.

JUAN BELOMO. — (*Dirigiéndose a El Francés.*) A vos mismo, Francés; a vos mismo te quiero hablar.

EL FRANCÉS. — (*Con cierta desconfianza.*) Aquí estoy... hablá nomás... ¿qué pasa?

JUAN BELOMO. — Mirá, Francés; yo tenía ciertos datos sobre vos, pero no eran bastantes.

EL FRANCÉS. — ¿Qué datos sobre mí?

JUAN BELOMO. — Sí, no te hagás el inocente; datos sobre ciertas intenciones de tu parte... datos que ahora completé... habías de ser extranjero para ser torcido y falluto... yo te di mi amistad.

EL FRANCÉS. — Y yo te di la mía...

JUAN BELOMO. — Te di mi amistad, limpia, de macho... Te dejé venir al barrio, te presenté a la muchachada... A estos muchachos de buten.

EL FRANCÉS. — ¡Bah!... vos me presentaste amigos y yo te presenté amigas, mujeres... ¿Quién salió ganando?

JUAN BELOMO. — Mirá, che, callate, porque te pego un bule. Es verdad, me presentaste mujeres, mujeres de la vida, que son de todos... y si con alguna de ellas tuve algo, fué porque ellas lo quisieron... a vos no te debo nada por eso. Y aun en el caso en que te debiera algo, eso no te da derecho a pretender me-
terte en una casa honrada, donde hay unos viejos

criollos de ley y dos pobres muchachas decentes, que no conocen el mundo ni las mañas de los hombres.

EL FRANCÉS. — Yo no me he metido en tu casa; nunca puse los pies en tu zaguán.

JUAN BELOMO. — Pero me has ojeado a mi hermana, a la Monja, desgraciado; a una pobre enferma que le da por manyar hostias y comerse los santos...

EL FRANCÉS. — Yo no tengo la culpa si ella es una mística y se come los santos...

JUAN BELOMO. — ¡Qué no tenés culpa!... Quién la va a tener sino vos, que le estás refregando tu pinta no sé con qué intenciones... Ese retrato tuyo no se lo encontró en la calle. Mirá, viejo: no vamos a hacer escándalo. Quedate con tus amigas... no las preciso, pero mandate mudar del barrio... ya tu presencia me hace mal... vos sos de otra laya... yo hice una cham-bonada contigo... los criollos somos más derechos, más limpios. La farra es la farra, sí, pero la familia es la familia... No hay que confundir. Piantá y que no te vea más la pinta por acá.

EL FRANCÉS. — ¿Cómo piantá, piantá? ¿Te crees que soy un terrón en el piso, para separarme así con el pie?

JUAN BELOMO. — Mirá, a los tipos como vos, hay que tratarlos de lejos. Vos sos un hombre de negocios medio turbios, y si te dejamos acercar a la rueda, es porque a hombres como nosotros no nos asusta nada; pero vos, como te dije, te saliste de la vaina... aquí no hay mujeres para tu asunto.

EL FRANCÉS. — Si tengo negocios turbios a ustedes no les importa nada. Sé que soy un indeseable, un pecado, pero soy un producto de la civilización; mientras los taitas como ustedes son la barbarie. Yo hago de las mujeres lo que me parece, pero no pierdo el tiempo cantándoles versitos en la guitarra, como ustedes, que se creen muy hombres. Yo también soy un taita a mi manera. A los taitas como yo, se les conoce y se les teme en todo el mundo y a los taitas como

ustedes, los conocen en el barrio y nada más... Y estoy acostumbrado a pecharme con hombres cuchilleros, más nombrados que ustedes... ¡Qué saben ustedes de mi vida antes de llegar a este puertol...

PANCHO TRIGO. — (*Reaccionando.*) Mirá, Francés, cualquiera de nosotros basta y sobra para vos!

PAMPERO. — ¡Cualquiera de nosotros, sí señor!

EL FRANCÉS. — ¡Compadritos!... ¡Alguna vez nos vamos a ver la cara nuevamente!

JUAN BELOMO. — Bueno, che. Esto ya está muy conversado. Yo te traje al barrio, y ahora, como te traje, te llevo. No me convenís y te vas. (*Se le acerca como para echarlo.*) Cuando me encuentres en tus canchas, cobráte la si podés. (*El Francés retrocede y hace mención de sacar el revólver, por lo que Juan se pone más violento y le tira el manotón al cuello, diciéndole:*) Y no hagás mención de armas (*Saca su cuchillo y aprieta a El Francés contra la pared.*), porque te dejo clavao como una mariposa. (*El Francés cede como sintiéndose dominado y se dispone a salir, diciendo:*)

EL FRANCÉS. — Está bien. Esta me la ganaron, pero pronto van a tener noticias mías, y van a saber quién es este Francés. (*Sale.*)

PANCHO TRIGO. — (*A Juan.*) Mirá, hermano, hiciste bien. Nosotros estábamos viendo todo, pero no nos queríamos meter, porque vos lo podías ver igualmente... no sé cómo lo aguantaste tanto, no sé... (*Hay un silencio general. Luego:*)

PAMPERO. — Ahora tené cuidado, Juan.

PICHINANGO. — Sí; ahora tené cuidado. Este se va a vengar. Anda muy bien con la policía.

JUAN BELOMO. — Ya sé, sí; sé que le consigue *balotas* para las elecciones...

PANCHO TRIGO. — Por eso tiene tanta banca, y lo dejan trabajar en la *trata* de mujeres...

JUAN BELOMO. — Pedazo'e desgraciao... hacerme esa porquería con la pobre Monja... una pobre muchacha

que anda mal de la cabeza... que anda buscando a Jesucristo en la tierra, y cuando ve a un cristiano con barba, medio parecido a las estampas de Cristo, se le hace que es El... que es El que ha vuelto para "salvarnos". (*Con ironía.*) A nosotros, ya no nos salva ni Cristo.

VARIOS. — (*Risas.*)

PANCHO TRIGO. — Si a mí me salvara de la cana cuando pego alguna trompada...

JUAN BELOMO. — Andá a creerte...

DIEGO. — (*Entrando.*) Salú, salú, muchachos. ¿Qué pasa?

TODOS. — (*Hacen un gesto y quedan en silencio.*)

JUAN BELOMO. — Nada; que tuve que darle el espiante al Francés.

DIEGO. — Me alegro. ¿Por qué?

JUAN BELOMO. — Luego te cuento.

DIEGO. — Con razón... Me crucé con él... Iba que echaba chispas, ¡ja, ja!... (*Inesperadamente entran dos taitas de otro barrio.*)

TAITA 1º — Salú, muchachos.

TAITA 2º — Salú y R. S.

JUAN BELOMO. — Salú.

VARIOS. — Salú.

TAITA 1º — (*Acercándose al mostrador.*) Venimos buscando a Juan Belomo. Pero antes de hablar, sírvanse algo.

JUAN BELOMO. — Gracias. Sírvanse ustedes que no son del barrio. A ver, Don Nicola, sirvalé a los amigos.

TAITA 1º — Está bien, gracias. Deme, patrón, una *chiquita*.

TAITA 2º — Y a mí otra.

JUAN BELOMO. — ¿Qué vamos a andar con *chicas*, sírvanse grande, una *doble* para todos, Don Nicola. (*Este sirve. Juan, dirigiéndose a los taitas:*) ¿Ustedes son del Bajo, no?

TAITA 1º — Del Bajo, sí; y venimos buscando a Juan Belomo. ¿Sos vos, no? De parte de Pepe el Porteño.

JUAN BELOMO. — Soy yo, sí; aquí me tienen para lo que gusten. ¿Qué quiere Pepe el Porteño conmigo?

TAITA 1º — Y... tus mentas están llegando hasta allá...

TAITA 2º — Sabemos que te *acomodás* lindo y que andás echando buena...

JUAN BELOMO. — ¿Y de ahí, qué? ¿Qué le importa a Pepe el Porteño que yo me *acomode* y ande echando suerte... está celoso... quiere tener una topadita conmigo?

TAITA 1º — Eso mismo, viejo. Si anda celoso, no lo sabemos, pero quiere *toparse* contigo a ver *quién es más quién*.

TAITA 2º — O a ver quién tiene razón.

JUAN BELOMO. — Está bien, muchachos. Díganle al amigo Pepe que no se va a morir de antojo... ¿Y cómo le gusta la cosa, a mano limpia o a cuchillo?

TAITA 1º — A mano limpia, no. Eso es para los muchachos... Te manda desafiar a cuchillo.

JUAN BELOMO. — Como quiera y cuando quiera. ¿A marcarse la cara *hasta ver sangre* o a *quedar uno* en la cancha?

TAITA 2º — ¡Eh loco, no es para tanto!... No hay ofensa que lo obligue... Es por probar el coraje nomás.

TAITA 2º — El coraje y la vista... por ver *quién es más quién*, como ya te dije...

JUAN BELOMO. — Está bien. Díganle que está bien... una barajada hasta ver sangre en la cara... (*Sacando su cuchillo.*) Aquí está mi daga... mídanla, no quiero ni doy ventaja. El día que guste y en la cancha que quiera... Si él es Pepe el Porteño, yo soy Juan el Oriental. (*Deja con altanería la daga sobre el mostrador, la que recogerá luego de ser medida.*)

PANCHO TRIGO. — ¡Lindo, Juan!... Así me gusta.
¡El Bajo contra Palermo!

DIEGO. — (*Entre dientes.*) ¡Qué bárbaros!

TAITA 1º — (*Luego de observar el cuchillo, lo mide ligeramente con la cuarta de la mano y dice:*) El Bajo contra Palermo, seguro que sí... Bueno: ahora convidamos nosotros... vamos a repetir, muchachos.

TAITA 2º — A ver patrón; sirva otra vuelta para todos. (*Todos se acercan al mostrador. Don Nicola sirve los vasitos que ha puesto en hilera y dice con emoción:*)

DON NICOLA. — Linda mochachada, así me gusta... ¡Quién fuera coven como ostedes!

JUAN BELOMO. — (*Tomando el vaso.*) ¡Bueno: salú!

TODOS. — Salú, salú...

JUAN BELOMO. — Por los barrios tauras. Por el Bajo.

TAITA 1º y TAITA 2º — Por Palermo. (*Tomando.*)

TODOS. — Salú, salú. (*Toman. Luego de un momento, disponiéndose para retirarse:*)

TAITA 1º — (*A Juan Belomo.*) Bueno: quedamos así. Lo que falta, lo conversamos después... la cancha...

TAITA 2º — La cancha la elegís vos... si él te desafiaba, a vos te toca elegir el lugar.

JUAN BELOMO. — Está bien, es lo mismo. Díganle a Pepe que mañana le mando dos muchachos para arreglar lo que falta. Y hay que cuerpearle a la policía (*Dirigiéndose a los demás.*) A ver, muchachos, acompañenlos, que en alguna esquina los pueden desconocer. (*Se despiden.*)

TAITA 1º y TAITA 2º — (*A Juan y a Diego.*) Bueno, salú. (*A Don Nicola.*) Salú, patrón.

DON NICOLA. — (*Algo emocionado.*) Salute, muchachos lindo... (*Salen, quedando Juan y Diego en silencio.*)

JUAN BELOMO. — ¿Qué estás pensando?

DIEGO. — Que esto es un error... una costumbre estúpida que hay que terminarla.

JUAN BELOMO. — Será así, hermano, pero yo la sigo...

Que la termine otro que le tenga chucho al fierro... pero yo no.

DIEGO. — ¿Ves? Ahí está el problema... Ustedes tienen miedo de...

JUAN BELOMO. — ¿Miedo de qué?

DIEGO. — Escuchá: miedo de que no los crean guapos... ¿Es así o no es así?

JUAN BELOMO. — (*Sin saber qué responder, moviendo la cabeza.*) Y, puede ser nomás...

DIEGO. — ¡Seguro que es así!... El valor más grande es el de ser valiente sin que los demás lo sepan.

JUAN BELOMO. — Pero, qué querés, será así; yo al fierro no le tengo miedo, pero a que me crean aflojando... te declaro que sí. (*En este momento entra Chufarela de la calle, en actitud nerviosa, y dice:*)

CHUFARELA. — ¡Guarda, muchachos, la policía en puerta! El Francés batió el justo. Viene una Comisión... ¡Araca!

DON NICOLA. — (*Temeroso.*) Hico mío, súbito para adentro.

JUAN BELOMO. — (*A Diego.*) ¿Qué hacemos, peleamos?

DIEGO. — Yo estoy desarmado.

JUAN BELOMO. — (*Se inclina, levanta la carpeta que cubre la mesita de juego, y metiendo el brazo por debajo de la tabla, clava su daga bajo la mesa, segundos antes de entrar la Comisión policial compuesta por un sargento, un cabo y un soldado, armados.*)

SARGENTO. — (*Con altanería.*) ¿Quién es Juan Belomo, de ustedes dos?

JUAN BELOMO. — Soy yo, sargento. ¿Para qué me quiere?

SARGENTO. — Tenés que entregar tu balota.

JUAN BELOMO. — ¿Yo?...

DIEGO. — ¡Esto es un atropello! ¡Protesto en nombre de la dignidad ciudadana!

SARGENTO. — ¿Y vos quién sos... quién te dió vela para que alumbrés?

DIEGO. — Yo soy un ciudadano libre, que sabe sus deberes y sus derechos.

SARGENTO. — ¡Mirá, mirá!... ¿Conque tus deberes y tus derechos, no? ¡Largá vos también tu balota, vamos!

JUAN BELOMO. — Vea, sargento: el mozo escribe en un diario, es más léido que usted y que yo, y conoce bien las leyes.

SARGENTO. — ¡Qué leyes ni leyes!... ¡Aquí quien manda es la autoridad!... (*Dirigiéndose al cabo.*) A ver, cabo, pápelos a ver si tienen armas.

DIEGO. — Registren nomás. (*El cabo los palpa.*)

CABO. — Armas no llevan, mi sargento.

SARGENTO. — Está bien. El delito es menor.

JUAN BELOMO. — ¿Qué delito?

DIEGO. — ¿Cuál es nuestro delito?

SARGENTO. — (*Viéndose sin razones se enfurece.*) No sé cuál es el delito, pero larguen las balotas. (*Se adelanta a registrarlos.*)

DIEGO. — A mí no me toque, compañero.

JUAN BELOMO. — Vamos a la Comisaría, si quiere, pero usté no nos va a manosear. Además, no cargamos las balotas.

SARGENTO. — Bueno. Están detenidos. Paselós, cabo.

CABO. — ¡Marchen!

SOLDADO. — Marchen.

JUAN BELOMO. — ¡Marchamos, sí, marchamos, pero a mí ningún milico me manosea!

SARGENTO. — ¿Qué decís? ¡Marchen!

DIEGO. — Está bien, vamos. ¡Ya van a saber quién soy yo! (*Salen, dan unos pasos y se cruzan con El Francés. Se detienen a observarlo y ven que toca el simulado llamado de la casa de Torcaza.*)

DIEGO. — (*Con asombro.*) ¡Pero mirá El Francés traidor!

JUAN BELOMO. — (*Intenta atropellarlo y dice:*) ¡Ay,

Francés, hijo'e perra, te mato! (*Echa mano y no halla su daga. Los policías lo sujetan.*) ¡Maldito el momento zonzo que tuve al dejar mi daga!

SARGENTO. — ¡Marchen! (*El grupo desaparece doblando la esquina, mientras El Francés vuelve a llamar.*)

TELÓN

A C T O T E R C E R O

La misma decoración. La escena comienza al anochecer y a los pocos días del acto anterior. EL FRANCÉS está en casa de la familia de Juan Belomo, donde lo reciben con marcado interés.

EL FRANCÉS. — (*A la madre de Juan.*) Sí, señora, no se apresure; estas cosas tienen su trámite. Es verdad que yo tengo influencia con la policía y la estoy empleando en favor de su hijo, pero el asunto ha pasado al Juez de Instrucción y la cosa se complica.

DOÑA JUANA. — Pero mire que ya van ocho días que está preso, y total, él no ha hecho nada grave, no ha herido a nadie...

EL FRANCÉS. — Sí señora, pero el parte policial es malo para ellos. El parte dice que hubo desacato y porte de armas. Todos sabemos cómo es Juan, que no se le cae el cuchillo y nadie se lo lleva de la rienda.

DON PACO. — Eso sí es verdad. A Juan nadie le moja la oreja, ni lo agarra desprevenido... él sabe bien lo que hace.

EL FRANCÉS. — En cuanto al otro, al periodista, el caso es más difícil. Es un hombre que vive atacando al Gobierno desde el diario. Para él todos son ladrones y asesinos. Ese va a saber lo que es bueno.

DOÑA JUANA. — Pero vea que él no está preso por eso. El, si tiene algún delito, que lo dudo, será el mismo delito de Juan.

EL FRANCÉS. — Sí, señora, pero todo se junta. Los antecedentes desfavorables la Justicia los suma a la *causa*.

DON PACO. — Será como usted dice, amigo, pero

nuestro hijo no está en ese caso. El nunca dijo nada contra el Gobierno; y entonces, ¿por qué le dan el mismo trato?

EL FRANCÉS. — Y... como los prendieron juntos por la misma causa... por resistirse a entregar las balotas.

DON PACO. — Eso no figura en el parte.

EL FRANCÉS. — No. Eso no puede figurar... pero sabemos que es el motivo inicial. De ahí vino todo lo demás... el desacato, el porte de armas...

DON PACO. — Bah... a proceder como se debe le llaman desacato en este país...

DOÑA JUANA. — Yo le pido, señor, que haga todo lo posible. Usted cuando se presentó hace días, sin conocernos para nada, lo hizo ofreciéndose para sacarlos en libertad... y nosotros le abrimos la puerta de esta casa pobre, pero honrada, en la creencia de que favoreceríamos la situación de nuestro hijo y de su compañero.

DON PACO. — Es verdad, amigo; usted cuando se ofreció nos dijo que para usted era un asunto fácil... yo le quise pagar; en fin, dentro de mis posibles, y usted dijo que de ninguna manera, que era amigo de Juan.

EL FRANCÉS. — Sí, señor. Todo eso es verdad. Yo esperaba que sería más fácil, pero ese parte policial lo ha venido a echar a perder... es verdad también que usted me ofreció pagarme y yo rehusé aceptar dinero... pero en fin, yo quisiera que me trataran con alguna simpatía... yo soy joven... me gustaría que las muchachas me recibieran como a un amigo... ustedes me comprenden... yo conozco a Juan y estoy trabajando por su libertad; pero si la Torcaza me lo pidiera como ustedes y fuera algo más amable conmigo... yo pondría mayor interés.

DON PACO. — Disculpé, amigo, pero con franqueza le digo que no veo qué tiene que hacer mi hija en este asunto.

DOÑA JUANA. — Sí... la verdad. (*Tose.*)

EL FRANCÉS. — Es cierto señor... lo que se dice tener que hacer, francamente, no tiene que hacer nada... yo decía nomás...

DON PACO. — Esta es una cuestión de hombres, de amigos. Usted dice que es amigo de Juan...

EL FRANCÉS. — Así es.

DON PACO. — Y que desea trabajar para sacarlo de preso. Usted viene a ofrecerse para eso... creo que sin otro interés.

EL FRANCÉS. — Es verdad, lo hago desinteresadamente.

DON PACO. — Bueno... entonces... la Torcaza no tiene nada que ver... ella no va nada en esta parada.

EL FRANCÉS. — (*Riendo.*) Pero naturalmente que no, amigo don Paco, yo decía nomás, en fin, soy un hombre joven, educado en Europa...

DON PACO. — Sí señor, eso nadie se lo niega.

EL FRANCÉS. — Es una atención, una galantería hacia su hija... a uno le gusta también agradar a las muchachas.

DON PACO. — Sí, comprendo.

EL FRANCÉS. — Por eso le decía ¿no? que si ella también se interesara...

DON PACO. — Sí, sería como echarle un poquito de aceite a la máquina.

EL FRANCÉS. — (*Alegre.*) Ahí está, don Paco. Eso mismo... usted también tuvo treinta años, veo que me comprende.

DON PACO. — Sí, joven, lo comprendo demasiado, pero ¿sabe? uno es pobre y lo único que tiene es su honradez... su decencia... y qué quiere... por amigo de Juan que usted sea, no me gusta tener que irme al trabajo —porque desde ayer entré en el turno de la noche— dejando un hombre extraño en mi casa, estando las mujeres solas ¿sabe? yo soy hombre a la

antigua... y vea, qué casualidad, que me cambien de turno justo en estos momentos.

EL FRANCÉS. — Me figuro, don Paco, que no creerá que yo tenga algo que ver en ese cambio...

DOÑA JUANA. — ¡Ave María, Paco, el mozo puede ofenderse!

DON PACO. — Usted se calla, señora, los hombres sabemos lo que hacemos... (*Al Francés.*) Yo no he dicho nada de eso, amigo (*levantándose*) y ya es mi hora y me voy a retirar... (*el Francés se levanta igualmente*) yo no he dicho ni he pensado nada con segunda intención... pero escuche bien, joven.

EL FRANCÉS. — Sí, señor, lo escucho.

DON PACO. — Escuche bien: usted conoce a Juan Belomo y sabe los puntos que calza ¿no?

EL FRANCÉS. — Pero sí señor.

DON PACO. — Bueno, no se olvide que es mi hijo, y que yo fuí y soy Juan Belomo antes que él.

EL FRANCÉS. — Pero señor... ya lo sé.

DON PACO. — Bueno; me comprende... no lo olvide... y buenas noches (*le da la mano, después dirigiéndose a doña Juana*) hasta luego, vieja (*mutis, quedan en silencio doña Juana y El Francés.*)

EL FRANCÉS. — ¡Qué don Paco... no puede negar el genio y la sangre... las cosas que dice!

DOÑA JUANA. — (*Riendo.*) Y... acá los hombres son así... no se olvide que son de Palermo... discúlpelo.

EL FRANCÉS. — (*Riendo.*) Sí señora, me hago cargo... no se preocupe... eso no me ofende... cosas de padre celoso.

DOÑA JUANA. — Así es.

EL FRANCÉS. — Como le decía, doña Juana, yo quisiera que la Torcaza no fuera tan esquiva; ya ve: hoy le mandé un ramo de flores y todavía no ha venido para decirme si le gustaron.

DOÑA JUANA. — No crea. Ella se estaba arreglando para venir a recibirlo. Usted sabe lo coqueta que es.

Ese mismo deseo de estar bien arreglada delante suyo, es una demostración... me parece al menos... no debía de quejarse...

EL FRANCÉS. — Si es así, no me quejo, señora; pero será la primera vez que me lo demuestra.

DOÑA JUANA. — (*Conciliadora.*) Y no será la última, creameló.

EL FRANCÉS. — Lo creo, señora, y lo celebro mucho.

TORCAZA. — (*Entrando muy arreglada.*) Buenas noches, mesié, señor Francés. Ya oí que se estaba quejando de mí... y muchas gracias por las flores. Son preciosas y con todo egoísmo las puse en mi cuarto.

DOÑA JUANA. — ¿Ve usted? Ahí la tiene. Se quejaba de regalón, nomás.

EL FRANCÉS. — Es verdad. Creo que me quejaba sin razón. Pero cuando uno desea mucho ver una cara bonita...

TORCAZA. — Y la cara demora en aparecer, como en este caso...

EL FRANCÉS. — Y la cara se hace rogar, uno se pone como los niños... quejoso como los niños.

DOÑA JUANA. — Bueno, tengo que hacer. El asunto está en buenas manos. Y usted, señor Francés, va obteniendo lo que deseaba... Su amiga, la señorita Torcaza, le pide como nosotros que se apure a sacar a los muchachos de la cárcel... que se apure en realizar su ofrecimiento... hasta ahora, y a ver cómo se portan... ¿eh?... (*Con intención.*) Miren que los dejo solos... (*Mutis.*)

TORCAZA. — ¡Pero, mamita... Ave María... qué tiene que nos deje solos... nuestro amigo no me va a comer!...

EL FRANCÉS. — ¡Quién sabe! Puede ser que su mamá tenga razón. Ella, como más experta se entera antes que usted de ciertas situaciones que la vida presenta.

TORCAZA. — No comprendo bien. ¿A qué situaciones se refiere?

EL FRANCÉS. — A la situación de ustedes frente a mí. A lo que yo puedo hacer por su familia, al estar enamorado de usted como un principiante.

TORCAZA. — ¡Ja, ja, ja! Pero mesié: enterada estoy por demás... anoche me lo probó y con hechos reales... no lo olvido... pero no estoy muy convencida de sus intenciones... Usted es un extranjero, un hombre raro en el barrio.

EL FRANCÉS. — (*Adelantándose.*) ¿Y de vida crítica y desordenada, no?

TORCAZA. — Sí, eso sobre todo, se lo iba a recordar...

EL FRANCÉS. — Una vida a la europea, que en este barrio modesto y en este ambiente provinciano, produce cierta intranquilidad...

TORCAZA. — Es cierto... perdone la franqueza.

EL FRANCÉS. — Las gentes de este barrio se asustan de mí, porque hago una clase de vida desconocida para ellas. Yo soy un hombre civilizado que representa el mañana, y aquí, en esta América y en esta ciudad, todavía colonial, se vive a la antigua... con cien años de atraso.

TORCAZA. — Usted representa el mañana, es cierto, pero representa igualmente ciertas costumbres que nuestra moral atrasada, no acepta... Usted dice que es la civilización... pero a eso también se le llama vicio...

EL FRANCÉS. — No se puede separar una cosa de la otra. Las personas pudientes que viajan, al volver a esta tierra, vienen orgullosas de haberse asomado a esos vicios, que no son tales, sino costumbres de la época.

TORCAZA. — Será como usted lice, mi amigo; pero es lo cierto que usted tiene algo que me inquieta.

EL FRANCÉS. — Pero que la atrae al mismo tiempo, no lo puede negar. Yo le pinto y le ofrezco una vida

distinta, la vida verdadera, llena de luz, de placer, donde el amor se rodea de cosas hermosas, de sedas, de alhajas, de ambientes elegantes, con mujeres lujosas y bien vestidas... de hombres educados... mujeres y hombres que tardan en envejecer, porque saben alargar la vida, porque dominan el arte de vivir...

TORCAZA. — ¡Donde se vive de noche y se duerme de día... no me convence!

EL FRANCÉS. — Es verdad. El hombre de las grandes ciudades se aleja cada vez más de la vida primitiva y casi animal —espero que no se ofenda—, una vida que dice que el día es para trabajar y la noche para dormir... Eso ya está pasado de moda; corresponde al tiempo de las cavernas, cuando el hombre se acostaba como los pájaros. Las mujeres hermosas como usted, tienen derecho a elevarse sobre el medio ambiente. Usted es demasiado fina y bella para este barrio de compadres, de mujeres sucias, que andan en zapatillas; de hombres jóvenes de raza blanca que retroceden en su vivir hasta querer ser negros... y se pintan la cara y se ponen taparrabos con espejitos...

TORCAZA. — Sí, pero es como jugando, ésas son cosas del carnaval...

EL FRANCÉS. — No se lo niego. Pero ellos lo hacen buscando un placer que no les proporciona la vida de todos los días. Estas gentes, los amigos de su hermano, cuando sueñan, quieren ser negros de Africa... viviendo hacia atrás... y yo le propongo un sueño más natural, un sueño hacia adelante, hacia la luz y no hacia la sombra.

TORCAZA. — Pero el sueño de ellos, aunque sea hacia atrás, es honrado...

EL FRANCÉS. — Ya apareció la *palabrita* famosa, que a ustedes se les enrieda en los pies y les impide andar hacia adelante. ¡Qué hace usted con su honradez si nadie se la ve, si nadie se la tiene en cuenta ni se la avalora! Créame, Torcaza, su honradez viene a ser

como una cáscara para encerrar su vida triste y pobre de mujer explotada por los ricos que la hacen envejecer en el taller... ¡esos ricos que con el esfuerzo y la honradez de sus empleadas se pagan sus queridas, como sus esposas se pagan sus amantes!...

TORCAZA. — No me haga acordar del taller, por favor, que cada vez me indigna más lo que allí nos sucede... no me haga acordar.

EL FRANCÉS. — Pero no le tema más al taller ni a los capataces enamorados... usted ya no volverá a él, porque yo me opongo, porque aquí estoy yo para liberarla...

TORCAZA. — (*Suspirando.*) ¡Ah!... es verdad... ¡Usted me ofrecel

EL FRANCÉS. — Sí, mi Torcaza, yo le ofrezco otra vida; convénzase de que es así. Olvídese de todo esto.

TORCAZA. — Sí, pero hay algo que cuesta más olvidar... ¿y mi novio, qué hago con mi novio? Piense que yo lo quiero... o lo quería...

EL FRANCÉS. — Usted lo ha dicho: *que lo quería*. Y lo olvidará igualmente. En cuanto tomemos el primer vapor, en cuanto usted sepa lo que es un viaje, lo que es viajar en un gran transatlántico; levantarse a la hora de almorzar... pasear por cubierta, ver los horizontes redondos con sus entradas de sol, recostada en un largo sillón perezoso... y a la noche, en la cena, bajar de su camarote vestida de baile, con los hombros al desnudo, como las mujeres del gran mundo, y ser admirada, hacer que las cabezas se den vuelta a su paso, y las otras mujeres la envidien y los hombres digan: "¡qué bella!"...

TORCAZA. — ¡Ay, no siga, por favor, no me tientel... ¡Eso es imposible!

EL FRANCÉS. — Pues yo le ofrezco esos imposibles, que pronto serán realidades, como este anillo que le traje. (*Le pone un diamante en el dedo.*) Este brillante que con otros que vendrán luego, a su tiempo, realza-

rán su belleza y su atracción... ¡Ah, Torcaza! ¡Cuántos hombres van a suspirar por usted!

TORCAZA. — ¡Ay, pero qué divino! (*Se mira el dedo.*) ¡Qué preciosos!... ¡Gracias, mi amigo, gracias!... (*Lo besa mientras El Francés, sonriente, continúa:*)

EL FRANCÉS. — Crea, mi querida Torcaza, que yo le vengo a hacer justicia; le vengo a abrir los ojos para que vea la vida como es; y la pueda gozar como la gozan ellos, sus patrones... Usted y los suyos tienen el mismo derecho que ellos al oro, a las sedas, al champán... (*Se le acerca insinuante y le pasa el brazo por la cintura, mientras ella, como subyugada, lo deja hacer al tiempo en que tose.*) ¿Ve esa tos? Ese es el principio. Usted misma me ha dicho que según el médico de su Sociedad, del taller de sus patrones salen la mitad de las tísicas de la ciudad. ¿Está convencida de mis razones, ahora?

TORCAZA. (*Dejándose acariciar.*) Sí, me va conveniendo... ¡Qué hombre es usted! Es otra cosa, es otro mundo... no me enloquezca con sus palabras... y con sus caricias... no me apure; déjeme concluir de convencerme que usted tiene razón... que yo tengo derecho a otra vida, sin pensar tanto en esas costumbres que usted llama viejas y sin valor... Déjeme habituarme a la idea de subir de golpe esos escalones que me deslumbran y que creía que sólo se vivían en las novelas... pero tengo un poco de miedo... Usted me atrae, sí, lo confieso, y usted lo sabe, pero sabe también que me asusta... yo no sabía ciertas cosas; yo creía que nosotros los criollos, lo *sabíamos todo*, en cuestiones de amor... yo creía que todos los hombres abrazaban igual a sus novias... que las besaban igual... ah... no me haga temblar, temblar de placer... pero el beso que me dió anoche... ¡no se me olvida más!...

EL FRANCÉS. — (*Acariciándola siempre.*) Y piense que se lo puedo dar otra vez todos los días, todas las

noches, a cada momento... durante una noche entera, desde que se pone el sol hasta que nace... durante noches largas como semanas, porque el amor, entre seres que se buscan y se desean, sabe alargar las noches, tapiándole las rendijas al sol, para que éste, con su luz ordinaria, no rompa el encanto de la penumbra... (*La vuelve a besar con pasión, cuando se abre una puerta y se asoma La Monja que, al verlos besándose, queda como espantada.*)

LA MONJA. — ¡Pero cómo... qué están haciendo...! (*a Torcaza*) Si El es mío... ¡es mi Nazareno! ¿No lo sabías? (*se acerca al Francés, quien se ha separado de Torcaza en actitud embarazosa.*)

TORCAZA. — (*Reaccionando.*) ¿Cómo tuyo... por qué tuyo?

LA MONJA. — Sí, es mío... ahora que lo encontré, después de buscarlo tanto tiempo, vos me lo querés sacar... es mío (*se le acerca y le acaricia el rostro, la barba, con amor místico, mientras el Francés la rechaza a medias, suavemente.*)

TORCAZA. — (*Violenta.*) ¿Cómo tuyo, estúpida, estás loca... tuyo por qué... quién te crees que es? Qué Nazareno ni Nazareno... éste es mi novio. ¡El Francés, amigo de Juan!

LA MONJA. — Mentira... es mío, es El... El, que ha venido para mí... El Señor.

TORCAZA. — (*Violenta.*) No seas cretina te digo. Por dónde te había de dar la chifladura... salí de acá (*la empuja hacia la puerta*) dejáncos tranquilos. Aquí no estás en el Convento, entre esas pobres monjas... ¿qué ideas te han metido en la cabeza? ¡Salí, salí de aquí! (*Concluye de arrojarla.*)

LA MONJA. — (*Llorando.*) Bueno, sí, me voy... me voy... pero es mío... es mío... (*Hace mutis llorando.*)

EL FRANCÉS. — Pobre muchacha... se ha enamorado de mí porque cree que soy Jesucristo... está mal de la tête... No la maltrate, perdónela.

TORCAZA. — No faltaba más; ahora que lo tengo, que es mío... que me lo venga a sacar... (*se arrima a él amorosa y abrazándose, ambos se arrojan sobre el sofá en un raptó sexual.*)

TELÓN

A C T O C U A R T O

La misma decoración. La escena comienza un domingo a medio día, en el almacén. DON NICOLA pasa un paño al mostrador. PANCHITO TRIGO, PAMPERO, CUESTA ABAJO y PICHINANGO rodean una mesita conversando. Entran JUAN BELOMO y DIEGO ALSINA. Juan llevará un ponchito liviano, arrollado al cuello.

JUAN BELOMO. — (*Con alegría.*) Buenos días muchachos. ¿Cómo va, Don Nicola? (*A Diego.*) Esperate un momento, vamos en seguida.

DIEGO. — Buenos días, mozada. Ya estamos de vuelta. Salú, patrón.

LOS CUATRO TAITAS. — (*A la vez.*) ¡Juancito, Diego, Juancito!...

PANCHITO TRIGO. — ¡Pero muchachos, salieron de la cana!... ¿Cuánto estuvieron?

PAMPERO. — ¡Qué suerte!... ¡Ya los largaron!

PICHINANGO. — ¡Pero, che! ¿Cómo hicieron?

CUESTA ABAJO. — ¿Quién fué la muñeca que los sacó?

DON NICOLA. — Esto hay que festejarlo, muchachos; yo pago la copa para todos.

JUAN BELOMO. — Gracias, patrón. Se acepta. Venga esa copa. (*Pausa.*)

PANCHITO TRIGO. — ¿Pero cómo hicieron, che, para salir? Por aquí dicen que El Francés la trabajó por ustedes.

JUAN BELOMO. — Mirá, che, éste es un misterio que lo tengo que averiguar; pero que salimos, salimos.

DIEGO. — Muchachos: les digo que si fué El Francés, preferiría seguir entre rejas; no me gustan ciertas generosidades.

PANCHO TRIGO. — Hacés bien en decirlo. Por el barrio se miente que fué él pero... yo no quiero hablar, ¿saben?

JUAN BELOMO. — Hablá nomás, hablá. ¿Qué se miente? Batí el justo. ¿Qué es lo que hay?

DON NICOLA. — Ah, Cuancito, Cuancito... las cosas hay que tomarlas despacio... (*Sirve los vasos de caña.*)

JUAN BELOMO. — ¿Qué despacio, ni despacio? Bata usted también lo que tenga que decir... largue el rollo.

PANCHO TRIGO. — Mirá, viejo. Vamos a tomar primero, tranquilos, que las cartas están echadas y saldrá la que tenga que salir... Vamos a tomar...

JUAN BELOMO. — Vamos a tomar, bueno. (*Levanta el vasito.*) ¡Salú.

DIEGO. — ¡Salú!

TODOS. — Salú... salú...

DON NICOLA. — Buen provecho. (*Todos toman.*)

JUAN BELOMO. — Bueno. Vayan largando prenda. Y ahora que digo prenda, Don Nicola, usted debe tener mi cuchillo. (*Don Nicola saca del cajón la daga y se la entrega.*)

DIEGO. — Esto me huele muy mal. A mí, me huele muy mal...

PAMPERO. — Mejor dejar que las cosas sucedan.

CUESTA ABAJO. — Seguro. Es mejor no apurarse. (*Se dirige hacia la puerta.*)

JUAN BELOMO. — Pero, ¡caray! ¿Tienen miedo de hablar... qué es lo que pasa? (*Se pone la daga en la cintura.*)

PANCHO TRIGO. — Y... viejo... pasa lo que tenía que pasar... que El Francés los basurió.

DIEGO. — ¿Cómo nos basurió? ¿Qué pasó con la Torcaza? Lo mejor, che Juan, es decidirse y no perder tiempo tomando. Vamos para tu casa.

JUAN BELOMO. — Sí, vamos; ya que son tan lerdos para hablar.

PANCHO TRIGO. — (*Oponiéndose.*) No se apuren. Todo lo que hay lo van a saber desde acá... Lo que hay es que, con el cuento de trabajar por la libertad de ustedes, El Francés se metió en tu casa.

JUAN BELOMO. — ¡Desgraciado! Cuando la policía nos llevaba se cruzó con nosotros como riéndose y en nuestra propia cara se paró en la puerta y agarró el llamador como para golpear.

DIEGO. — ¡Se metió en la casa para arrastrarle el ala a La Monja!

PANCHO TRIGO. — Eso mismo, sí, se metió en la casa para arrastrarle el ala...

JUAN BELOMO. — ¡Hijo'e perra!... volvió a las andadas... Yo lo eché por eso, el mismo día que nos prendieron.

PANCHO TRIGO. — Sí, vos lo echaste porque le había dado un retrato a La Monja; pero La Monja no era más que un pretexto...

DIEGO. — ¿Cómo un pretexto?

PANCHO TRIGO. — Sí; porque a quien le arrastró el ala fué a la Torcaza.

JUAN BELOMO. — ¡A la Torcaza! (*Violento.*)

DIEGO. — (*Con asombro.*) ¡A la Torcaza!

JUAN BELOMO. — ¿Entonces, fué él quien nos hizo largar y se la cobró, trabajándose a mi hermana?

DIEGO. — ¡Pero no puede ser!

PANCHO TRIGO. — Ahí están éstos (*Señala a los compañeros.*) de testigos. Ahí está Don Nicola... ¡Que diga si miento!

DIEGO. — Pero le arrastró el ala y qué ¿qué más?... ella ¿qué hizo?

JUAN BELOMO. — Sí, ella ¿qué hizo? Los viejos, ¿qué hicieron?... ¡No lo sepan!

PANCHO TRIGO. — No... si los embaucó a todos... a mí me parece mentira todavía, lo que ha pasado... miren: las palabras sobran. Hoy es domingo y vienen a

almorzar a tu casa... no van a tardar. Todos los domingos vienen.

JUAN BELOMO. — ¡Pero, caray! Pero ¿cómo van a venir? ¿De dónde van a venir?

PAMPERO. — Y de dónde, de la pieza. ¡Si se la llevó!

DIEGO. — ¡Que se la llevó! (*Con desaliento.*)

JUAN BELOMO. — ¡Pero hijo de una gran!... ¿Pero se fué con él, pero vive con él?

PANCHO TRIGO. — No te calientes. Dicen que se casó... que se casó con ella por el juez. *

DIEGO. — Pero, ¿cómo se va a casar? ¿Cómo se va a casar con un *macró*?

PANCHO TRIGO. — Y... como hacen ellos para colocarse dentro de la ley... se casan de grupo, o la hacen casar con un amigo, y ya nadie se las puede quitar... y entran en la rueda (*hace un signo como de algo que gira*) y de ahí te las embarcan para Buenos Aires o Río de Janeiro...

JUAN BELOMO. — (*Agarrándose la cabeza.*) Pero hijos de una gran perra, pero la Torcaza... ¿La Torcaza nos jugó sucio? ¡Vamos, Diego, vamos a casa; vamos a ver cómo fué eso!...

CUESTA ABAJO. — (*Desde la puerta que da a la esquina.*) ¡No se muevan, no se muevan que ahí vienen, ahí vienen para acá! (*Todos se agolpan entre la puerta y la vereda, cuando aparecen por la calle El Francés y la Torcaza, juntos, como matrimonio, dirigiéndose a la puerta de calle de la casa de Juan. Al ver el grupo agresivo, se detienen a medias. Ella se pone adelante, como para ampararlo, luego reaccionan.*)

JUAN BELOMO. — (*Al verlos echa mano a la daga como para atropellarlos, mas los amigos lo detienen.*) Esta me las pagan... ¿Pero, qué hicieron... y vos, Torcaza... vos... pero fuiste capaz?

TORCAZA. — (*Altanera.*) ¿Capaz, capaz de qué?... ¡Sí! Fuí capaz de liberarme de la vida que llevaba y

PANCHO TRIGO. — Seguro que es así. ¡Se descubrió todo el lío! ¡Pero si fuimos unos giles!...

PAMPERO. — ¡Se descubrió el pastel!

DIEGO. — Solamente así, con el engaño, la podías conquistar. A eso vienen ustedes a estos países nuevos, a envenenarnos con sus vicios y sus engaños... Y vos, Torcaza: ¿no te das cuenta que vivís con él y estás casada con otro?

EL FRANCÉS. — (*Viéndose descubierto, se enfurece, mientras Torcaza se deprime y lo mira como dudando.*) Vamos a donde íbamos, Torcaza, no les hagas caso. Vamos a la casa de tus padres. Estos no tienen derecho ninguno sobre nosotros, y si siguen así, van a volver al calabozo. (*A ellos.*) ¿No se conformaron con tres meses a la sombra? (*La toma del brazo para dirigirse a la casa.*)

JUAN BELOMO. — Parate un momento. Si te enojás y te la querés llevar de prepotencia, te vas a topar con un *choma* que te dice que junto a ella no das un paso más. (*Acercándose y echando mano a la cintura.*) ¿Entendiste? Abrí bien las orejas. ¿O es que te olvidaste con quién tratás? Aquí el que *ronca* soy yo, y más cuando tiene el derecho que yo tengo. ¡Nunca me había tocado tener que defender la honra de mi hermana, caracho! ¡Y vas a ver cómo la defiende!

EL FRANCÉS. — ¿A qué le llaman honra ustedes los sudamericanos? Ustedes son unos sauvages... hombres primitivos. Para ustedes la vida es estar sentados en el boliche, jugando a las barajas y tomando caña, o vistiéndose de negros africanos cuando llega el carnaval. ¡Qué honra ni honra! La vida está primero, yo le voy a enseñar a vivir como la gente, como debe vivir toda mujer hermosa. Yo le voy a enseñar a ponerse un vestido de seda y una capa de piel... y hacer que los hombres se den vuelta cuando la vean pasar en un carruaje. Para ustedes la vida es una cosa muy ordinaria y muy fea.

JUAN BELOMO. — Y para vos, la vida es explotar a las mujeres con esa pinta de niño bonito que Dios o el Diablo te dieron. Desgraciado, querés hacer de mi hermana una cocót, como dicen ustedes, los europeos. Mirá: aquí seremos salvajes todavía, pero vivimos de modo más decente que los de tu laya, Francés vicioso... ¡Canflinflero!...

EL FRANCÉS. — ¡Bah, bah, bah!... Ustedes los criollos se llenan la boca con palabras viejas. Me acusan de vicioso porque tengo costumbres diferentes. Ustedes también son viciosos, pero para atrás, sin inteligencia. El vicio de ustedes —caña, baraja y mate— es atraso. El mío es civilización, algo que ustedes no comprenden. Ustedes se conforman con muy poco en la vida.

DIEGO. — Con poco te conformás vos, que te casás con ella para venderla.

TORCAZA. — (*Con asombro*) ¿Cómo para venderme? No comprendo. ¿Para venderme a mí?

DIEGO. — Sí, a vos, pobre inocente...

EL FRANCÉS. — (*Atajándolo.*) Eso no es verdad. (*A ella.*) No le hagas caso, *ma chérie*. Eso no es verdad. (*A Diego.*) Mi amor verdadero se lo doy a ella. Lo demás es lo demás... palabras fuera de uso. Ustedes defienden tonterías. Yo les quiero enseñar a vivir...

DIEGO. — Nosotros defendemos una cosa muy anticuada, sí, que se llama decencia. Vos defendés una cosa muy nueva que se llama... mirá; me callo, porque Torcaza está delante.

EL FRANCÉS. — ¡Bah! decila nomás... Mirá: ustedes son una cosa triste como la caña y yo una cosa alegre como el champán.

DIEGO. — ¡Sos el champán, sí, vaya una virtud; pero sos la cocaína también!

PANCHO TRIGO. — Bien, Diego, se la mandaste, seguro que sí. ¡Sos periodista y los tenés junaos!...

JUAN BELOMO. — ¡Basta! Déjenme tallar a mí, que la cosa era conmigo. (*Pausa.*) Bueno, Francés; se acaba-

ron las palabras. Esto ya es mucho chamuyo. Ahora la van a hablar los hechos. Escuchá: casado bien o casado mal, andá largando la prenda. Yo me llamo Juan Belomo, y me caiga muerto, o que se me borre el nombre de la sangre criolla que llevo, pero vos no entrás más en esa casa, honrada hasta ayer nomás; hasta que la salpicaste con tu presencia. (*Daga en mano se adelanta violento.*) Y vos, pobre hermana engañada, ladiate de este hombre que te ensució la vida para siempre, y andá, metete en casa otra vez como antes, así, de solterita o de *viuda*, que ahora nomás lo vamos a saber. Metete en casa para salir al balcón todas las tardes hasta que pase otro misto como éste (*señala a Diego*) y te venga a decir "te quiero" con su palabra formal y el corazón en la mano. (*La toma violentamente de un brazo y le da un tirón hacia la puerta.*) Andá, ponete en ese balcón para empezar tu vida de nuevo. (*La empuja haciéndola trasponer la puerta y desaparecer en el interior.*)

EL FRANCÉS. — (*Sacando el revólver.*) Pero a mí no me la vas a arrebatar, por más Juan Belomo y más hermano de ella y más matón que seas. (*Intenta apuntarle cuando Juan, con el ponchito en la izquierda y de arrastro, le simula un ponchazo en la cara, haciéndole perder la puntería a tiempo de sonar el tiro.*)

JUAN BELOMO. — ¡Erraste, maula! (*Lo atropella.*) Tómala. (*Le clava la daga. El Francés cae lentamente y muere.*) Tenía que acabar así. ¡Tenía que acabar así! (*En lo que El Francés queda quieto largo a largo, se abre la puerta de la casa y aparece La Monja, quien acercándose al cuerdo caído, se arrodilla junto a él acariciándole la cara con ambas manos.*)

LA MONJA. — ¡Ay, pobre, pobrecito! . . . ¡Me lo mataron, me lo mataron, Señor, me lo mataron! (*Todos los demás quedan quietos en sus sitios y en respetuoso silencio. Se empieza a apagar la luz, hasta hacerse la oscuridad por algunos segundos. Cuando la luz se hace*

de nuevo, en forma gradual, todos han desaparecido, menos los cuerpos de El Francés, ya muerto, y de La Monja, la cual seguirá en igual postura, pero en silencio, como que representará una visión, la visión de la Torcaza que estará en el balcón, como "ida", sola, con algunas canas, pues han transcurrido cinco años en esta mutación.)

TORCAZA. — *(Mientras se oyen lejanos tamboriles y se ven en el almacén las figuras conocidas, en posturas habituales, pero quietas, duras, como si el lente del tiempo las hubiera fotografiado. Luego de un silencio.)* Otra tarde que pasa igual a la de ayer, y a la de todos los días... A lo lejos los tamboriles... en el almacén, los taitas amigos de Juan, pero sin Juan... y aquí no viene nadie, aquí no pasa nada... Todo es igual que años atrás... me parece que los veo... El Francés, muerto, en el suelo... La Monja, la pobre loca, de rodillas junto a él, acariciándole la cara, la barba de Jesucristo que tenía... y nada más, y nada nuevo... hasta aquí no llega nadie, nadie se acerca a una casa pobre de este barrio maldito... nadie es bastante valiente para arrimarse a un balcón en Palermo... no llega hasta aquí nada más que un recuerdo. *(Aparece andando lentamente la figura de Diego, como una sombra hacia el balcón.)* El recuerdo de él. El que me quería de verdad, el que por mí domó las fiebrezas del barrio, y no lo supe comprender... *(La figura se acerca al balcón y queda quieta y muda, como un fantasma. Pausa. Ella suspira, luego prosigue:)* Es como una sombra; el recuerdo toma la forma suya; al principio me asustaba; cuando lo conté, me creyeron loca, loca como La Monja. Y se pone cerquita mío, como si fuera a hablarme como antes; me parece que lo puedo tocar con la mano. *(Alarga la mano.)* A veces me dan ganas de hacer la prueba, tocarlo a ver si es una sombra o una realidad... pero no me animo... Si lo toco tengo miedo que se me deshaga. *(Retira la mano que*

estaba ya muy cerca.) Prefiero seguir soñando... Hay cosas que en la vida suceden una sola vez... (Se cubre la cara con las manos para llorar, mientras cae lento el telón.)

TELÓN

NOTA FINAL

Tiempo hacía me acuciaba el deseo de escribir una obra como ésta, un drama relativo al personaje popular llamado Taita, Compadre o Compadrito —esa interesante degeneración de Don Juan—. Una obra de teatro honesta, que fuera un jirón de historia en el vivir de nuestras grandes ciudades platenses.

Realizado queda, pues, el intento; y realizado con su lógico realismo en su clima, hechos, atuendo, lenguaje...

Gracias a una vida jugosa en episodios humanos, creí estar en situación singular para llevarlo a término.

Nunca fuí hombre de barra literaria ni de café. Por modestia y timidez intelectual, al hacer mis primeras armas literarias no me acerqué a ningún grupo o peña. Ni el Café de los Inmortales de Buenos Aires, ni el Polo Bamba de Montevideo conocieron mi estampa. Desde la vereda miraba hacia adentro a través de los vidrios sin animarme a entrar.

De ahí que los elementos de mi literatura los haya encontrado en la realidad del propio vivir. Si en el campo me acerqué al gaucho, en la ciudad me arrimé al compadre y su arrabal. Pero siempre como actor y no como mirón. (Desde luego que no desconozco los otros climas del vivir ciudadano: elegancia, burguesía, dinero... ya irán apareciendo en mis nuevas obras si el hado me ayuda).

Cosa curiosa: me inhibía más un grupo de chambergos, melenas y corbatas volantes, que una áspera rueda de taitas altaneros y mujeres deslenguadas. Así,

con ese conocimiento de los seres y las cosas que me atraían, escribí los poemas nativos de *Agua del tiempo* y los que vinieron en su detrás. Luego, por tenerse que hacer prosa para *La Prensa* de Buenos Aires, mi serie de cuentos, leyendas y artículos que acaba de lanzar la Editorial Guillermo Kraft bajo el título *Lenguaraz* (Temas de folklore). Más luego mi *Santos Vega*, y ahora este *Barrio Palermo*, drama social, cuyo argumento puede tener vigencia en cualquier ciudad del mundo actual.

Y porque todo "ha sido visto por mis ojos", como afirma mi prologuista Martínez Cuitiño¹, la mayoría de mis personajes son de carne y hueso, llevan sus propios nombres o apodos, a veces ligeramente desfigurados.

Con tipos de diversos barrios y escenas captadas en distintos lugares, pero siempre dentro del clima y fin propuestos, he querido traer a nuestro teatro vernáculo, tipos o arquetipos de la historia orillera en las ciudades platinas, personajes que se muevan fatalmente dentro de sus vidas y destinos, configurando el personaje total y colectivo que sería el propio Barrio.

Creo que una obra así, donde se enfoque la atmósfera en que vivió mi personaje en su decadente donjuanismo, no la hay en nuestra escena, ya que el sainete criollo, que tanto lo manoseó, no llegó a modelarlo en su atrayente complejo de machismo parado en sus dos plantas de sexo y coraje. Como sucedió con el gaucho, primero despreciado y encumbrado más tarde en la literatura gauchesca, al taita del barrio también se le puso al margen como al pecado, para hoy día cantarlo y desfigurarlo en las letras cursilonas del tango en pronunciada decadencia.

Uno de los aspectos difíciles de enfrentar era el del lenguaje, tal como lo hablaron los barrios del 900; un

¹ Prólogo de la primera edición, que en ésta se suprime.

español pero no de España, salpicado de términos y giros del vocabulario lunfa; de ese lunfardo tan temido por los puristas. Para ello me dejé ir con naturalidad, llevado por la conversación de los propios agonistas y los dejé expresarse como estaban en mí, como hablé yo mismo en mis años mozos, cuando los frecuenté, sin temores ni jactancias, ya que las palabras, al no tener la culpa de su procedencia, nunca deberán tenerse por malditas.

A último momento se me ocurrió escribir un breve vocabulario ilustrativo, pero puesto en la tarea pensé cuánto más útil y hasta original sería completarlo con algunas decenas de voces aún fuera del texto. Declaro no ser un lunfardista (el lunfardo es el argot de las ciudades del Plata) mas siendo un miembro de número de la Academia Nacional de Letras del Uruguay, no le temo a las voces que crea el pueblo, tal vez por ello mismo. Las palabras y giros que sobrevivan, pasarán a nutrir el idioma común, como siempre ha sucedido. El Pueblo crea las voces, las usa, las manosea, las deja morir o les pega la papeleta con que han de ingresar a la Academia matritense. El lenguaje es como el fuego: crece y calienta desde abajo.

No insistiré en obras como ésta, aunque logre alcanzar el raro suceso escénico literario de *Santos Vega*. Con payadores y taitas me siento a mano, estamos *casados*. Los viví y los *juné*. Si algo les debía: emociones, placeres, cuitas, hoy se los devuelvo, no en improvisaciones juveniles, sí en obras escritas a la sombra de mi bigote canoso.

Y luego de escribir varias veces la palabra *Telón* en esta mi segunda obra teatral, voy a poner a este comentario la sílaba *Fin*. Y que Dios me ayude.

F. S. V.

VOCABULARIO

- ABACANADA:** Percanta abacanada. Mina elevada a bacana. Ver "bacana".
- ACADEMIAS:** Lugares públicos de Montevideo donde se bailaba con corte y quebrada. En Buenos Aires se llamaban Peringundines.
- ACHACAR:** Robar. Cobrar de más. "Esto es un achaque".
- AMARILLA:** "La Amarilla". Conocido prostíbulo del Paso del Molino, llamado así por estar el frente pintado de amarillo, como "La Rosada", que estaba al lado, lucía rosado color.
- AMURAR:** Dejarlo amurado. Plantado, como esperando contra el muro.
- ANCÚ:** Exclamación. ¡Cuidado! Se usó antes de jaraca! "*Ancú: se la dieron chanta los gachos a las galeras*". (De "Gachos y Galeras", antiguo sainete.)
- APOLILLAR:** Dormir. Quedarse en el lecho por pereza.
- ARACA:** Cuidado. Atención. "Araca la cana". Ver "cana".
- ARRANYAR:** (De arregiarse.) Arreglarse, juntarse una pareja para vivir. "Se arranyaron en una pieza".
- ARRASTRAR EL ALA:** Hacer el amor. (El gallo le arrastra el ala a la gallina antes de cubrirla.) Es un gauchismo.
- BACÁN:** El hombre, en especial de aspecto compadrón. El taita generoso con las mujeres.
- BACANA:** Mujer de buena presencia. Bien tratada. La mina o percanta que ha prosperado. "*Hoy sos toda una bacana, la vida te ríe y canta*". "*Se te manya desde lejos percantina abacanada*". (Del tango "Mano a mano".)
- BAGALLO:** Paquete, bulto, generalmente conteniendo ropa. Equipaje.
- BAJO:** "El Bajo". Barrio de Montevideo donde se agrupaban los prostíbulos.
- BALOTA:** Papeleta individual que se exigía para votar en las elecciones antes de la ley del voto secreto. Se prestaba a muchos fraudes. Las policías "electoras" compraban las balotas a la gente del hampa por medio de los dueños de casas de juego, o de los tratantes de blancas. En retribución les permitía actuar contraviniendo las leyes represivas. En la

- época de este drama hubo un tipo famoso y popular conocido por "El Tábano", quien hizo *escuela* de tales actividades.
- BARAJAR:** Simular entre dos una pelea puestos ambos en guardia cuchillera. Vistiar. (Voz que usó el gaucho.)
- BASURIAR:** Basurear. Derribar el caballo al jinete, como dándole contra la basura del suelo. Por extensión, el hombre que vence o domina a su contendedor. (La usó el gaucho.)
- BATIFONDO:** Barullo, alboroto, mezcla de ruidos, bochinche.
- BATIR:** Decir, hablar, chismear. Batir el justo: contar una cosa determinada con verdad o justeza. (Ver "bento".)
- BENTO:** El dinero, la plata. "*Mi cuna, mi laburo y mi apellido — Batien el justo de un pasao florido — Que ni Anchorena con su bento emparda*". (Parte de un soneto del periodista argentino que firmaba Yacaré.)
- BERRETIN:** Afición desmedida hacia determinada cosa. Manía.
- BIABA:** Serie de golpes aplicados con el puño.
- BOLICHE:** Despacho de bebidas alcohólicas. Negocio modesto.
- BOTÓN:** El guardia civil (porque *prende*).
- BRONCA:** Con bronca, enojado. "*Como con bronca y junando*". (Del tango "El ciruja".)
- BUFOSO:** El revólver.
- BULE:** Trompada. "Pegar un bule".
- BULÍN:** Pieza habitación. Cuarto. Cotorro. "*Mina que arrepentida — Vuelve al bulín*". (Tango conocido.) "*Con pavuras de aprendiza — Para anclar en mi bulín*". (Versos de Jota Ese.)
- BURRERO:** Aficionado a las carreras de caballos.
- BUZARDA:** Barriga.
- CABRERO:** Enojado, propenso a la cólera. Rechiflado.
- CABRIARSE:** Estar cabrero.
- CANA:** La cárcel. "Araca la cana". "Comerse una cana". "Salir de la cana".
- CANARIO:** Un canario. Billete de cien pesos (moneda argentina) pues eran amarillos.
- CANCHA:** (Del quichua.) Lugar, sitio en que se juega o pelea. Pedir cancha. Abrir cancha. "Abran cancha y perdonen si piso". (La usó el gaucho.)
- CANFLINERO:** Canfli, Canflinfla, Canflinfa. Caficio. Cafiolo. Cafirolo. El hombre que se hace mantener por su concubina.
- CANYENGUE:** Barullo, alboroto, especialmente entre negros.
- CARA DURA:** Audaz, que no se inmuta, cuya faz no refleja sus emociones. Equivale a *Cara rota* y a *Careta*.
- CIEGO:** Estar ciego. En el juego de naipes, no obtener barajas de valor.
- CIRUJA:** De cirujano. Cuchillero. También, el hombre que con un gancho de alambre revuelve los montones de basura en busca de ciertos objetos.

COMPADRE: Compadrito. Hombre típico del medio ambiente. Peleador, enamorado, muchas veces noble y pundonoroso como el protagonista. A mi ver, una degeneración de Don Juan.

CORTES: Dar corte. Atender a otro con deferencia. En amor, corresponder. "Baile con corte y quebrada": el baile original del compadre. Cortes: los pasos o las figuras coreográficas del mismo.

COSO: El hombre.

COTORRO: El cuarto o pieza habitación cuando está amueblado. El bulín. "*Tuyiné cae al cotorro — Con el funyi requintado*". (Versos de Jota Ese.)

CHAMUYO: Conversación, sobre todo si es larga.

CHANTA: Golpe. "Dársela chanta", vencerlo. "Se la chanté". Se lo dije de golpe.

CHATA: Carro de cuatro ruedas con caballo cadenero, arcos adornados, campanillas y carrero decididor. Era costumbre pintarla con los colores patrios y solía tener nombre que lucía en lugar visible. (Fue popular la milonga "Chatita celeste".)

CHAU: Del italiano. Adiós, hasta luego.

CHIMENTO: Chisme.

CHIQUE: El vasito de caña más pequeño que el común.

CHIROLOS: Calzoncillos.

CHOMA: Macho, al revés. (Al vesre.)

CHORRO: Ladrón.

CHUCHO: Del quichua, chuchu. Miedo, temor. (La usó el gaucho.)

DE BUTEN: Bueno, conveniente.

DESCHAVE: Deschavarse, decirlo todo sin control, como sin *chaveta*.

DIQUE: Aceptación. En amor, dar dique, corresponder. La mujer (mina o percanta) que corresponde al hombre con facilidad es una "mina diquera". Darse dique: darse importancia.

DRACÓN: El pretendiente que aún no es novio.

DRAGONEAR: Pasearle la puerta o el balcón a la mujer deseada. Hablar de amores.

EMBROCAR: Comprender. Equivale a manyar y a junar.

ENGRUPIR: De grupo. Mentir, engañar. Engrupido: el que se engaña a sí mismo. El que se cree más de lo que es.

ESCABIAR: De escabio (bebida). Acto de beber. Estar escabio: estar ebrio.

ESCOBA: Escoba de quince. Juego de naipes.

ESCOLASO: El juego o timba clandestina. Las peripecias propias de tal hecho.

ESCORCHAR: Cansar, aburrir a otra persona. Secar.

ESCRACHO: Rostro.

- ESGUNFIAR:** (De sgonfiare.) Equivale a escorchar.
- ESPIANTAR:** Piantar. (De piantare). Huir. Irse. "Se espintó".
Echar, despedir: "Lo espintó". "Le dió el espiente". "Fulana se espintó con el novio".
- ESQUINAZO:** Dar el esquinazo: no acudir a una cita como dejando a la persona plantada en la esquina. Abandono, generalmente del hombre a la mujer. Calabaza.
- ESTRECHA:** "Hacerse la estrecha": la mujer que se hace la inocente (como si fuera virgen). Por extensión ilógica, el hombre presumido.
- ESTRILO:** "Agarrarse un estrilo": una rabieta. Cólera, enojo. "Me dejó estrilando".
- ESTUFAR:** Cansar, aburrir. Esgunfiar. "Me tenés estufo".
- FAJAR:** Castigar, golpear a otro.
- FARABUTE:** (De farabutto.) Pobre diablo.
- FIACA:** Hambre. También: pereza.
- FIERRO:** Cuchillo. (La usó el gaucho.)
- FORMAYÍN:** El que paga con excesiva generosidad. Formayina: la mujer a la que se le saca el dinero con facilidad. La que *forma*.
- FULERO:** Pobre, derrotado. "Andar fulero". Se aplica a cualquier episodio: "El baile estuvo fulero".
- FUNYE:** Funyi. El sombrero.
- GARABITO:** Garabo. El hombre, el bacán, el coso.
- GARUFA:** Farta, juerga.
- GARRÓN:** De garrón: poseer a la mujer sin pagarla. "Me la garroné". Entrar a un sitio donde se pague, sin abonar la entrada. "*Ya los tauras de mi tiempo se acabaron; — Los bailes y las canguelas se tuvieron que cerrar; — Y las minas que conmigo garroneaban — se plantaron con sus canflis — Del Rosario al Paraná*". (Antigua canción.)
- GIL:** Tonto, inocente. Equivale a otario. "Es un gil".
- GELA:** La mujer.
- GRUPO:** Mentira. "De gupo, de mentira". (Ver "engrupir").
- GUITA:** Guitas. Dinero. Las monedas.
- GURDA:** A la gurda. Algo bueno. "Un laburo a la gurda".
- JUNAR:** Ver "embrocarse" y "manyar".
- LABURAR:** Laburo. Trabajar. Hacerle un *laburo* a fulano. (Convencerlo.)
- LECHUCEAR:** Mirar, observar con insistencia, como mira la lechuza. (La usó el gaucho.)
- LENGO:** Lengui. El pañuelo que se lleva al cuello.
- LEONES:** Pantalones.
- LIGAR:** En el juego de naipes, buenas barajas. En el amor: sacar provecho. "Es un mozo muy ligador". Sin embargo, y

- por ironía, en una pelea, *ligársela* significa llevar la peor parte, recibir muchos golpes. "Se la ligó".
- LINYERA: Equipaje, atado hecho con la ropa. El caminante que lo lleva al hombro sostenido con un bastón o palo. "Allá va con la linyera al hombro".
- LUNFARDO: Lunfa. El argot de las ciudades platenses.
- MANATE: De magnate. Hombre importante. Manata. La mujer ídem.
- MANGOS: Dinero. El peso.
- MANYAR: (De mangiare.) Comprender. (Ver "junar".- Embrocar. "*Ya te manyo, ya te juno, ya te embroco* — *Mosquetero ran-tifuso*, — *Primo hermano de Rostand*". (Versos con los cuales al llegar a Buenos Aires fué recibido por el periodista argentino Adolfo Saldías, nuestro poeta Angel Falco.)
- MANYÍN: Vividor, haragán, comilón.
- MATUFIA: Engaño, trampa.
- MAULA: Cobarde. (La usó el gaucho.)
- MENEGA: Meneguina. Dinero.
- MERSA: Conjunto heterogéneo de personas. Montón de gente inculta o baja. Pueblada.
- METEJÓN: Enamoramiento.
- METIDO: Enamorado.
- MILICO: Soldado. Policía. Es término despectivo. (La usó el gaucho.)
- MILONGA: Música popular. Canto y baile o ambas cosas a la vez, que originaron el tango. Los versos que se cantan con dicha música. Fiesta donde se realizan esos cantos y bailes... La mujer de tal ambiente. La mina o percanta. (La usó el gaucho.)
- MINA: La mujer, percanta, concubina, que *produce* para el amante o canflinflero. Por extensión se le dice a toda percanta. "*Y las minas que conmigo garroneaban*". (Canción citada.)
- MINGA: Nada. "Los lunes minga de farra".
- MISIADURA: Pobreza. Ander misio. Vida misia. "Esto es una misiadura".
- MISTO: Inocente. El que cac en la trampa como el pajarito así llamado.
- MORFAR: Comer. "*Buscando ese mango — que te haga morfar*". (Del tango "Yira, yira".)
- MORFE: Morfi. Comida. "*Tan morfón y tan alegre, meta y meta escobillón*". (Versos de Jota Ese.)
- MUÑECA: Padrino que lo apoya. "Tener buena muñeca".
- NACA: Caña.
- OTARIO: Medio bobo. Simplete. Equivale a *gil*. "*Los morlacos del otario los jugás a la marchanta*". (Del tango "Mano a mano".)

PAMENTO: Hacer pamento, exagerar o hacer demasiado ruido sobre una cosa. Inflarla.

PAIENTOSO: Aspamentoso. El que hace aspavientos.

PELANDRÚN: Perezoso, haragán.

PERCANTA: Percantina. Mina. *"Llega el lunes y a la mina — No le alcanza p'al lavao, — Entonce el fule cabriao — Bronca con la percantina. — La crónica fulerina — Le pone el canflialenaje, — Y es puro mistongelaje — El espor que da una mina"*. (Versos que oí cantar en mis mocedades en un ambiente de taitas y mujeres.)

PERINGUNDÍN: Ver "Academia".

PIANTAR: Espiantar.

PIERNA: Ser pierna, ser útil. "Fulano es pierna para todo". "Me hizo una pierna". En el juego de naipes, ser uno de los jugadores.

PIROVAR: Pirovo. El acto carnal.

PRENDA: La prenda. La mujer amada. (La usó el gaucho.)

QUILOMBO: Burdel, mancebía, prostíbulo.

RAGÚ: Hambre. "Tengo un ragú bárbaro".

RAJAR: Huir, salir huyendo.

RANTIFUSO: Rantí. De poca importancia. Pobre diablo.

RECHIFLADO: Enojado.

REQUINTADO: Llevar el sombrero requintado, caído y ladeado sobre una ceja. (La usó el gaucho.)

REQUINTO: Trocito de madera que se aplica al brazo de la guitarra para subirla de tono.

RETOBADO: Enojado. De retobo. Retobarse: rebelarse. (La usó el gaucho.)

REVIRADO: Bizco. Torcido. "Revirao contra el Gobierno".

REXUNAR: Cortar la oreja. En la Colonia el ganado del Rey se señalaba despuntándole las orejas. Reyuno, trabajar como un reyuno. (La usó el gaucho.)

SAPA: ¿Qué sapa: qué pasa? Dicho al revés (al vesre).

SECANTE: De secar. Cansar, aburrir, llenar.

TAITA: Tal vez de Tata (voz quichua). El padre, el que manda, "el patrón del barrio". (La usó el gaucho.)

TARROS: Los zapatos.

TAURA: Equivale a taita. Barrio taura.

TIRAS: Individuos de la policía vestidos de particular.

TORTA: Puñetazo, tortazo. *"No te rompi de un tortazo por no pegarte en la calle"*.

TURRO: Ordinario, patán.

U'FA: (De uffá.) Exclamación de asombro, de protesta, etc.

YETA: (De jettatura.) Mala suerte. "Sos un yeta". "Ando enyettato".

YIRANTA: La mujer pública que busca al hombre por la calle.
La que "hace la calle".

YIRAR: Yiro. Lo que realiza la yiranta.

YUGUILLO: El cuello de plancha, duro por el almidón. "*A los tiras con yuguillo — Me lo paso p'a la cueva, — Cuando a mí pinta maleva — le abren cancha los cuchillos*".

(El origen italiano de algunos vocablos ha sido señalado de acuerdo con los *Folletos leñguaraces* del escritor Vicente Rossi.)

POR LA GRACIA DE DIOS

COMEDIA MÁGICA

PERSONAJES

(Por orden de presentación)

<i>María Luisa</i>	30 años
<i>Carmen</i> , mucama	22 años
<i>Adolfo</i> , marido de María Luisa '...	36 años
<i>María</i> , mucama	23 años
<i>Eduardo</i> , amigo del matrimonio ..	38 años
<i>La Condesa</i> , una Condesa española	40 años
<i>Pepita</i> , amiga	38 años
<i>Marta</i> novios	20 años
<i>Perico</i> novios	22 años
<i>Juanito</i> novios	23 años
<i>Betty</i> novios	20 años
<i>La costurera</i>	
<i>El Dr. Méndez</i> , médico	40 años
<i>Una mucama</i>	
<i>Una bañista</i>	
<i>Dos nurses</i>	

(Algunos de estos personajes pueden ser doblados)

A C T O P R I M E R O

DECORADO: "Living-comedor" de una residencia elegante, en un balneario de moda (Punta del Este). Un gran arco rústico comunica con el "porch" que da a la playa, dejando ver la orilla con algunas sombrillas en la arena, y luego el mar con alguna vela blanca. En las paredes algún cuadro marino antiguo, mapas. Un globo terrestre, con su pie. A ambos lados del espectador, puertas que comunican con habitaciones interiores. Un mueble bar. Mesita en el centro. Muebles semi-rústicos adecuados al ambiente. Lámpara de pie. En un lateral, al centro, una chimenea con leños sin fuego. En otra mesita revistas en desorden. Uno o dos anaqueles con libros. Los personajes vestirán durante toda la obra de modo adecuado al lugar, hora y condición social, mas sin excesos de desnudez.

PRIMER CUADRO

MARÍA LUISA. — (*Sentada, leyendo, a la mucama.*) Bueno, hable, mujer... ¿Qué le pasa? No veo a qué viene ese misterio o ese temor.

CARMEN. — (*La mucama.*) Ay, señora, es que me da vergüenza... Yo le quería pedir permiso para faltar dos días, porque tengo que acompañar a mi hermana, que está enferma.

MARÍA LUISA. — Por fin se decidió... ¿Y a dónde tiene que acompañarla, al hospital?

CARMEN. — Sí, señora, sí, al hospital —digo— al hospital, precisamente, no; pero es lo mismo. Ella, la pobre, ¿sabe?, está mal y tiene que ingresar... digo ¿no? tiene que internarse...

MARÍA LUISA. — ¿Pero en qué quedamos, mujer; adónde la tiene que acompañar? Si está enferma ¿por

qué dice que al hospital sí, y en seguida corrige diciendo que al hospital no?

CARMEN. — Sí, señora; tiene usted razón... yo no sé cómo explicar.

MARÍA LUISA. — Pero, ¿de qué está enferma su hermana?

CARMEN. — Oiga, mi señora; mi hermana tiene que ingresar a la Maternidad.

MARÍA LUISA. — ¿Pero cómo a la Maternidad? Usted nunca me dijo que su hermana iría a tener familia.

CARMEN. — Pero es así, señora, qué le vamos a hacer... desgraciadamente ésa es la verdad... ¿sabe? son esas cosas...

MARÍA LUISA. — Pero no es posible... ¿no me dijo hace muy poco tiempo que ustedes eran dos hermanas solteras?

CARMEN. — Sí, señora, lo dije y es así. (*Avergonzada.*) Somos solteras... y... qué quiere... las cosas son así... una nunca está libre...

MARÍA LUISA. — (*Asombrada.*) ¡Va a tener familia!... Con razón no se animaba a decir a qué clase de hospital iba a ingresar... con razón... ¡a la Maternidad!

CARMEN. — Sí, señora, es así: a la Maternidad... (*suspira*) desgraciadamente... ¡Qué vergüenza!

MARÍA LUISA. — Me imagino, hija, su vergüenza... bueno, vaya, acompañe a su hermana como es debido... ¡Qué va a hacer!... Usted no tiene culpa por la falta de su hermana...

CARMEN. — No, señora. ¡Qué culpa voy a tener yo!

MARÍA LUISA. — Natural que no. No se avergüence de ese modo... no es para tanto... entre los pobres suele verse eso... ¿su hermana es religiosa?

CARMEN. — De pequeña, sí, lo era, señora. Pero luego de mayor, ¿sabe? se dejó un poco... no hizo caso a los consejos de mi madre, empezó a faltar a misa... a no confesarse...

MARÍA LUISA. — ¡Qué mal fué eso! ¡qué error!...

CARMEN. — Al ver lo que hacían otras... le dió por los bailes y los mozos...

MARÍA LUISA. — Se puede tener amigos... se puede ir a los bailes, conservando, practicando la religión... Entre la clase de ustedes sucede eso con frecuencia.

CARMEN. — Y... señora... eso sucede en todas las clases... en las de ustedes también...

MARÍA LUISA. — (*Algo fastidiada.*) En todas, no. En la mía eso no sucede... sabemos cuidarnos mejor.

CARMEN. — Disculpe, señora, no la quise ofender, decía solamente... que me parecía... perdone.

MARÍA LUISA. — Qué situación desagradable... La compadezco, hija, a su hermana y a usted. (*Deja el libro.*)

CARMEN. — Bueno, señora, yo no tengo la culpa, ya se lo dije.

MARÍA LUISA. — Demasiado lo sé, criatura, no lo tome a mal... Bueno... arréglese y vaya a atender a su hermana; pero (*se incorpora*) antes venga que le voy a dar dinero.

CARMEN. — Gracias, señora, se lo voy a agradecer... no tengo derecho... estoy adelantada...

MARÍA LUISA. — No se preocupe. (*Saliendo hacia afuera.*) Acompañeme. (*Mutis de ambas. La escena queda sola. Luego de unos segundos, entra nuevamente María Luisa pensativa, como que ha cambiado de actitud mental frente al hecho. Da unos pasos. Se sienta. Vuelve a tomar el libro intentando leer, pero no puede reconcentrarse. Con el libro abierto queda absorta, luego monologa:*) Pobre mujer... una nueva engañada... va a tener un hijo sin haberse casado... (*Pausa. Suspira.*) ¡Pero va a tener un hijo!... (*Pausa. Entra Adolfo, el marido.*)

ADOLFO. — (*Entrando.*) Hola... ¿qué te pasa?... ¿Siempre cavilando sobre lo mismo?

MARÍA LUISA. — No. Estaba hablando con la muca-ma, con Carmen...

ADOLFO. — ¿Y eso te pone pensativa?

MARÍA LUISA. — ¡Pobre gente!... (*Pausa.*) Es decir: pobres por un lado pero por otro...

ADOLFO. — Explicate. No comprendo. ¿Por qué pobres por un lado y el otro no?

MARÍA LUISA. — ¡Sí, Adolfo, sí: figúrate que es soltera y va a tener familia!

ADOLFO. — (*Con asombro.*) ¡Cómo! ¿La mucama... la chica esta va a tener familia...? No lo parece.

MARÍA LUISA. — No, hijo, ella no. Es la hermana.

ADOLFO. — ¡Ah!... ya me parecía... ¿y qué? ¿Qué hay con ello?...

MARÍA LUISA. — ¿Cómo y qué... es que no sabes que es soltera... te parece poco problema ser soltera y tener que ingresar a la Maternidad?

ADOLFO. — En fin... es un problema, sí, pero muy corriente... un problema de todos los días...

MARÍA LUISA. — Y aunque así lo fuera ¿te parece lindo?

ADOLFO. — Pero mujer: ni lindo ni feo... Bajo el punto de vista de la Naturaleza me parece... natural... ahora: bajo el punto de vista de la moral... es otra cosa... otro cantar...

MARÍA LUISA. — A esto es que voy yo: a la moral. Por esa causa te decía hace un momento: pobre gente por un lado... pero por otro (*mira hacia los lados*) y que no me oiga nadie: ¡qué felicidad tener hijos tan fácilmente!

ADOLFO. — Pero, querida mía... no es ni fácil ni difícil... es lo que tiene que ser y nada más... las cosas son como son... o como Dios las manda... Por favor: no empecemos lo de todos los días...

MARÍA LUISA. — Sí, ya lo sé, no me lo repitas... me lo sé de memoria, las cosas son como son y vienen como vienen, porque Dios las manda, o porque lo quiere así... ¡estoy harta de oír a mi alrededor este consuelo que no consuela nada!

ADOLFO. — ¡Y qué le vamos a hacer, hija, qué le vamos a hacer... yo no tengo la culpa de esa desdicha!

MARÍA LUISA. — Ni yo tampoco.

ADOLFO. — Pero ya lo sé que tú tampoco la tienes... vaya una novedad. Más de una vez hemos conversado sobre el punto. Has visto médicos especialistas. No hay notabilidad científica que llegue al país, sin que yo te acompañe a consultarle. Y ya te lo han aconsejado. Trata de distraerte. Si es posible, de divertirme... pero para ello tienes que quitarte esa obsesión de la cabeza. El mundo está lleno de matrimonios como el nuestro. La infecundidad en el matrimonio...

MARÍA LUISA. — ¡Por favor: no pronuncies más esa palabra!

ADOLFO. — Bueno, sí, mujer, está bien... Te haré el gusto... Decía que el mundo está lleno de casos semejantes... no es para tanto... ello no puede significar un drama, el drama que tú misma te creas... Caramba: en esta época en que tantos matrimonios ven llegar los hijos con disgusto, ponerte así porque Dios no te los envía... y además, tienes que conformarte con tu suerte, con lo que Dios o la Naturaleza disponen... ¿Para qué te sirve la religión? ¿No es un consuelo, acaso, tener una creencia arraigada como la tienes tú...?

MARÍA LUISA. — Sí, querido, es verdad... tienes mucha razón... pero yo debo estar en pecado y me falta la Gracia divina... éste es el problema... Y Dios ni me ayuda ni me consuela.

ADOLFO. — En fin, mujer, por lo menos que te consolaras para poner paz en nuestra vida... vas a concluir neurasténica y me vas a poner neura a mí también. Bien sabes que te quiero y que tus sufrimientos los siento en carne propia, como si fueran míos. Tú ves todo lo que realizo por ayudarte. Te llevo a todas partes... hago vida social aun contra mi gusto, por distraerte. Traigo a nuestra casa amigos interesantes...

hombres inteligentes, agradables... te permito la relación con otras mujeres jóvenes que hacen vida moderna, hasta con exceso... pero como a ti te agradan, más de una vez he cerrado los ojos...

MARÍA LUISA. — Eso no. No tengo ninguna amiga que para aceptar sus costumbres haya que cerrar los ojos. No es verdad, eres injusto.

ADOLFO. — Es cierto, en la actualidad, no, pero las tuviste... y te abandonaron en cuanto se dieron cuenta de tu comportamiento. Los hombres sabemos más que ustedes respecto a ese punto... pero, doblémos la hoja, no quiero criticar a nadie; ahora se trata de ti, de nosotros, de nuestra tranquilidad cotidiana y familiar. Tienes que sobreponerte, si es necesario hasta con cierto egoísmo. Eres joven, bonita, rica. Estás bien casada. No te falta nada en la vi...

MARÍA LUISA. — ¿Cómo que no me falta nada; te parece poco lo que me falta?

ADOLFO. — Bueno, sí, ya lo sabemos, pero déjame concluir la frase... quiero decir que estás rodeada de todas o casi todas las satisfacciones a la que una mujer culta de nuestra época puede aspirar. A nuestra mesa se sientan personajes de la política, de las artes, la diplomacia... tu nombre —o el mío, que llevas con decoro— aparece casi todos los días en las planas de los diarios... Me parece que ello es como para sentirse halagado... y sin embargo tú...

MARÍA LUISA. — Sí, hombre, sí; es como para sentirse halagado y feliz... Me sé de pe a pa tus discursos consoladores... ¡lo tengo todo, todo... pero es como si no tuviera nada, nada! *(él hace un gesto de impotencia abriendo los brazos, al tiempo en que aparece por el foro otra mucama, María. Se detiene, algo cohibida y luego dice:)*

MARÍA. — *(La mucama.)* Con permiso, señor.

ADOLFO. — ¿Qué desea, María?

MARÍA. — Señor: tiene huéspedes. Ha llegado de la

ciudad el señor Eduardo. (*Gesto de contrariedad de María Luisa.*)

ADOLFO. — ¿Eduardo? (*En voz más alta, sin ver aún al huésped.*) Pasa, hombre... te estuvimos esperando María Luisa y yo (*Eduardo se asoma por el foro*)... todo el día de ayer... adelante.

EDUARDO. — (*Entrega su maleta a la mucama y se adelanta a saludar mientras cae el*

TELÓN

SEGUNDO CUADRO

La misma decoración. Es la hora del atardecer. *María Luisa y Eduardo* estarán jugando al ajedrez en la mesita del centro del living. Han transcurrido ocho días desde la llegada de Eduardo.

ADOLFO. — (*Vestido de polista entra como de pasada y se despide.*) ¡Hola, hola! ¿Comenzó la partida? (*A Eduardo.*) Me alegro mucho que la entretengas (*al oído y en broma*) y haz que te gane.

EDUARDO. — Sí, hombre, vete tranquilo, que así se hará.

MARÍA LUISA. — (*Que ha oído.*) Ja, ja... le gano porque le gano en buena ley...

EDUARDO y ADOLFO. — (*Ríen.*)

MARÍA LUISA. — Natural que es así. (*Ríe.*) Les agradezco esas generosidades.

ADOLFO. — Bueno, m'hija, gánale en buena ley, entonces... a mí me da lo mismo... y los dejo. Ahora nomás llegan los otros... me aturden con su algarabía. Me voy a mi Club. A mí me tira el caballo, como nieto de gauchos que soy... Hasta luego. (*Besa a María Luisa.*) ¡Ah! (*con sorna*) y mis saludos a la Condesa, esa castiza señora que tanto critica nuestras costumbres suramericanas. (*Mutis.*)

MARÍA LUISA. — Pobre Condesa. Es muy bien y muy

simpática. (A *Eduardo*.) Bueno, continúe narrando la anécdota del campeón.

EDUARDO. — (Con una pieza en la mano, suspendiendo la jugada.) Continúo, sí, es muy pintoresca y graciosa. El maestro (*piensa*) no recuerdo el nombre, viajaba de incógnito cruzando el océano para asistir a un campeonato. Nadie, a bordo, sospechaba su presencia... y en una de éstas se arma en el salón de juego una partida de ajedrez entre dos pasajeros.

MARÍA LUISA. — ¡Qué bueno... y él mirándolos jugar... el campeón!

EDUARDO. — El mirándolos jugar tranquilamente y sin chistar.

MARÍA LUISA. — Y conteniendo la risa ante las jugadas torpes que presenciaba.

EDUARDO. — Eso no lo sé, pero es de figurarse.

MARÍA LUISA. — ¡Qué gracioso!...

EDUARDO. — Y aquí viene lo mejor.

MARÍA LUISA. — ¿Qué es lo mejor?

EDUARDO. — ¡Lo mejor es que uno de los mirones lo invita a jugar!

MARÍA LUISA. — ¡Ja, ja, ja!... ¡pero no me diga!

EDUARDO. — ¡Por ésta! (*Hace una ligera señal besando ambos dedos índices puestos en cruz.*) Lo invita a jugar. El campeón acepta, se sientan frente a un tablero.

MARÍA LUISA. — ¡Pero, qué gracioso!

EDUARDO. — Y al colocar las piezas, el campeón, con toda inocencia, se despoja de varias de ellas, las pone aparte y dice: éstas me sobran...

MARÍA LUISA. — ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué ocurrencia!...

EDUARDO. — ¿Cómo le sobran?, exclama asombrado el otro. ¿Va a jugar sin las piezas principales? Sí, señor, responde el maestro: yo me hago un lío con tantas piezas. Siempre juego con estas pocas; se manejan mejor... Ante el asombro del contrario y de todo el

pasaje que tomándole a la cosa olor a sainete, se acercó a presenciar la partida, le jugó con esa desventaja.

MARÍA LUISA. — ¡Qué bueno... muy chistoso el caso... ja, ja ja! ¡pero qué hombre que tiene historias y anécdotas es usted! ¡Y al final?

EDUARDO. — Y... al final (*siempre con la pieza y tomándole una mano, cariñoso*) al final, al ver cómo se defendía empezaron a desconfiar, hasta que alguien apareció con un periódico que traía el retrato del campeón y lo reconocieron, mientras al inocente aficionado le hicieron una rechifla por tonto.

MARÍA LUISA. — ¡Magnífica anécdota! Ya tengo para narrársela a mis comensales cotidianos... (*cambiando el tono*) y hacerles ver que no estoy tan neura como ellos se figuran. (*Cambia de actitud al darse cuenta que Eduardo le retiene una mano y la retira con cierto desagrado.*) ¡Cuidado... no sea audaz. Vea que esta casa nunca está sola!

EDUARDO. — Cierto. En Punta del Este las casas nunca están solas... siempre retienen a amigos que entran y salen como dueños.

MARÍA LUISA. — Y no olvide que usted es una visita.

EDUARDO. — Una visita que lleva ya ocho días y aspira a continuar... una visita tan singular y audaz que lo primero que hace es apropiarse el corazón de la dueña de casa...

MARÍA LUISA. — (*Con cierta reacción.*) ¡Eso quien sabe!... lo del corazón, quién sabe...

EDUARDO. — Yo lo que sé es que el corazón de las mujeres empieza en la mano. (*Se incorpora y se le acerca.*)

MARÍA LUISA. — (*Con cierto temor.*) Eso sí: contestaciones ingeniosas no le faltarán jamás... a usted voy a tener que prohibirle la palabra.

EDUARDO. — (*Con intención.*) Sería peor para usted. Un Eduardo sin conversación... con la palabra prohibida... sería... (*Se le acerca y ella le esquiva.*)

MARÍA LUISA. — (*Algo librada de él ya.*) ¿Sería qué?

EDUARDO. — Simplemente sería un Eduardo más peligroso.

MARÍA LUISA. — ¿Por qué, más peligroso?... ¡No veo por qué!

EDUARDO. — (*Decidido.*) Porque sería un Eduardo todo hechos, todo acción (*la toma de la cintura por la fuerza intentando besarla.*)

MARÍA LUISA. — (*Resistiéndose.*) Déjeme, no sea audaz. (*Le saca la cara.*)

EDUARDO. — (*Extrañado de tal actitud.*) ¿Pero qué le pasa?... ¡no la comprendo!... en qué quedamos... Cómo ahora me viene con esto, después de...

MARÍA LUISA. — (*Tapándole la boca con decisión.*) ¡Después de nada... cálese... me da asco!

EDUARDO. — (*Desilusionado.*) Pero, cómo, María Luisa, no la entiendo... ¿cómo le voy a dar asco ahora?... ¿entonces?

MARÍA LUISA. — Entonces, nada, ya se lo dije. (*Se oyen voces que llegan.*) Cálese la boca... viene gente.

EDUARDO. — Sí, viene toda la troupe, la barra, con la señora condesa al frente y esos jovencitos tontos. (*Ambos cambian de actitud disimulando mientras entra la Condesa con el grupo compuesto por Pepita, mujer mojigata, tipo de solterona; una pareja de novios muy jóvenes, Marta y Perico, los cuales se sentarán en un rincón a conversar y acariciarse; más otra pareja de jóvenes también, locos por el baile, Juanito Pérez y Betty González; los cuales quedarán a medio transponer el arco. Casi sin saludar por exceso de intimidad, prenderán una radio —que puede no ver el público— y se pondrán a ensayar un baile tropical.*)

CONDESA. — ¿Qué os sucede con la señora Condesa? Veo que me gastais el nombre... y más vale así, a Dios gracias... es mejor que a una la recuerden a cada instante. (*Al reparar en las piezas de ajedrez.*) ¡Pero qué antiguallas, Dios mío, jugar al ajedrez en

esta época, a tal hora y en una playa elegante y mundana... La verdad es que parecéis provincianos, ja, ja, ja!

PEPITA. — Tiene razón la Condesa. ¡Qué tontería jugar a una cosa tan aburrida!

CONDESA. — En vez de charlar de algo interesante. (*Bromeando.*) ¿No hay chismes sociales que comentar en esta temporada veraniega?

PEPITA. — Eso es lo que sobra, chismes...

CONDESA. — Bueno, chicos, entreteneos chismeando... eso es muy mundano... o decíos piropos, que es lo castizo... si parecéis viejos... Haced el amor (*como en broma*) que eso, aunque esté mal, se lleva, ja, ja, ja.

EDUARDO. — Gracias, señora Condesa, por vuestros consejos llenos de experiencia... y gracias, también por creernos, ora campusos provincianos, ora viejos aburridos. (*Todos ríen, luego a María Luisa.*) Señora María Luisa, bella dueña de casa, perdóneme la torpeza de no haberme puesto a tono con su juventud y con el medio elegante en que vivimos...

CONDESA. — Ahora sí (*aplaudiendo*), bravo, volvió el mozo por sus fueros. (*Varios aplauden a la vez.*)

EDUARDO. — (*Continuando.*) ...y no haberle dicho, por jugar a juego tan fuera de moda, las palabras bonitas que se merecía... (*pausa; dirigiéndose a los otros*) ¿pero ustedes creen, mis amigos, que jugábamos... ja, ja... ustedes creen que yo podría jugar con María Luisa a un juego que no fuera el de decirle —pero no jugando, en serio— que es la mujer más hermosa de Punta del Este?

Todos. — ¡Bravo, bravol... (*Aplauden.*)

PEPITA. — (*Con intención.*) Sí, ya me lo parecía. Eduardo no es hombre de andarse por las ramas, ni de perder el tiempo.

CONDESA. — (*Sin intención.*) Así debe ser. No podía usted renegar de su condición de hombre de mundo.

(Las dos parejas de jóvenes se habrán entregado a sí mismas, desinteresándose de esta conversación.)

EDUARDO. — Gracias, amigos, por crearme ahora un pichón de Don Juan; se han ido al otro extremo.

MARÍA LUISA. — Por favor... no se pongan pesados y cursis... si esto parece una batalla de flores. (Varios ríen.)

CONDESA. — El clavel dijo a la rosa.

EDUARDO. — La rosa dijo al clavel.

MARTA. — (Que abandona su aparte momentáneamente, dice a su novio, que es muy tímido.) Acerquémonos, Perico, dicen que hay flores (con ironía) a ver si tomas alguna para mí.

PERICO. — (Sin entender.) ¿Pero cómo flores... dónde están?

CONDESA. — (Con gracia.) Oye, hija, tómalas tú misma con tus manos, porque lo que es este niño tiene muy cortas las tijeras, ja, ja, ja. (Risas. Perico se cobebe. La pareja que baila, se detiene bajo el arco y acaba para la atención.)

JUANITO. — ¿Se ríen de nosotros? No pierdan el tiempo. Seguiremos bailando contra viento y marea, contra risas y críticas... ¿no se han enterado que Betty y yo llevamos el trópico en la sangre?

BETTY. — ¡Oigan, escuchen el *tan tan* de los tambores... vean cómo nos hacen sombra las ramas en arco de las palmeras...!

JUANITO. — ¿No oyen que estamos en Cuba?

BETTY. — ¿No saben que estamos en Río de Janeiro, al pie de los morros... No ven la Fabela... el Pan de Azúcar...?

CONDESA. — Bravo, chicos, me gustáis más así, viviendo de ilusiones. A ver si otra vez me invitáis a viajar por tan poco dinero...

PEPITA. — A locos no hay quien les gane.

BETTY. — Sí, ríanse todo lo que gusten. Estamos danzando bajo una palmera. Tomen un coquito (Como si

lo arrancara. Lo ofrece, luego hace ademán de llevarselo a la boca.)

VARIOS. — (*Risas, aplausos.*)

MARÍA LUISA. — ¡Qué divino... cómo sueñan!

CONDESA. — ¿Pero vosotros os creéis personas normales?

JUANITO. — (*Bailando.*) Déjennos tranquilos, que hace mucho calor...

BETTY. — En el país en que estamos bailando, hay cuarenta grados a la sombra...

VARIOS. — (*Risas.*)

CONDESA. — Ya lo veo, sí, cómo no, por eso estáis desnudos...

JUANITO y BETTY. — (*Haciendo una graciosa reverencia, siempre bailando, se alejan por el foro despidiéndose con un:*) ¡Good bye!...

CONDESA. — Oíd vosotros: mejor sería que os vistierais. Esta casa es muy acogedora, sí, pero aún le falta mucho para ser el Paraíso Terrenal.

VARIOS. — Magnífico... magnífico, Condesa.

PEPITA. — Magnífico, sí, y que se vistan.

EDUARDO. — (*El mismo juego.*) Que se vistan, que estamos en tierra firme y no en el agua.

CONDESA. — (*En voz alta como para ser oída desde afuera.*) Tapaos las pulpas, niños modernos... golfos... (*con voz natural*), en mi tierra, a éstos los llevaba la Guardia Civil.

VARIOS. — (*Risas.*) Sí, que los lleven presos...

MARÍA LUISA. — No sean exagerados... pobres chicos... tienen mucha gracia.

PEPITA. — Son unos locos, pero es la época... como éstos hay muchos, Condesa.

CONDESA. — (*Riendo.*) La época, sí, verdad; una época de frescos... estamos en el reino del desnudo. (*Pausa.*) ¿Y quiénes son ellos? Al chico lo recuerdo, pues conozco a la mamá... creo que es Juanito Pérez... lo ví así (*hace ademán de pequeña altura*),

pero a la niña ésa, a pesar de lo espabilada, no la tengo en la memoria.

MARÍA LUISA. — Es una chica muy bien... graciosa y algo alocada pero de buen fondo... se llama Betty González.

CONDESA. — (*Con aspaviento.*) ¿Qué... Betty González? ¡Qué horror!... qué tontería... a una González ponerle Betty... ¡Como si no hubiera nombres españoles por miles, para ir a buscar uno de otro clima, de otra raza!

EDUARDO. — Yo me asombro como usted, Condesa. Pero ahora hay una moda tonta de poner a las muchachas nombres de estrellas de cine... y como casi todas ellas son norteamericanas, caemos en los nombres ingleses.

CONDESA. — (*Teatral.*) Manes de los guerreros de Castilla: una niña llamada González... a lo mejor llevando sangre del famoso Fernán González, llamándose Betty... Pero es de desternillarse de risa... ja, ja, ja...

PEPITA. — (*Como en broma y remedando el habla de la Condesa.*) Ya os acostumbraréis... señora y castiza Condesa...

MARÍA LUISA. — Bah... nosotros acá ya no nos asombramos...

EDUARDO. — (*En broma.*) Y ya veréis la cantidad de Sonias y de Elizabethes... Ja, ja...

PEPITA. — Y no digamos de las Judith y las Miriam, pero ya se sabe que lo que es moda, no incomoda.

CONDESA. — (*En serio.*) Esa es la tontería mayor... aceptarlo a ojos cerrados por ser moda... Es lo mismo que andar desnudo o semi desnudo. En la playa, pase; no os vais a bañar vestidos, pero lo malo, es que luego seguís desnudos hasta por las calles; entraís en tal forma a una casa de familia, y todo ello con el *derecho* que os da la *moda*...

EDUARDO. — La moda siempre fué una señora muy tirana, Condesa.

CONDESA. — Pues ha llegado el momento de sacudirnos ese lazo, de romper esa cadena. Esa débil y a la vez fuerte cadena. Al fin y al cabo no olvidéis que la moda es un invento o un capricho comercial.

EDUARDO. — Eso sí, no lo niego.

MARÍA LUISA. — Un momento: comercial, sí, pero basado en la estética.

CONDESA. — Bueno, sea: comercial o estético, es el capricho de cualquier hombre o mujer audaz e inteligente que juega con la psicología de sus semejantes. Hoy se *lleva* mostrar desnudeces y mañana cubrirlas. Hoy una malla blanca para que rechace el sol y mañana otra negra para que se lo beba. ¿No comprendéis que todo ello es disparate corrido? Para las personas normales *lo bien* siempre será llevar ciertas partes cubiertas y *lo mal* mostrarlas al torcido deseo de los que miran... El Bien siempre será Bien y lo contrario siempre se llamará Mal.

EDUARDO. — (*Riendo.*) Dios y el Diablo. Usted, señora, siempre extremosa y jugando con grandes palabras...

CONDESA. — Sí, hijo, sí; siempre y en todo habrá que elegir entre Dios y el Diablo... siempre fué así y lo seguirá siendo.

PEPITA. — Será así, querida Condesa, pero creo que nos hemos salido del tema. Se trataba de los nombres.

MARÍA LUISA. — La Condesa iguala en su crítica nombres exóticos y novelescos con desnudeces, porque son pecados de importación.

EDUARDO. — Llegados de ultramar.

MARÍA LUISA. — O de ultra espacio.

CONDESA. — A una cosa la critico en nombre de la moral y a otra en el de la tontería... Yo les aseguro que de haber tenido hijos, ellos se llamarían simplemente *Juanes* y *Pedros* y *Diegos*... *Marias*, no *Mirianas*, y *Rosarios*, *Consuelos* o *Cármenes*.

MARÍA LUISA. — (*Soñadora.*) Ay, Carmen... el nombre que yo había pensado para mi hija (*volviendo a la realidad*) para esa hija que nunca tuve... o que no me ha llegado aún.

PEPITA. — Y que no te llegará... consuélate, querida, cristianamente.

MARÍA LUISA. — No sé... no crean que he perdido todavía las esperanzas.

MARTA. — (*Que se ha empezado a interesar por la conversación, luego de haber estado largo rato ausente de ella muy arrinconada con su novio, exclama decidida:*) Yo le pondré a mis hijos...

PERICO. — Cállate, Marta (*a ella sola*) a mí me da vergüenza.

VARIOS. — (*Risas.*)

CONDESA. — (*A los novios.*) Pero niños... al fin despertais de vuestro sueño amoroso... (*A todos.*) Sí, mis amigos, éstos serían los nombres que yo les hubiera puesto a mis hijos, si Dios me los hubiera dado... y has de saber, querida María Luisa, que al principio también tuve mi problema.

MARÍA LUISA. — (*Con cierto fastidio.*) No se aflijan por mí... muchas gracias... ése es un problema que no me preocupa tanto como ustedes creen... muchas gracias.

ADOLFO. — (*Entrando alegremente vistiendo aún sus ropas de polista.*) Hola, hola, señores... parece que el tema es de gran interés (*María Luisa se le acerca mientras se inicia la caída del telón.*) y mi mujer también entreverada en el borbollón (*se juntan y se besan*) pero hija (*con asombro*) qué cambio, tú también mezclada en este cotorreo... bravo... muy bien... te felicito... ¿y a quién o quiénes debo esta novedad: a la Condesa o al huésped?

A C T O S E G U N D O

TERCER CUADRO

La misma decoración del acto anterior. Ha transcurrido un mes. El verano está en su plenitud. Es la hora del atardecer. Una costurera, empleada de una casa de modas, espera sentada algo inquieta, observando el ambiente. Luego de unos segundos, entra.

MARÍA LUISA. — Buenas tardes, chica. (*La costurera se pone de pie respetuosamente.*)

LA COSTURERA. — Buenas tardes, señora, perdone si tardé en llegar.

MARÍA LUISA. — No se inquiete. Yo tengo que pedir a ustedes perdones a mi vez. Dígale a Madame que me disculpe esta incomodidad que le causo, pero no puedo ir a tomarne esa medida. Estoy mal, enferma... muy nerviosa.

LA COSTURERA. — Bien, señora, se lo diré a Madame. Yo vengo sólo a ratificar sus medidas... le hemos hecho ya varios vestidos... pero como usted lo ha pedido (*la observa*) yo creo que no ha cambiado.

MARÍA LUISA. — Bien, veremos. (*Se pone en actitud mientras la Costurera saca de su cartera una cinta de medir y le mide la cintura.*)

LA COSTURERA. — Sí, señora... no hay más que verla... no ha cambiado nada, es la misma medida.

MARÍA LUISA. — ¿La misma, usted la tiene anotada, está segura?

LA COSTURERA. — Pero, sí, señora, la misma. Su cintura la sabemos de memoria. Es la medida corriente

en una persona de su silueta (*la vuelve a medir ligera-mente*), sí; está bien tomada. No ha variado nada... ¡hace tan poco le hicimos el último *tailleur*...!

MARÍA LUISA. — (*Suspira demostrando cierto disgusto.*) No ha variado nada... entonces... (*vuelve a suspirar.*)

LA COSTURERA. — Pero señora, ¿se disgusta por eso?... perdone, yo no veo la causa... si usted es delgadísima... ya se quisieran muchas que pasan por delgadas, tener su cintura.

MARÍA LUISA. — Bueno, chica, muchas gracias, está bien. Dele mis saludos a Madame.

LA COSTURERA. — Obedezco, señora, le daré a Madame sus saludos... perdone... creo no haberla molestado con lo que he dicho.

MARÍA LUISA. — (*Más calmada.*) No, de ningún modo... es que estoy muy nerviosa... permíteme usted a mí.

LA COSTURERA. — (*Saliendo, hace una inclinación respetuosa.*) Buenas tardes, señora, deseo que se mejore. (*Mutis.*)

MARÍA LUISA. — Gracias. Buenas tardes. (*Queda sola durante unos segundos, se sienta inquieta, se incorpora palpándose la cintura, da unos pasos hasta que oye las voces de La Condesa y Pepita, que se acercan.*)

CONDESA. — (*Seguida de Pepita.*) Hola, hola, ¿qué tal?

PEPITA. — ¿Qué tal, María Luisa, cómo estás?

CONDESA. — Nos hemos cruzado con una chica que he visto en la casa de modas.

MARÍA LUISA. — Es verdad, a mí me cuesta salir.

PEPITA. — ¡Qué lujo, hija, hacerte tomar las medidas en casa!

MARÍA LUISA. — (*Siempre algo alterada, actitud que conservará durante todo el cuadro.*) Sí, hijas, estoy horrible... no sé qué me sucede... no puedo salir a la calle, no puedo ver a la gente... sólo a las amigas íntimas, como ustedes.

CONDESA. — Pero, hija, ¿qué te sucede?... francamente te diré que te encuentro peor... debes combatir ese estado... tienes que poner voluntad, haciendo un esfuerzo por salir.

PEPITA. — Y además, estás rara... tienes una cara de disgusto... No quiero ser indiscreta, pero la gente dice que andas en líos con tu marido.

MARÍA LUISA. — Nada de eso... no es verdad... la gente se ocupa demasiado de mí... ¡cuándo me dejarán tranquila!

CONDESA. — Pero entonces dí qué tienes... algo te sucede... debías de salir por eso mismo... para que la gente te viera.

PEPITA. — Natural... debes de salir... si no tienes nada en realidad, si sólo son nervios, debes de combatirlos... hay que salir, concurrir a la playa, a las boites, bailar aunque sea con tu marido, para taparles la boca.

MARÍA LUISA. — (*Pausa.*) Salir, ir a la playa, tirarse en la arena... quemarse al sol, contar chismes sociales... lo de todos los días y todos los años, y a la noche vestirse de largo, llenarse de alhajas para ir a las boites a bailar a oscuras, más que con los maridos... con los amigos... y escucharles sus pavadas, sus galanterías zonzas, gastadas, todos dicen lo mismo...

CONDESA. — Pero hija, ¿qué quieres: hacer el mundo de nuevo?

PEPITA. — ¿Cambiar nuestras costumbres... deseas que las galanterías de los hombres, de los amigos, sean diferentes...?

MARÍA LUISA. — Sí, por favor, estoy harta... preferiría que fueran diferentes, que me dijeran todo lo que me dicen, en otro idioma...

CONDESA. — Bah, y qué ganarías con ello... que te digan que eres bella y elegante en español, en francés o en inglés, es lo mismo.

PEPITA. — Natural... si eso te aburre, tanto te va a aburrir en español como en chino.

MARÍA LUISA. — Sí, comprendo, al final sería lo mismo.

CONDESA. — ¿Y eso no te halaga, mujer?

PEPITA. — Debías de ponerte neura si no te dijeran todo eso, ¡ay! (*suspira*) ¡bien dicen que Dios da pan al que no tiene dientes!...

MARÍA LUISA. — (*Con firmeza.*) A mí lo que me enferma es ver que todos vienen con la misma intención, que todos hablan con segunda, siempre alrededor de lo mismo.

CONDESA. — Eso sí, hija, al final estoy contigo... a mí eso me resulta puerco.

PEPITA. — ¿Acaso no fué igual en las costumbres mundanas de todas las épocas?

MARÍA LUISA. — Eso es lo que creemos... pero me parece que antes no se llegó a tanto.

CONDESA. — Creo que así es ¿y tú en qué lo notas?

MARÍA LUISA. — ¿En qué lo noto? Vaya, por favor... en que el amigo que baila contigo, luego de tres o cuatro copas, siempre tiene la obligación de sentirse enamorado... y en cuanto una se queda callada, creen que el silencio es aceptación y ya le tiran el lance.

PEPITA. — ¡Ay!... (*Suspira.*)

CONDESA. — Ja, ja, ja... la verdad es que vosotras teneis frases graciosas... para designar ciertas cosas o episodios...

MARÍA LUISA. — No le veo la gracia.

CONDESA. — Tú no, hija, por estar habituada, pero yo sí se la veo, y la tiene, aunque vosotras no lo noteis.

MARÍA LUISA. — (*Seria.*) ¿Pero en qué quedamos, Condesa, eso es puerco o gracioso?

CONDESA. — Hija, ambas cosas a la vez; el hecho es puerco, lo he dicho y lo repito... más la expresión es pintoresca... pero querida, no te pongas seria por algo que nos sucede a todas las mujeres... con dejar

al galán atrevido plantado en medio de la sala, se arregla todo... y luego, al fin de cuentas, puerco o gracioso, si tú eres bien, una mujer bien, como se dice aquí, si eres una *señora*, ¿qué más da?

PEPITA. — Natural, hija, ¿qué más da? Con decir *que no*, asunto concluido... (*en broma*) ¿o es que te cuesta decir que no?

MARÍA LUISA. — (*Con enfado.*) No me hagas chistes, ¿quieres?

PEPITA. — Pero no te enfades... ni que tuvieras cola de paja...

MARÍA LUISA. — Te repito que no me hagas chistes groseros... vaya un modo de tratarla a una cuando se siente enferma y nerviosa (*tiene una breve crisis de nervios.*)

CONDESA. — (*A Pepita.*) No, mujer, así no la curas. (*Atiende y consuela a María Luisa.*) Bueno, bueno... no es para tanto... ya veo que estás enferma de verdad. Creí que el llamar a la modista era capricho... pero veo que no...

PEPITA. — ¡Caramba... yo no creía que te ibas a poner así, y que lo ibas a tomar a mal... aunque estés enferma de los nervios, no es para tanto!

CONDESA. — Tranquilízate, criatura, no te lo ha dicho con intención. tú bien sabes que Pepita te quiere, como te quiero yo.

MARÍA LUISA. — Sí, tienen razón, he sido una grosera, no tengo motivo. perdónenme...

PEPITA. — Sí, querida, te perdonamos... lo que hay es que tu estás otra vez dándole con lo de siempre... con tu asunto, con tu desgracia, con tu esterilidad... pobre amiga. (*La acaricia.*)

MARÍA LUISA. — Sí, por favor, déjenme tranquila, no me hablen de eso... no me atormenten... Yo creía haber reaccionado, superando aquel complejo... pero ahora estoy en otra faz del mismo... en otra duda, en otra lucha...

CONDESA. — No sé cuál puede ser esa otra faz...

PEPITA. — Ni esa otra lucha.

MARÍA LUISA. — Pues yo sí. Estoy en otra cosa más terrible aún. Ahora me ha dado por meditar. Antes me obsesionaba solamente el profundo deseo de la maternidad, pero sin complicaciones ni inquietudes... estaba ante una puerta cerrada y sufría en cierto modo, tranquila.

CONDESA. — Y ahora, ¿por qué no es como ayer... qué te ha sucedido de nuevo para que exista esa diferencia?

MARÍA LUISA. — Ahora pienso más... medito... medito si hay derecho...

CONDESA. — ¿Derecho a qué, mujer?

MARÍA LUISA. — Derecho a quedarse de brazos cruzados aceptando el triste destino que nos ha tocado vivir...

CONDESA. — Pero, hija, ¿y qué otra cosa puedes hacer? Yo no veo...

PEPITA. — Naturalmente. ¿Qué otra cosa? Y yo tampoco veo otra solución.

MARÍA LUISA. — Ustedes no, pero yo sí y soy yo la que tiene que ver...

CONDESA. — ¿Pero ver qué? Explicate, querida.

MARÍA LUISA. — Ver, sí, ver, mirando por encima de ciertas cosas a las que nos han acostumbrado y que van contra la naturaleza humana.

CONDESA. — Pero, hija, ¿qué cosas...? Continúa... ¿qué quieres decir?

MARÍA LUISA. — Quiero decir, simplemente, que no me conformo con mi situación... mi drama de ayer era la certeza de mi esterilidad... y mi drama actual, mi conflicto presente de todos los días es la duda. (Pausa.) ¿Y si no fuera yo la estéril...? ¿qué dicen ustedes?

CONDESA. — ¡Por favor! ¿Adónde vas? ¿Qué pretendes?

PEPITA. — (A la vez que la Condesa.) ¡Pero queridal

MARÍA LUISA. — No sé adónde voy, pero quiero saberlo. Tengo una lucha terrible... quiero aclararlo; la lucha de no saber si una debe permanecer en estado pasivo, o hacer algo... no sé... a veces pienso...

PEPITA. — Pero tú ya has hecho lo que podías... las soluciones no están en tus manos.

CONDESA. — Pero oye: ya debes haberte habituado a tu situación, que no presenta ninguna faz nueva, como dices. Son tonterías. Tranquilízate y continúa barajando —sea de quien sea la culpa—, las cartas que te han tocado en el matrimonio.

PEPITA. — Pero es lo lógico y lo natural... tienes que resignarte cristianamente.

MARÍA LUISA. — Lo lógico y natural, dicen ustedes... será lo lógico y lo cristiano y lo moral... todo lo que gusten, pero *lo natural* sería *lo otro*, precisamente.

PEPITA. — Querida, con que fuera lo lógico y lo cristiano, debía bastarte.

MARÍA LUISA. — Eso es otra cosa. Y qué quieren: no me basta... no me basta con que sea solamente lo lógico y lo cristiano... hay otros aspectos muy dignos de tener en cuenta, a los que nosotras, las mujeres de nuestro rango, no estamos habituadas... y de ahí mi lucha, mi sufrir...

CONDESA. — Pero mujer. Dios te da una oportunidad. La virtud está en sufrir... se agranda con el sufrimiento.

MARÍA LUISA. — Esa es mi duda. Por un lado, la voz de la virtud, de la moral, de aquello que tenemos por buenas costumbres... por otro lado el grito de la Naturaleza... Estoy entre una voz y un grito. (Pausa.)

CONDESA. — Ambas son voces.

MARÍA LUISA. — Pero una mucho más fuerte que la otra. ¿En nombre de qué virtud, inventada por los hombres, puedo tapparle la boca al grito de la maternidad?

CONDESA. — (*Dudando.*) ¿En nombre de qué virtud?

MARÍA LUISA. — Sí, en nombre de qué virtud. Díganmelo, si son capaces.

CONDESA. — Pero, hija de Dios: tú hablas como si desconocieras tus deberes de mujer honrada... ¿en nombre de qué virtud? en el de todas las virtudes y en el de cada una de ellas...

PEPITA. — Muy bien dicho; y además en nombre del qué dirán de las gentes.

MARÍA LUISA. — Eso es estúpido. ¿Están pensando acaso, seriamente en el problema, fuera de libros y de consejos... puede cerrarle el paso, puede oponerse la virtud, la moral, las costumbres, todas cosas, conceptos, ideas inventadas por el hombre, a la voz, al grito de la maternidad, que es algo proveniente de Dios?

CONDESA. — Todo eso está muy bien pensado y muy bien dicho... pero son verdades en el papel... muy bonito en el personaje de una novela... muy literario y filosófico, pero no aplicable a nuestro vivir. Todo eso tan convincente al parecer, frente a la realidad pierde su eficacia, se desmorona como un castillo de naipes... la gente no lo entiende así... gusta en el libro que leemos, aplaudimos a la heroína que lo sustenta y lapidamos con nuestro desprecio a la amiga que lo realiza.

MARÍA LUISA. — ¿Y eso qué es, sino error e injusticia de nuestras costumbres... qué es...?

CONDESA. — ¿Eso qué es?... Es la vida... la vida que está como estuvo en todas las épocas llena de injusticias y de errores...

MARÍA LUISA. — ¿Pero, de qué lado está la verdad?

CONDESA. — ¿De qué lado...? ¿De cuál va a estar? ¡Del lado en que está... la verdad es la verdad y la tiene el que la tiene!

MARÍA LUISA. — Vaya una contestación.

PEPITA. — Yo no veo otra.

MARÍA LUISA. — Pues yo sí. Esas son palabras. Juego de palabras.

PEPITA. — La verdad está en vivir dentro de las leyes de Dios.

MARÍA LUISA. — Eso mismo, las leyes de Dios por encima de todas las cosas es lo que pretendo yo... estar por encima de conceptos, modas y nacimientos... tú lo has dicho... por eso me siento en el camino que lleva a Dios o que desciende de El.

CONDESA. — (*Cediendo.*) Sí, mujer... ése será tu camino... pero no el de tu deber... será el camino de Dios dentro de la Naturaleza, y hablando con palabras gruesas, pero claras, dentro de lo animal.

MARÍA LUISA. — Llámale animal, si quieres. Las gentes invocan el cumplimiento de normas que ellas desde muy antigua data se han dado para ordenar su vivir... pero en ciertos problemas, fundamentales como el mío, todo eso cae por tierra cuando se recuerda aquello de "creced y multiplicaos"... el deber tendrá que ser eso: el de multiplicarse... y quien no lo realiza ha venido al mundo a divertirse, a lo que ustedes quieran, pero no a servir a Dios. (*Pausa. Toses.*)

PEPITA. — (*Con ridícula alarma.*) ¡Las cosas que hay que oír...!

CONDESA. — Confieso francamente que no te conocía en ese aspecto. Has invocado el camino de Dios... y yo te veo en el camino del Diablo, porque lo que habla en ti, más que la boca... y perdona la franqueza, es el sexo.

PEPITA. — Muy bien dicho, Condesa, ha dado en la llaga...

MARÍA LUISA. — (*Con pasión.*) Sí, pero no el sexo de la mujer, así, aisladamente; no el *sexo deseo*, sino el de la mujer entera, carne y alma, el de la mujer total, el de la Eva que hizo Dios para ser la madre de todos... así te acepto la referencia al sexo.

CONDESA. — Muy bien, mujer, te hallamos pertrechada con unas razones y unas armas que jamás te habíamos visto esgrimir. Hasta me impone respeto eso de

la voz o el grito. Yo no creo ser una mujer superficial. Como española, pertenezco a una tierra trágica y grande en su vida milenaria, madre de tierras y de mundos a la vez. Respeto esa situación angustiosa, esa verdad distinta a la mía; pero, dime de una vez por todas, a dónde piensas ir a parar sosteniendo esas ideas anárquicas.

MARÍA LUISA. — (*Silencio. Se pasa la mano por el rostro, suspira.*)

CONDESA. — ¿Quedarán en palabras o terminarán en hechos?

MARÍA LUISA. — Tengan piedad de mí, de mi drama... No me lo revuelvan... no me exciten haciéndome hablar siempre de lo mismo.

CONDESA. — Pero, concreta de una vez por todas: ¿cuál es ese drama?

MARÍA LUISA. — ¡Ah... es horrible pensar lo que pienso... y más aún tener que decirlo!

CONDESA. — Horrible y todo, ten valor y dilo. Si ello es malo, tanto lo será tenerlo en el pecho, llevarlo en el pensamiento, como expresarlo a dos amigas como nosotras.

PEPITA. — Eso sí, haz de cuenta que te confiesas... luego lo harás con el Padre, pero entretanto, desahógate, aclara cuál es tu duda... tu drama.

MARÍA LUISA. — La duda de pensar, en caso de que no fuera yo la estéril, hasta dónde tienen derecho de impedir que yo me acerque a otro hombre. Son ideas anárquicas que mi educación rechaza, pero que puede aceptar mi deseo animal, como tú acabas de decir, (*a la Condesa*) de ser madre. Entre un deseo que está de acuerdo con las leyes naturales de la especie y un impedimento que sólo lo está con las leyes artificiales y precarias de los hombres, no se debería dudar... Es claro como el día... y sin embargo...

CONDESA. — (*Con decisión.*) Pues hija: si tan segura estás, no dudes y hazte el gusto en vida. Sobre todo si

piensas que con ello te hallas más cerca de Dios que de los pobres mortales. Decídette y termina con tu drama. Si eres tan valiente y franca de pensamiento y de palabra, puedes serlo igualmente de acción... Ten el valor de realizar esa... tu verdad... hazte el gusto y san se acabó.

MARÍA LUISA. — (*Queda en silencio, indecisa.*)

CONDESA. — ¿Qué te sucede ahora? ¡Te has puesto livida!

MARÍA LUISA. — (*Se incorpora llevándose ambas manos a la cara como para ocultar el llanto y sollozando, hace mutis.*)

PEPITA. — ¡Pobre amiga: antes tenía el vacío del hijo...!

CONDESA. — Ya no lo tiene más. Ese vacío ya no existe... lo ha llenado con un hecho que se llama *Pecado*.

TELÓN

CUARTO CUADRO

La misma decoración. Estarán reunidos como en consejo de familia, o de amigos íntimos, *Adolfo*, quien se paseará nervioso; el *Dr. Méndez*, alienista; *La Condesa* y *Pepita*, estos tres sentados. Todos esperan a *Eduardo*, que ha sido llamado por indicación del Dr. Méndez.

ADOLFO. — (*Luego de pasearse unos instantes, se detiene y se dirige al Dr. Méndez.*) ¿Así que está con un principio de melancolía?

DR. MÉNDEZ. — Así es, señor.

ADOLFO. — ¿Y ese mal es tan importante?

DR. MÉNDEZ. — Para el paciente lo es, porque significa un gran sufrimiento psíquico. Algo muy penoso.

CONDESA. — Pero eso *pasa*, ¿no es así doctor?

DR. MÉNDEZ. — Sí, señora. Es curable. Muy penoso, pero curable.

PEPITA. — ¿Y es peligroso, doctor?

DR. MÉNDEZ. — Peligroso para ustedes, no. Algo peligroso para ella, sí.

ADOLFO. — ¿Cómo es eso?

DR. MÉNDEZ. — Digo para ella sí, porque estos enfermos suelen atentar contra su propia vida, sin preocuparse de los demás. Viven y sufren para ellos solamente.

ADOLFO. — ¡Eso me faltaba. Eso me faltaba, Señor!

DR. MÉNDEZ. — Eso no significa que siempre lleguen a tales extremos. Y posiblemente en el caso de la señora, no llegará.

CONDESA. — Dios lo oiga, doctor.

PEPITA. — Sí, doctor, no llegará. Dios no lo ha de permitir. Su religión se lo impedirá.

DR. MÉNDEZ. — Ella está en un melancólico estado de remordimiento, con un complejo de culpa.

ADOLFO. — ¿Remordimiento y culpa de qué?

DR. MÉNDEZ. — Es lo que trato de saber. A veces son estados que se crea el propio enfermo. Suposiciones sin mayor fundamento, pero que en ellos se tornan realidades. La señora se distrae o evade ciertas preguntas. Suele nombrar a ese señor Eduardo...

ADOLFO. — Sí, es un amigo íntimo de la casa. Lo estamos esperando de acuerdo a su indicación... pero en realidad yo no veo por dónde Eduardo nos podrá dar ninguna luz que no pueda darla yo.

CONDESA. — La manía de ella, o mejor, su infelicidad, como todos lo sabemos, no ha sido otra que el deseo de ser madre.

ADOLFO. — Sí, ésa ha sido la causa de su estado.

PEPITA. — Como si fuera la única mujer estéril que hay en el mundo...

CONDESA. — Sí, pero hay algo además de eso. Cuando habla a solas conmigo y se me entrega confiándome

sus desdichas, habla de que está arrepentida, y de que *el Señor* la va a ayudar por ello...

ADOLFO. — Otra vez la palabra... vuelvo a preguntarme: ¿arrepentida de qué? (*El Dr. Méndez pone mucha atención sobre esto.*)

CONDESA. — Sí, lo repite constantemente. Dice que por haberse *arrepentido* va a obtener la Gracia de Dios. En fin, lo del arrepentimiento (*disimulando*) todas las mujeres siempre hemos tenido algún pecadillo de qué arrepentirnos... pero lo que no comprendo es eso de la Gracia de Dios.

PEPITA. — (*Disimulando.*) ¿No ven que la pobre desvaría?

CONDESA. — Ella, como mujer cristiana, tendrá que arrepentirse por haberse rebelado, no aceptando con humildad su condición de mujer estéril... si Dios lo dispone así, así hay que aceptarlo...

PEPITA. — Dios sabe lo que hace...

ADOLFO. — Ella nunca aceptó su situación, pero ese detalle es raro... no me ha hablado nunca de ello... es otra faz de su estado enfermizo. (*Atención del doctor Méndez.*)

DR. MÉNDEZ. — Y es importante para la ciencia. Debían habérmelo dicho antes.

CONDESA. — Yo, doctor, no le dí mayor importancia. Todas las mujeres religiosas pensamos igual; y si nos rebelamos, a veces, contra los designios del Cielo, concluimos arrepentidas.

ADOLFO. — Y esas lecturas, doctor, ese rodearse de libros místicos...

DR. MÉNDEZ. — Eso, en una persona muy imaginativa, puede llegar a ser inconveniente. ¿Y otra clase de libros no habrá en su mente?

ADOLFO. — Le diré, doctor; ella cuando más joven, solía leer libros sobre ciencias ocultas... asuntos de la India... pavadas de esas... luego se aburrió de ello...

CONDESA. — En ese aspecto no la conocía. No concibo que personas normales tomen en serio ciertas cosas.

ADOLFO. — (*Recordando algo y justificándolo.*) Ya... ya... ahora comprendo ciertas cosas... últimamente, antes de enfermarse le había dado por decir que el ser humano, con el poder del pensamiento, era capaz de crear formas o seres humanos...

DR. MÉNDEZ. — Conozco esas teorías...

CONDESA. — Pamplinas.

ADOLFO. — Volviendo al principio del problema, yo creo, y el doctor me perdonará por opinar, que la causa verdadera...

CONDESA. — Sí, es la ausencia del hijo... somos muchas las que estamos en caso igual.

DR. MÉNDEZ. — Sí, señores, ésa sería la causa madre... pero el motivo del estado agudo que padece actualmente, es otro que deriva de esa causa primera.

ADOLFO. — La verdad es que esto se complica y nos perdemos en conjeturas.

DR. MÉNDEZ. — No señor. Yo no me pierdo. Esperemos.

ADOLFO. — ¿Esperar, qué?

MARÍA. — (*La mucama anunciando.*) Con permiso.

TODOS. — (*Atención.*)

MARÍA. — El señor Eduardo.

ADOLFO. — Bien, que pase.

MARÍA. — Puede pasar, señor. (*Luego mutis.*)

EDUARDO. — (*Entrando algo cohibido, mirando hacia los lados como temiendo hallar a María Luisa.*) Perdonen mi demora. (*Saludando.*) ¿Cómo está Condesa; cómo vamos, Pepita? (*A Adolfo, abrazándolo.*) ¡Hermano!

ADOLFO. — (*Emocionado.*) Te presento al doctor Méndez.

EDUARDO. — (*Saludando.*) Mucho gusto, doctor. Sabía que lo iba a hallar aquí.

ADOLFO. — Te hemos llamado porque el doctor desea realizar cierta experiencia...

EDUARDO. — (*Algo nervioso.*) Muy bien...

ADOLFO. — Como le hemos dicho que la primer crisis nerviosa, María Luisa la tuvo mientras conversaba contigo... quiere hacer algunas observaciones... no sé...

DR. MÉNDEZ. — (*Observando a Eduardo con atención.*) Sí, señor Eduardo, así es... deseo realizar una experiencia psíquica con la enferma...

EDUARDO. — (*Nervioso.*) Sí, doctor, pero yo...

DR. MÉNDEZ. — Quédese tranquilo. Usted no tiene que hacer nada... cuando la señora entre.. Ahora la vamos a llamar. Usted saludela con naturalidad, como si no estuviera enferma... para ustedes ella no está enferma... eso reza conmigo solamente...

EDUARDO. — Pero doctor, yo... no veo el motivo.

DR. MÉNDEZ. — No es necesario que lo vea. No se preocupe. Son cosas de la ciencia. Usted nos ayudará sólo con su presencia... y recuerde: la mayor naturalidad.

ADOLFO. — Sí, Eduardo, no tiene mayor importancia para ti. Son los métodos en uso...

EDUARDO. — Comprendo... algo de psicoanálisis...

ADOLFO. — Sí, creo que sí.

CONDESA. — Doctor, si es necesario, nosotras podríamos retirarnos.

DR. MÉNDEZ. — No, señora, nada de eso. Al contrario. Les pido que se queden. Todos ustedes son de la casa y el episodio debe ser de lo más familiar.

EDUARDO. — Doctor: yo recuerdo que cuando tuvo aquella crisis...

DR. MÉNDEZ. — No, no señor. No me diga nada. Si usted explica me puede confundir, conformando con ello otro cuadro clínico distinto al que yo tengo en la mente... no me cuente nada.

PEPITA. — Ay, doctor, y perdone que opine, pero al ver a Eduardo ¿no le repetirá la crisis?

DR. MÉNDEZ. — Precisamente: ése puede ser uno de los resultados de la experiencia. Y sea cual sea, yo quiero partir de una base real y cierta. (*A Adolfo.*) Si la enferma al enfrentarse con el amigo que presenció el ataque nervioso, se asusta y realiza alguna acción desagradable, no se preocupe usted por ello ni tome intervención alguna. Y lo mismo les recomiendo a todos.

CONDESA. — Pierda cuidado, doctor, sabremos disimular para no entorpecerlo...

DR. MÉNDEZ. — Gracias. Así lo espero de todos por igual. (*Del interior de una de las habitaciones se oye la voz de la mucama que discute con María Luisa, pues ésta quiere penetrar al living.*)

VOZ DE MARÍA. — Pero, señora, no se puede. Tengo orden. Usted está enferma.

VOZ DE MARÍA LUISA. — Déjame, mujer. No me cierre el paso. No olvide que soy la señora.

MARÍA. — (*Entrando agitada.*) ¡Señor Adolfo, la señora quiere entrar!

ADOLFO. — (*Al Dr. Méndez.*) ¿Doctor, puede...?

MARÍA LUISA. — (*Entrando de pronto.*) Puede, sí. ¿Por qué no...? (*En eso ve a Eduardo y cambia de actitud, pasando de un estado activo a otro pasivo, exclamando con asombro:*) ¡Eduardo... aquí... no sabía...! ¿Y por qué?... (*Extiende el brazo con la mano abierta como para rechazarlo, no pudiendo dominar su desagrado, mientras cae lento el*

TELÓN

A C T O T E R C E R O

QUINTO CUADRO

La misma decoración. Ha transcurrido un año y el acto se desarrolla nuevamente al principio del verano, antes del mediodía. Al levantarse el telón se verá a *Marta* y *Perico*, sentados en el suelo contra una pared, tan entregados a sí mismos, que no se darán cuenta al principio, de la conversación de los dueños de casa, que aparecerán por el foro y se detendrán unos segundos bajo el arco, hablando. Una *mucama* uniformada cruzará la escena con una franela y un plumero.

ADOLFO. — (*Entrando con María Luisa, a quien rodea el cuello con el brazo cariñosamente.*) No pienses más en esas cosas extravagantes, querida mía, mira que la gente va a creer que estás mal de la cabeza. (*Los novios lo han oído y se incorporan.*)

MARÍA LUISA. — (*Cariñosa.*) ¿Y a mí qué más me da lo que piense la gente? Hijo: yo he sufrido mucho y estoy de vuelta de muchas cosas. Déjame con mi idea, mi manía o como quieras llamarla... pensando en eso, soñando con ese *disparate*, me empiezo a sentir feliz. (*Al llegar al centro del living se dan cuenta de la presencia de los novios.*) ¡Ah... pero déjenme reír... los novios aquí. (*Los novios se acercan algo indecisos, al matrimonio.*) Los novios aquí, tan temprano y sin anunciarse. ¡Ja, ja, ja!

ADOLFO. — ¡Ja, ja, ja! ¿Pero cuándo llegaron?

MARÍA LUISA. — Son las primeras golondrinas anunciando el verano.

MARTA. — Veníamos a saludarlos. ¿Cómo estás María Luisa?

PERICO. — No quisimos molestarlos.

MARÍA LUISA. — Muy bien, ¿y tú? (*Se besan.*)

PERICO. — ¿Cómo está Adolfo? (*Se dan la mano.*)

ADOLFO. — Bien, bien muchachos... ¿Siempre aprovechando el tiempo, no?

MARTA. — Así es, tienen razón, somos incorregibles.

PERICO. — Perdonen la confianza.

MARÍA LUISA. — Pero si hicieron bien... qué muchachos... son deliciosos...

MARTA. — Somos francos... aquí estamos con entera libertad.

PERICO. — Sí, y como en casa de Marta no podemos...

MARÍA LUISA. — Bueno, ¿ven? eso es lo que no me gusta mucho. Tu madre, Marta, es amiga mía... no quisiera verme metida en un lío.

ADOLFO. — María Luisa dice bien, Marta. Tu mamá debe saber que vienes a casa. (*Se oye barullo, voces alocadas que se acercan.*) ¿Y ese escándalo? (*Riendo.*) ¿Será la otra parejita de enamorados, esos locos por el baile? (*La pareja de Juanito y Betty entran muy alegres y rien al ver a Marta y Perico.*)

JUANITO. — ¡Pero... nos ganaron de mano!

BETTY. — Buenos días... aquí estamos... llegamos anoche. ¿Cómo les va? (*Se saludan.*) María Luisa, te encuentro espléndida, muy bien... lo felicito, Adolfo.

JUANITO. — En Montevideo se corrió la voz de que estaba neurá... con los pájaros en la cabeza... ¡Cómo es la gente!... ¡está regial!

ADOLFO. — (*Serio.*) No hagan caso a los chismes de la gente.

JUANITO. — Ya me parecía.

BETTY. — Veníamos a saludarlos... ya ven: los primeros ustedes.

MARÍA LUISA. — ¿O a buscar algún disco de baile que no tienen?... sean francos... zalameros...

BETTY. — (*Riendo.*) Sí, también, pero el disco es de paso.

ADOLFO. — De paso, cañazo, ja, ja...

JUANITO. — Eso no; en primer turno, el saludo a ustedes...

MARÍA LUISA. — Bueno, bueno. Estamos a todos agradecidos por la visita tempranera. Vengan luego, de tarde, por el disco. Y ustedes (*a Marta y Perico*) palomitos nuestros... (*se aproxima cariñosa a su marido*) ya saben... hay que sacar permiso para venir a verse aquí... miren que no quiero disgustos con los amigos.

MARTA. — Bueno, sí, querida, ya nos vamos. ¡Hija: cuando estabas enferma no nos echabas tan pronto...!

MARÍA LUISA. — (*Amable.*) ¡Pero, queridos míos: es muy temprano para pelar la pava, ja, ja!

PERICO. — María Luisa tiene razón. Somos unos abusadores... Vámanos todos.

MARTA. — (*Riendo.*) Deben estar hartos de nosotros...

ADOLFO. — (*En broma.*) Pero ¿recién se dan cuenta?... ja, ja.

MARÍA LUISA. — Sí, con franqueza, chicos: es muy temprano, comprendan... vayan unos a bailar al Club y otros a acariciarse a la arena. (*Ambas parejas se retiran ruidosas y alegres, diciendo:*)

JUANITO. — Bueno, hasta luego. ¡Chaul

BETTY. — Good Bye...

MARTA. — (*Más seria.*) Hasta esta tarde, querida. (*Besa a María Luisa.*) Adiós, Adolfo.

PERICO. — Hasta luegoito y perdonen el madrugón.

MARÍA LUISA. — Bueno: vayan con Dios.

UNA BAÑISTA. — (*Entrando agitada, con la salida puesta:*) María Luisa, préstame una malla de baño. Tengo una visita a pasar el día y no ha traído nada para bañarse. Hazme el favor...

MARÍA LUISA. — Bueno, querida, pídesela a la muca-

ma. Dile que te dé la malla granate. (*La bañista inicia el mutis, hacia el foro y al pasar bajo el arco se vuelve diciendo:*)

LA BAÑISTA. — ¡Ah... qué cabeza la mía! Muchas gracias... mañana te la devuelvo. (*Mutis.*)

ADOLFO. — ¡Qué muchachos estos! ¿ves?: esta familiaridad de Punta del Este, este entrar a casa de los amigos a cualquier hora y sin anuncio, me encanta...

MARÍA LUISA. — (*Asintiendo.*) Si no fuera por las costumbres sanas y alegres de esta tierra... que me han ayudado a llevar mi pena... y... mi manía... si no fuera por estos buenos amigos...

ADOLFO. — ¿Y nada más...?

MARÍA LUISA. — (*Besándolo.*) Sí, querido: y tu paciencia y tu bondad y comprensión...

ADOLFO. — (*Respirando fuerte.*) Bueno: por fin parecen acabarse las penas en esta casa.

MARÍA LUISA. — Para mí se han acabado. Yo creo haber hallado mi consuelo.

ADOLFO. — Sí, pero temo que lo que para ti sea un consuelo, se vuelva una pena nueva para los que te queremos y te rodeamos. Ese consuelo tuyo no es cosa natural ni posible, dentro de lo normal.

MARÍA LUISA. — Que sea natural o normal no lo sé... pero que es un consuelo lo es... para mí lo es.

ADOLFO. — Un consuelo a base de ideas tan raras, querida, no te puede durar mucho tiempo. Permíteme que no crea en ese consuelo, y que tenga por ello mis temores, mis serios temores sobre tu salud.

MARÍA LUISA. — Me imagino que no te pensarás alistar en el grupo ese que piensa que estoy mal de la cabeza... es una desgracia no ser como todos, ni pensar como todos.

ADOLFO. — No te contradigo. Si es una desgracia, la culpa no es mía... pero reconocerás que pensar como la mayoría es lo normal.

MARÍA LUISA. — Pues hijo, acepto mi posición, seré

una anormal. Antes, cuando era una mujer normal como todas, era una desgraciada, una mujer sin consuelo. Ahora soy casi feliz.

ADOLFO. — No te arriendos las ganancias con una felicidad a base de pensamientos extravagantes y... casi diría locos.

MARÍA LUISA. — Bueno, mira: has nombrado la palabra ingrata e injusta... Muy bien: no le temo a las palabras. Lo que vale son las situaciones. Aunque ustedes disientan conmigo, les aseguro, a ti, a la Condesa, a Pepita, a todo el grupo íntimo que nos rodea, que ahora no sólo soy más feliz que antes, sino igualmente más natural, o por lo menos, en camino de serlo.

ADOLFO. — No lo veo.

MARÍA LUISA. — No te apresures. Te lo voy a explicar. ¿Crees tú que uno se casa para no tener hijos?

ADOLFO. — No, no lo creo.

MARÍA LUISA. — Entonces el nuestro es un matrimonio anormal... y digo: una mujer casada, con marido y sin hijos, no constituye una normalidad, lo normal es tenerlos... entonces, soy una mujer lógica, soy como el agua, busco el nivel... y mi nivel es tener un hijo... ¡si no lo tengo contigo, me lo dará Dios!

ADOLFO. — ¿Pero cómo te lo va a dar Dios si es él quien te lo niega?

MARÍA LUISA. — No. Esas son pamplinas, consuelos que nos da nuestra religión. Muy respetables para todos, pero para mí, discutibles. Si Dios nos creó para poblar al mundo no va a ser El quien nos niegue los hijos. Ese es un mal servicio que le hacen a Dios. El hace todo perfecto... somos nosotros los que caemos en imperfecciones... Aquí, oye bien, uno de los dos es el imperfecto.

ADOLFO. — ¡Pero qué dices!

MARÍA LUISA. — Sí, había de llegar el momento de decirlo: o tú o yo.

ADOLFO. — ¡María Luisa!

MARÍA LUISA. — ¿Y si fueras tú el infecundo?

ADOLFO. — (*Agresivo.*) ¡María Luisa! (*Pausa larga. Quedan jadeantes. Ella empieza a crecerse, él a achicarse, quebrado ante la realidad de los hechos. Ahora habla con voz grave y triste.*) ¿Y si fuera así... si fuera yo el culpable... el... infecundo?

MARÍA LUISA. — (*Grave en el mismo tono pero entera.*) Entonces, entonces, no temas, no te asustes... no soy una mujer como todas... no voy a pedir una separación, queriéndote como te quiero... seré capaz de una locura, sí, pero de una locura original, única, capaz de algo que no ha hecho ninguna otra mujer. (*Pausa.*) Entonces... el hijo lo tendré por mí sola, milagrosamente, con ayuda del Cielo, sí, pero por mí misma... de tanto desearlo, de tanto pensarlo me lo voy creando en mi ser... mi hijo será hijo mío y de mi pensamiento... por la Gracia de Dios... la palabra pensamiento es una palabra masculina, una palabra macho... y ése, jése será el padre de mi hijo!

ADOLFO. — (*Queda mudo, mirándola con asombro al principio y luego con tristeza, como si mirara a una loca, mientras cae lento el*

TELÓN

SEXTO CUADRO

La misma decoración. No se verá la playa. Un clima de misterio flota en el ambiente. Centrando la escena hacia el foro, *María Luisa* se destacará, sentada en un sillón en postura tal como si acunara un niño de pecho en las faldas. Vestirá de un modo que recuerde a la Virgen María con el Niño Jesús, sin exagerar este parecido. A ambos lados de la escena, en grupos de a dos y dialogando entre ellos como con misterio, en voz ligeramente baja, se verá a *Adolfo*, junto al doctor Méndez. Del otro lado a *La Condesa* con *Pepita*.

Luego, cerca del primer grupo, a *Betty* con *Juanito*, y del lado opuesto a *Perico* con *Marta*.

Es una reunión de familia y de amigos íntimos, pues dentro de unos minutos llevarán a María Luisa al Sanatorio, ya que la consideran demente por el hecho de decir que tiene un niño en los brazos (su esperado hijo) al cual le habla cariñosamente y acaricia como una madre; hijo que sólo ella ve. Espero que los directores de escena que intervengan en esta obra interpreten mi pensamiento, distribuyendo las luces, realizando efectos luminosos, sobre todo al iluminar a María Luisa; marcando silencios, etc., para dar al cuadro el clima de misterio y de poesía necesarios, dentro de una acción que, a veces, tendrá que ser lenta. Al levantarse el telón, María Luisa, dará un beso al niño, hablándole en voz baja con ternura.

PERICO. — (*A Marta en voz baja.*) — Nunca creí que María Luisa llegara a este estado... ¡Qué mala suerte... esto nos viene muy mal!

MARTA. — No vamos a poder venir más para vernos y conversar con libertad... Tendremos que buscar otra casa.

PERICO. — La verdad que sí... qué inconveniente.

MARTA. — (*Como arrepintiéndose.*) Ay... pero no seamos tan egoístas... la desgracia verdadera es la de ella... ¡Pobre María Luisa!

MARÍA LUISA. — Hijo mío (*lo vuelve a besar*) yo sabía que vendrías... que te iba a tener en mis brazos tarde o temprano... pobrecito... hijo mío... mío y del Cielo, por la Gracia de Dios.

BETTY. — Pobre María Luisa. Lo besa y acaricia como si en verdad lo tuviera... qué locura más rara... nunca había oído hablar de una enfermedad así. Es conmovedor ver un caso como éste.

JUANITO. — Sí, he oído decir que hay casos así... que llegan a este estado por sugestión... de tanto pensar en lo mismo.

BETTY. — ¡Pobre amigal tan buena... la casa de ella es la casa de todos... ¡cómo la vamos a extrañar...!

MARÍA LUISA. — Hijo... dicen que no te ven... que

eres producto de mi mente... que estoy trastornada (*Lo acaricia.*) ¡Pobres... ellos están ciegos...!

ADOLFO. — (*Al doctor Méndez con quien estaba conversando en voz baja.*) Qué quiere, doctor, no me convence... respeto su ciencia, su saber, pero creo que ella, loca, lo que se dice *demente* no está.

DR. MÉNDEZ. — No lo voy a contradecir... hasta es conveniente para ella que usted la ayude no creyendo en su psicosis.

ADOLFO. — Bien, doctor, me conforma más su posición... yo tengo muchas esperanzas de que esta manía se le pase pronto... con unos meses en el Sanatorio, bien atendida...

DR. MÉNDEZ. — Yo espero eso igualmente... (*La conversación pasa a la pareja de la Condesa con Pepita.*)

PEPITA. — Sí, Condesa, yo se lo había pronosticado... No es cuestión de cometer errores en la vida, cayendo en el pecado y luego creer que con leer unos cuantos libros místicos todo se arregla.

CONDESA. — No hay que ser duros con ella. La pobre cilla en su desesperación se entregó al Diablo... y luego, arrepentida, era natural que buscara el camino del Cielo leyendo libros sagrados.

MARÍA LUISA. — (*A todos*) ¡Ave María...! ¿Qué les pasa? No hagan tanta tragedia porque a una mujer la van a llevar a un Sanatorio... no es para estar como de velorio... Total: si fuera cierto que estoy loca no sería la primera... caramba... no me imaginaba que me quisieran tanto... ¿Qué dejan, entonces, para mi marido?

ADOLFO. — (*Luego de un suspiro.*) ¿No ve, doctor, no le digo?... ¿Usted cree que una mujer anormal puede hablar así, con esos razonamientos...?

DR. MÉNDEZ. — En fin, será así, señor; no descarto que sea usted quien esté en lo cierto.

CONDESA. — (*A Pepita.*) — Sin embargo... a veces dudo... hay cosas que no me las explico.

PEPITA. — Yo noto al doctor algo desorientado.

CONDESA. — Es que el caso es muy raro, rarísimo... Un caso de misticismo digno de ser estudiado por los psicólogos, y quizá por la misma Religión...

MARÍA LUISA. — (*Se levanta, da unos pasos con el niño en los brazos, luego dice, deteniéndose:*) Si no se tratara de ustedes, de mi marido, de mis amigos más íntimos y queridos, diría que es por maldad, por llevarme la contraria, decir que no lo ven... (*Al niño.*) Hijo mío, sí, mío sólo... hijo de mi arrepentimiento... mío y del Cielo... (*Pausa. Reaccionando y dirigiéndose a todos:*) Condesa, Pepita, Doctor Méndez, Marta, Betty, todos... ¿a qué han venido... a rezar en voz baja o a despedirme...? ¡Pero si yo no tengo pena alguna... si nunca he sido más feliz... si mi hijo irá conmigo donde yo vaya, porque como para ustedes no existe, nadie intentará quitármelo...! ¿No es verdad (*al niño*) tesoro?, ¿no es cierto, querubín?

CONDESA. — (*Como para sí misma.*) Tenemos motivos para estar tristes. (*En voz alta para todos.*) Cuando te vayas, querida amiga, cuando te separes de todos nosotros...

MARÍA LUISA. — Cuando me vaya, todos me olvidarán... todos me olvidarán... pero yo estaré con mi niño, con el ser que ha nacido a mi costado como un brote en una rama por la Gracia de Dios...

CONDESA. — (*En el tono anterior.*) Cuando te vayas, querida amiga, con tu niño de humo, de niebla, de azúcar...

PEPITA. — (*En igual tono.*) Cuando te lleven, amiga, con tu niño y tu locura...

BETTY. — Para recordarte... para recordarte...

MARTA. — Escribiremos tu nombre en las hojas de los árboles...

AMBAS PAREJAS DE NOVIOS. — (*A coro en tono algo*

bajo, lentamente, recitando:) Escribiremos tu nombre en las hojas de los árboles...

CONDESA. — ¡Oh, amiga desgraciada: cuando te vayas llevando en tus brazos tu niño invisible...!

MARÍA LUISA. — Cuando me vaya con mi hijo... juntos como un gajo con su flor...

PEPITA. — Cuando te alejes, María Luisa, con tu niño de locura...

MARÍA LUISA. — Y ustedes me olviden...

AMBAS PAREJAS. — Escribiremos tu nombre en las hojas de los árboles, con tinta azul de golondrinas, con tinta azul de golondrinas... (*Silencio.*)

JUANITO. — Y en la despedida daremos un grito.

BETTY. — Daremos un ¡ay!

MARTA. — Largo y ardiente como una cinta roja...

PERICO. — Y en ella colgaremos a secar los pañuelitos blancos del adiós.

AMBAS PAREJAS. — (*En el mismo tono.*) Los pañuelitos blancos del adiós...

CONDESA. — Cuando te alejes, amiga mía, rezaré por ti y por tu niño de azúcar y nube...

PEPITA. — Rezaremos para que vuelvas curada y consolada...

CONDESA. — Consolada y sin niños imposibles en la mente...

AMBAS PAREJAS. — (*En el mismo tono.*) En las hojas de los árboles con tinta azul de golondrinas...

CONDESA. — Cuando regreses...

PEPITA. — Sin niños en la mente...

CONDESA. — Haz de volver feliz.

BETTY. — Trayendo entre los brazos en vez de un niño una cascada.

CONDESA. — Cuando regreses.

PEPITA. — Sin niños en la mente.

MARTA. — Descalza de locuras y dejando...

BETTY. — Una huella de cruces por pisadas...

AMBAS PAREJAS. — Una huella de cruces por pisadas...

CONDESA. — Y para recibirte.

MARTA. — En todos los floreros pondremos nuestras risas.

AMBAS PAREJAS. — Pondremos nuestras risas... (*Pausa*) En las hojas de los árboles... (*Pausa*) Con tinta azul de golondrinas... (*Pausa*.)

BETTY. — Y de nuestras bocas volarán hacia ti...

MARTA. — Palabras pintadas con los colores del cariño...

AMBAS PAREJAS. — Con los colores del cariño. (*Pausa*.) En las hojas de los árboles. (*Pausa*.) Con tinta azul de golondrinas... (*Paula larga*.)

MARÍA LUISA. — Y ahora, ¿qué les pasa... se tiñeron de mí... se contagiaron mi locura... por qué dicen cosas tan bellas, palabras tatuadas de poesía... por qué me dicen lo que nunca me habían dicho...? ¿Ninguno de ustedes jamás me había hablado con estas palabras...! ¿Son acaso para mi hijo... lo empiezan a ver... a presentir, a tener en cuenta... lo que creían mentira se les vuelve verdad... mi niño los ha embrujado...? ¿Qué bello regalo... qué hermoso regalo de despedida... qué contenta me iré con las frases de ustedes... son como caricias sin manos, como besos sin sexo...! ¿Cuándo aprendieron ese lenguaje que no les conocía...? (*Al niño*.) ¿Oyes tú, niño mío, hijo mío...? Aunque no lo confiesen aún, aunque sólo lo expresan con indirectos decires poéticos, lo realizan con sus actitudes... sí, ya te empiezan a ver... para ellos comienzas a existir... tú has hecho un milagro... el milagro de transformarlos... es por ti que se despiden con palabras rojas y celestes... palabras que se me ciñen al cuello como collares... y a los brazos como pulseras...! ¿Ves?: por ti todos estamos locos de sin par locura, de una nueva locura que no está anotada en los libros de los médicos... Hijo milagroso... todos van cayendo dentro de tu círculo de magia... por ti ellos también empiezan a vivir más allá

de la orilla de los días comunes... por ti todos estamos locos, patinando sobre la cáscara del mundo...! (A todos.) ¿No ven, no ven, amigos míos, que de la tierra al cielo no hay más que un paso...? ¡Pero un paso distinto, diferente, ni hacia adelante ni hacia atrás... un paso hacia arriba simplemente, un paso que se da con los ojos vendados... porque hay luces que ciegan y para ver mejor a veces hay que cerrar los ojos...! ¡Sí; un paso hacia arriba y con los ojos cerrados...! *(Largo silencio. En todos empieza a operarse el cambio. Todos han empezado a ver de un modo nebuloso, la silueta de un niño de brazos. María Luisa dirá ahora una última frase fundamental y la dirá castizamente, en el lenguaje de la Condesa.)* ¿Por qué os quedáis en silencio...? Es el vuestro un silencio muerto, o un silencio vivo como el silencio de la semilla... qué brote, qué fruto vais a dar a luz... os ha llegado, acaso, la luz de mi locura para comenzar a *ver* como veo yo? ¡Hablad!

En este momento entran a escena dos nurses, saliendo cada una simétricamente de una de las puertas laterales, y ante la expectativa silenciosa de todos, se dirigen pausadamente y con solemnidad hacia María Luisa. Cada una se coloca a su lado dando frente al público, poniendo una mano sobre el hombro de María Luisa, como para tomar posesión de ella, quien se incorpora con el niño en brazos, aún invisible y dice a las nurses:

MARÍA LUISA. — Cuando gustéis, estamos listos...

(Las nurses hacen un movimiento como para tomarla de ambos brazos, cuando todos, atraídos por el episodio comienzan a acercársele inclinándose ligeramente, como si ya vieran al niño. En ese momento, Adolfo, que será quien estará más cerca de la enferma, dice dirigiéndose a las nurses con firmeza:)

ADOLFO. — Un momento... esperen un momento.

(Hace con el brazo la indicación de que ambas nur-

ses se retiren. Estas comienzan a andar hacia atrás lentamente, cada una deshaciendo el camino que hizo hasta volver a desaparecer por las puertas de donde salieron. Mientras las nurses se van retirando, el grupo se irá acercando en igual ritmo a la enferma, haciendo todos con el brazo el mismo gesto de Adolfo. La desaparición de las nurses debe coincidir con el momento en que el grupo asombrado al ver al niño, se interponga entre María Luisa —que se habrá sentado— y el público; momento que será aprovechado para realizar la tramoya de hacer aparecer un muñeco vestido como un niño de pocos días. Realizado esto, el grupo se abrirá en dos alas, dejando visible a María Luisa con el niño en brazos, que ahora verá el público, recordando en lo posible una estampa de la Virgen María con el Niño Jesús. El autor es un cristiano respetuoso de la Religión, por lo cual esta evocación sagrada, no debe tomarse como una blasfemia, sino como un motivo de belleza y ternura maternal sin propósito de establecer imposibles paralelos entre lo mortal y lo inmortal, entre la Virgen y una simple mujer. Mientras esta visión quedará extática al par que el grupo, por algunos segundos, iniciará su caída el telón, al tiempo en que el grupo dirá a coro como en un rezo:)

Todos. — ¡Por la Gracia de Dios...! ¡Por la Gracia de Dios...! (Concluyendo al caer el

TELÓN

INDICE

	PÁG.
Introducción	7
Santos Vega	9
Barrio Palermo	81
Por la gracia de Dios	143

